



COLOMBIA CUENTA

Colombia

PRIMER
CONCURSO
NACIONAL
DE CUENTO

HOMENAJE A
GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

RCN

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN
NACIONAL

CUENTOS
GANADORES
2007

cuenta



Ministerio de
Educación Nacional
República de Colombia



Libertad y Orden



PRIMER CONCURSO NACIONAL DE CUENTO

32010 participantes

estudiantes hasta
séptimo grado **12601**

12389 estudiantes de
octavo a once grado

estudiantes
universitarios **7023**

18316 mujeres (escritoras)

13694 hombres (escritores)

32 departamentos

municipios 804

4932 instituciones
educativas

del sector oficial 2750

2182 del sector privado

evaluadores 351

5 jurados internacionales

30 ganadores

CATEGORÍA 1 ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO



MARIANA
GALVIS TAPASCO
PEREIRA 21



DANIEL STIVENS
CORZO OCHOA
BOGOTÁ 27



MARY ALEJANDRA
CARVAJAL SUÁREZ
CÚCUTA 31



GABRIELA
SUÁREZ CARVAJAL
BOGOTÁ 35

CATEGORÍA 2 ESTUDIANTES HASTA ONCE GRADO



ZULLY SHIRLEY
HENAO URREA
EL PEÑOL 67



FABIÁN ANDRÉS
URREA FLOREZ
MARQUETALIA 73



SANTIAGO
JIMÉNEZ RAMÍREZ
BUARAMANGA 79



QUINTI ALISÁN
PAULA VALENTINA
GUERRERO PARRA
TOCA 85



ALEJANDRO GABRIEL
PÉREZ RUBIANO
CALI 91



JOSÉ DANIEL
CHAMORRO VÁSQUEZ
POPAYÁN 97



MARÍA DANIELA
ROMERO AMAYA
BOGOTÁ 101

CATEGORÍA 3 ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR



JUAN CAMILO
JARAMILLO MANJARRÉS
MANIZALES 143



JHONATHAN
BALVIN RESTREPO
MEDELLÍN 151



CÉSAR ROBERTO
ALMANZA VARGAS
BOGOTÁ 155



JOSÉ DARIO
BENÍTEZ BECERRA
DUITAMA 159

GANADORES 2007



ANGIE STEFANI
PÉREZ CARVAJAL
NEIVA 41



SARA
GIRALDO JIMÉNEZ
PEREIRA 47



ALLISON
JIMÉNEZ NIETO
SANTA MARTA 53



BENJAMÍN JOSÉ
ZARANTE GONZÁLEZ
CARTAGENA 59



MARY CARMEN
CALDERÓN BULLA
VALLEDUPAR 107



DAVID FELIPE
GUERRERO BELTRÁN
BOGOTÁ 115



DIEGO FERNANDO
ORDÓÑEZ SILVA
BUCARAMANGA 119



JUAN CAMILO
JORDÁN ORDÓÑEZ
CALI 125



JUAN FELIPE
LOZANO REYES
BOGOTÁ 129



JUAN SEBASTIÁN
REVEIZ ENRIQUEZ
CALI 135



RODOLFO
VILLA VALENCIA
CALI 165



ALEXANDER
CASTILLO MORALES
BOGOTÁ 175



ALBERTO MARIO
AMADOR REYES
BARRANQUILLA 179



MIGUEL ÁNGEL
ROMERO CHACÓN
PACHO 185



JENNIFER NATALIA
RANGEL AGUIRRE
CUCUTA 191

PATRICIA ESCALLÓN DE ARDILA, Gestora
CECILIA MARÍA VÉLEZ WHITE, Ministra de Educación Nacional
PAULA MARCELA MORENO ZAPATA, Ministra de Cultura

COMITÉ TÉCNICO

CONSTANZA ESCOBAR DE NOGALES, Directora Responsabilidad Social, Canal RCN
MÓNICA LÓPEZ, Directora de Calidad, Ministerio de Educación Nacional
CLARISA RUIZ, Directora de Artes, Ministerio de Cultura.
ADRIANA GONZÁLEZ RIVERA, Subdirectora de Mejoramiento, Ministerio de Educación Nacional.
JAVIER ORLANDO TORRES PÁEZ, Jefe Oficina Asesora de Tecnología, Ministerio de Educación Nacional.
MIGUEL SALCEDO, Director Internet Canal RCN
YOLIMA CELIS, Jefe de prensa Canal RCNTV
JUAN MARTÍN FIERRO VÁSQUEZ, Jefe Oficina Asesora de Comunicaciones, Ministerio de Educación Nacional.
CLAUDIA ARROYAVE, Concurso Nacional de Cuento RCN-Ministerio de Educación Nacional
BLANCA YANETH GONZÁLEZ PINZÓN, Representante del comité técnico de evaluadores, ASCUN.
CLAUDIA ZEA RESTREPO, Asesora en Innovación y Uso de Medios y Tecnologías de la Información y la Comunicación, Ministerio de Educación Nacional.

COMITÉ ASESOR

GENOVEVA IRIARTE ESGUERRA, Directora Instituto Caro y Cuervo
ROBERTO RUBIANO VARGAS, Escritor
CRISTO FIGUEROA SÁNCHEZ, Decano, Facultad de Literatura, Pontificia Universidad Javeriana

CRÉDITOS EDITORIALES

CÉSAR CAMILO RAMÍREZ, Dirección Editorial
ROCÍO DUQUE SANTOS, Jefe de Arte
CAMILA CESARINO COSTA, Diseño carátula y páginas interiores
SANDRA GONZÁLEZ, Ilustraciones de la Categoría 1
JOHN JOVEN, Ilustraciones de la Categoría 2
HENRY GONZÁLEZ, Ilustraciones de la Categoría 3
CLAUDIA ARROYAVE, Corrección de estilo

ISBN: 978-958-705-290-9

IMPRESIÓN,

IMPRESO EN COLOMBIA / *PRINTED IN COLOMBIA*

INFORMACIÓN DEL CONCURSO <http://www.colombiaaprende.edu.co>
NACIONAL DE CUENTO RCN- <http://www.canalrcn.com>
MINISTERIO DE EDUCACIÓN EN: <http://www.rcnradio.com/>

Imaginación y país	POR JUAN GOSSAÍN	11
Carta al lector	POR ISABEL SEGOVIA OSPINA VICEMINISTRA MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL	13
Colombia es un país de historias y de escritores	POR JORGE FRANCO	15

CATEGORÍA ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO p. 18	1	Este cuento te lo narro yo	21
		El pollito ninja	27
		El burro de las gafas	31
		Un gran hombre	35
		Del futuro para el futuro	41
		La nueva aventura	47
		¡¡Amor sin fin!!	53
		El gol de oro	59

CATEGORÍA ESTUDIANTES HASTA ONCE GRADO p. 64	2	Con las manos atadas	67
		Después del “Y vivieron felices por siempre”	73
		Cándido pútrido	79
		El fin del mundo	85
		El último viaje del cóndor	91
		Sueño de amanecer	97
		Inevitable vocación	101
		La magnífica <i>Claro de Luna</i>	107
		La trágica indiferencia	115
		Un muerto y un café	119
		El valor de las cosas	125
		Romeo y Julieta (cuento-poema)	129
		El lector	135

CATEGORÍA ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR p. 140	3	Armagedón	143
		Sociedad paranoica	151
		Soy un profesional	155
		Rosas en el funeral	159
		Quién llama a esta hora	165
		A la espera	175
		Cuaderno de un duende	179
		Mi inminente muerte	185
		Un besito de niña	191

Acta del jurado		199
PRIMER CONCURSO NACIONAL DE CUENTO RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL, HOMENAJE A GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ		



Imaginación y país

JUAN GOSSAÍN

Los griegos de la antigüedad sabían que cuando la realidad se vuelve insoportable la ficción es un refugio para los espíritus sensibles.

Desde ese punto de vista, si uno lo tomase literalmente, un libro como el que usted tiene entre sus manos podría ser peligroso para Colombia, porque corre el riesgo de convertirse en una escapatoria, una quimera, una especie de hueco en el suelo para que el avestruz humano meta la cabeza y se olvide de lo que está pasando a su alrededor.

Pero también es conveniente recordar, como lo hizo Vargas Llosa en su legendaria obra sobre García Márquez, que los escritores existen, precisamente, porque no les gusta la realidad que los circunda y pretenden, con la palabra, sustituirla por un mundo nuevo. Eso los transforma en deicidas asesinos de Dios o, cuando menos, en sus suplantadores.

En cuanto al caso colombiano, debo agregar, como escribí alguna vez, que un país con tanta imaginación, donde la gente canta, hace comedidas, recita versos, escribe y compone canciones en cada villorrio perdido, a pesar de los pesares cotidianos, merece tener una realidad que sea más digna de su prodigiosa imaginación.

La prueba es este libro fascinante. Millares de niños, adolescentes, jóvenes y uno que otro adulto extraviado en los salones escolares, que se sintieron convocados por el Primer Concurso Nacional de Cuento, demuestran que el corazón de Colombia sigue vivo, y palpita, y escribe.

La prueba de que no están buscando con sus historias una evasión de la realidad, como lo temían aquellos griegos clásicos, sino tratando de cambiarla, como lo pedía el novelista peruano, es que en la mayoría de estos relatos se percibe un dejo de tristeza, algo de melancolía, una pizca de desazón, en vez de la alegría postiza que distingue a los malos escritores.

Aquí está, pues, gracias al esfuerzo mancomunado de RCN y el Ministerio de Educación Nacional, que cada año promueven y organizan el evento, la nueva Colombia, descrita por sus propios muchachos con el arma más formidable que existe sobre la Tierra: la palabra. ■



Estimados lectores

ISABEL SEGOVIA OSPINA

Viceministra de Educación Preescolar, Básica y Media

Desde el año 2007, el Ministerio de Educación Nacional junto con RCN y otras entidades del país se ha unido para desarrollar el Concurso Nacional de Cuento. El principal interés del Ministerio ha sido generar espacios donde los estudiantes potencien sus competencias comunicativas acercándose de una manera agradable a la lectura y la escritura, pues a través de éstas, el ser humano apropia realidades, reconoce historias, interactúa, expresa sentimientos y construye memorias.

En este marco, el Concurso Nacional de Cuento nos ha dado la oportunidad de reconocer orgullosamente que en Colombia contamos con niños, niñas y jóvenes lectores y productores de texto de alto nivel, lo cual se ve reflejado en la calidad de sus escritos y en la numerosa participación en las convocatorias.

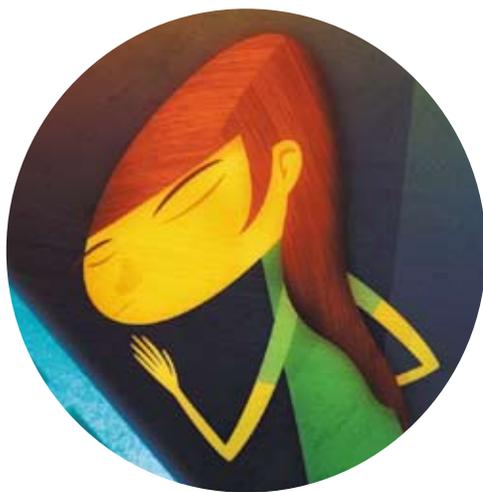
Como fruto de esta participación y calidad escritural, presentamos Colombia cuenta, donde compartimos los cuentos de los 30 niños, niñas y jóvenes ganadores del Primer Concurso Nacional de Cuento en homenaje a Gabriel García Márquez.

A través de su lectura podrán navegar por la imaginación y fantasía de cada uno de nuestros ganadores. Podrán descubrir y

adentrarse en mundos inesperados, que van desde las pruebas que debe enfrentar un pollito ninja, pasando por las reflexiones de “Un muerto y un café”, hasta las hazañas que se narran en el “Cuaderno de un duende”.

Los invitamos a disfrutar y adentrarse en las aventuras, fantasías e historias de cada uno de los cuentos que aquí se presentan dejando volar su imaginación. Pero sobre todo, los invitamos a reconocer el potencial creativo de los estudiantes de las diferentes regiones del país, exaltando su ingenio e interés por la escritura.

Esperamos seguir brindándoles la oportunidad de deleitarse con los cuentos de nuestros estudiantes ganadores en las siguientes versiones del Concurso. ■



Colombia es un país de historias y de escritores

JORGE FRANCO

Colombia es un país de historias y de escritores. Así se ha demostrado a través de muchos años con una participación muy destacada en el ámbito de la literatura latinoamericana y universal. Desde el extranjero se ha mirado siempre a Colombia como un país muy fértil para la creación literaria y nuestros escritores han sido protagonistas permanentes del acontecer literario en el mundo.

Gracias al Concurso Nacional de Cuento RCN-Ministerio de Educación Nacional se pudo reafirmar la solidez de la tradición literaria en Colombia convocando, en esta primera versión del Concurso, a niños y jóvenes de todo el país que tuvieran inclinación por la escritura creativa.

La respuesta fue sorprendente: más de 32 000 estudiantes quisieron medir su talento a través del Concurso. Participaron jóvenes escritores de los 32 departamentos de Colombia, de 805 municipios, tanto de colegios públicos como privados, y un buen número de estos cuentos también provino de estudiantes de educación superior. Las historias salieron de las ciudades principales y también de los municipios más alejados. Uno de los propósitos más importantes del Concurso era llegar a todas las regiones de Colombia para recoger

el espíritu literario juvenil de zonas que han sido tradicionalmente marginadas de los eventos culturales, ya sea por alguna situación social en particular o por su complicado acceso geográfico. Fue maravilloso, entonces, encontrar eco en regiones muy apartadas de la Guajira, Putumayo, Chocó, Meta y Caquetá, entre muchas otras, donde jóvenes inquietos nos hicieron llegar sus cuentos.

Como es de suponerse, una cantidad tan grande de cuentos participantes necesitaba un proceso especial de selección. En primer lugar, los estudiantes debían enviar los cuentos a través de Internet, lo que facilitaba las posibilidades de participación. Y una vez puestos los cuentos en la red, se comenzó con la difícil selección de los finalistas, en un proceso de cuatro fases en el que participaron más de 400 lectores de todo el país. Para la eficacia y transparencia de esta selección fue de gran importancia contar con la colaboración de la Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa, RENATA, del Ministerio de Cultura; de la Asociación Colombiana de Universidades, ASCUN; y del Instituto Caro y Cuervo. Apoyados en una herramienta virtual, los evaluadores seleccionaron los mejores cuentos según criterios de legitimidad, legibilidad, aspectos formales, fluidez y, sobre todo, creatividad. La tercera fase del jurado estuvo compuesta por cuatro destacados escritores colombianos: Juan Malaber, Cristian Valencia, Julio Paredes y Sergio Álvarez, quienes seleccionaron los noventa cuentos finalistas.

Se establecieron tres categorías, por edades, y diferentes grupos de jurados en todo el país debían enviar al jurado final, treinta cuentos por categoría. De esta forma, quienes fuimos jurados de la última etapa leímos y analizamos los noventa cuentos más destacados entre los 32 548 que participaron.

El jurado final estuvo presidido por el Nóbel Gabriel García Márquez, a quien a su vez se le rindió un homenaje con este Con-

curso, y junto a él tuve el honor de compartir la lectura de los cuentos finalistas, y luego deliberar, con la escritora española Ana María Moix, con la escritora cubana Wendy Guerra y con el periodista y escritor colombiano Juan Gossaín. Entre todos tuvimos que elegir diez ganadores por categoría. Después de mucho deliberar seleccionamos los treinta cuentos que presentamos ahora en este libro, que recoge el sentir literario de un país que se cuenta a sí mismo a través del talento y de las historias de los más jóvenes. Todos ellos son promesas literarias y esperamos verlos muy pronto como autores reconocidos de las letras colombianas. ■



BOGOTÁ

GABRIELA SUÁREZ CARVAJAL

Un gran hombre

35

CUCUTÁ

MARY ALEJANDRA CARVAJAL SUÁREZ

El burro de las gafas

31



PEREIRA

MARIANA GALVIS TAPASCO

Este cuento te lo narro yo

21

BOGOTÁ

DANIEL STIVENS CORZO OCHOA

El pollito ninja

27

ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO

PEREIRA

SARA GIRALDO JIMÉNEZ

La nueva aventura

47



NEIVA

ANGIE STEFANI PÉREZ CARVAJAL

Del futuro para el futuro

41

CARTAGENA

BENJAMÍN JOSÉ ZARANTE

GONZÁLEZ

El gol de oro

59

SANTA MARTA

ALLISON JIMÉNEZ NIETO

¡¡Amor sin fin!!

53



Este cuento te lo narro yo



**MARIANA GALVIS TAPASCO
PEREIRA**

Nací en La Perla del Otún, Pereira, en el mes más divertido del año: agosto, el mes de las cometas, en 1999. A pesar de que soy modelito viejo –eso dice mi mamá–, me gusta cantar, bailar, pintar, jugar y montar en bicicleta. Soy muy tierna, me río mucho y cuando sea más grande quiero ser doctora de animales o ser como mi mamá. Mi cuento lo inspiró mi mamá,

una vez que la vi muy estresada por tantas preocupaciones que solo se le ocurren a los adultos. Todo lo que yo hago se lo dedico siempre a mi mamá, porque me dio la vida, me cuida, me mimó, me reprende, es mi apoyo y es muy buena mamá.

**Cuarto grado, Institución
Educativa Alfonso Jaramillo
Gutiérrez, Pereira.**

Este cuento te lo narro yo

MARIANA GALVIS TAPASCO

Hay una niña llamada Marianita y esa niña soy yo, que le quiero hacer un cuento a mi mamá porque ella está muy triste, pensativa y preocupada por deudas y le quiero dar una sorpresa y es escribir un cuento hecho por mis propias manos para que ría, sueñe y duerma bien.

Así como cuando ella me lee un cuento para dormir o para levantarme feliz, así yo quiero que con este cuento no se acuerde de estar estresada y muy callada.

Entonces comencé a hacer un cuento juntando todo lo que me acordaba de las cosas que yo he hecho y los cuentos que mi mamá me ha contado y que la han hecho muy feliz.

Recordé al conejo de peluche, El Pollito Aventurero, El Perro Fedorro, El Elefante Trompitas, El Loro Abelardo, Maisy en la Granja, El Pato Patatero y otros miles de cuentos que mi mamá me ha leído y de pronto no me salía nada porque me acordé de que mi mamá se los sabe todos.

Yo quiero inventarle un cuento que ella nunca haya leído jamás.

Y entonces empecé a escribir que “una niña llamada Marianita y que esa niña soy yo, tenía cinco años y un día estaba jugando con

pintura y de pronto mezclé el rojo con el azul y resultó el morado y le pregunté a mi mamá cuál era ese color y me dijo que yo había inventado el color morado y eso la hizo muy feliz.

Después hice collares de pepitas para vender a las amigas de mi mamá y como ellas me conocen me compraban y el dinero quería dárselo para ayudar a pagar y ella me besó y me dijo que no, que ese dinero era el resultado de mi esfuerzo por hacer algo por alguien y que con eso yo la hacía muy feliz, pero yo creo que era muy poquito, por eso mamá no me lo recibió...

También quiero contarle a mi mamá en este cuento, que me inventé unos alambritos redondos para coger hojas para las notas del teléfono y que cuando sea grande voy a poner una fábrica de círculos de alambres pintados de colores, unos azules para los hombres y otros rosados para los bebés, otros rojos para las mujeres y otros negros para los que los quieran comprar y con el nombre de MGT, con las letras que me marca los colores, el borrador, la carpeta y todos mis útiles del colegio para que no se me pierdan y así puede que por fin sea suficiente el dinero que recoja para ayudarla a que se sienta mejor y no esté tan pensativa y callada.

O cuando inventé una pomada maravillosa, que la hice con jabón de baño, colbón y un poquito de perfume y con ella le alivié el dolor de la mano a mi mamá, espero que no se me vaya a olvidar la receta para cuando sea grande poderla vender.

Yo sé que todos los días no nos sentimos igual, pero quiero decirle a mi mamá que porque yo sea más pequeña que ella no me doy cuenta de qué es lo que pasa a mi alrededor, pues sí, y que también me contagio de esa tristeza, y que yo me siento igual cuando la veo así. Es parecido a cuando no me deja dormir al rinconcito porque me dice que yo me atravieso como un carro en

plena avenida séptima de Bogotá y que ronco como una pantera persiguiendo a su presa.

Yo no entiendo y no me gusta lo que piensan todos los adultos y como se complican la vida por estrés o por comprar o por deudas que los hacen poner callados o tristes. Yo le aconsejo a mi mamá que por favor no se tome las cosas tan en serio.

Pero yo, Marianita, no me aguanté las ganas de decirle a mi mamá que quería escribirle este cuento y contárselo y especialmente que yo no quería verla así y quería alegrarla porque ella se ve más bonita cuando esta sonriente y habladora.

Pero cuando lo supo, en serio se puso muy alegre y me dijo que no necesitaba un cuento mío para que la hiciera feliz y supiera que yo la amaba mucho, que ella tenía muchos recuerdos de mis travesuras, mis regalitos, mis dibujos, todo eso y con mi existencia era más que feliz, pero como yo ya estoy en tercero, sé leer y escribir, mi mamá me pidió que se lo escribiera para que yo se lo contara cada vez que ella se sintiera así.

Y desde ese día que lo hice yo noto que mi mamá ha cambiado, ya no la veo tan preocupada, me abraza mucho y me dice mucho que me ama.

Me lee más y a cualquier hora, cualquier libro en donde sea, pero nos gusta más tiraditas en la cama de ella.

Nos inventamos historias o yo le leo pero ella siempre se pone dormilona, me toca leérselos sentadas y lejos de su cuarto.

Le recuerdo el cuento que le escribí y ella me cuenta más de las travesuras que he hecho, me cuenta que los grandes autores alguna vez compartieron todos sus recuerdos y notas con otros y las organizaron en sus cabecitas y escribieron libros muy importantes que han ayudado a mucha gente y que con mi cuento la ayudé más de lo que yo creía.

En este cuento que te escribí, descubrirás que la autora soy yo y de todos los cuentos que me has leído con ninguno has ganado dinero pero si sé que no tiene precio para tí alegrarte la vida y hacerte muy feliz.

Soy Marianita Galvis Tapasco, tú niña que creo que ya es hora de que los cuentos te los narre yo. ■





El pollito ninja



DANIEL STIVENS CORZO OCHOA
BOGOTÁ

Nací en Bogotá el 19 de octubre de 1998. Yo escribí mi cuento porque en el colegio nos pusieron como tarea inventar un cuento y seleccionaron los mejores para inscribirlos en el Concurso Nacional de Cuento donde tendríamos la oportunidad de ganar un computador portátil y un viaje a Cartagena.

En mi tiempo libre me gusta leer los libros que me prestan en la biblioteca sobre ruedas de Colsubsidio que va todos los jueves a mi barrio en Soacha, donde vivo con mi familia.

Cuarto grado, Institución Educativa Compartir, Soacha, Cundinamarca.

El pollito ninja

DANIEL STIVENS CORZO OCHOA

Érase una vez un pollito ninja que le gustaba pelear mucho y casi siempre ganaba, pero un día peleó con su enemigo el oso, el pollito peleó y le ganó con un picotazo en el pie.

Un día iba caminado por la calle y vio un laberinto, un letrero decía: Si entras tienes que pasar por seis pruebas. El pollito decidió entrar, iba caminando cuando de repente se encontró un tucán, el tucán le dijo: Pollito, yo soy la primera prueba, si peleas conmigo te digo cuál es el camino a seguir; el pollito peleó y le ganó porque le hizo zancadilla y el tucán se cayó. ¿Cuál es el camino a seguir?, le preguntó el pollito. El tucán le respondió: Sigue el camino de agua. El pollito caminó y cuando se dio cuenta se le apareció un perro.

El perro le dijo: Pollito, yo soy tu segunda prueba, y el perro le dijo: Si peleas conmigo te digo el camino a seguir. El pollito peleó y le ganó porque le metió un puño en el estómago. El pollito le preguntó: ¿Por dónde es el camino a seguir? El perro le respondió: Sigue el camino de arena.

El pollito siguió y unos metros adelante se encontró un canguro. El canguro le dijo: Pollito, yo soy tu tercera prueba, si peleas

conmigo te digo el camino a seguir. El pollito peleó y le ganó con un cabezazo en la espalda. Preguntó el pollito: ¿Por dónde es el camino a seguir? El canguro le respondió: Sigue el camino de cemento. El pollito caminó y caminó y encontró tres pruebas. Un ratón, un león y un gato, le dijeron: si peleas con nosotros al tiempo te decimos donde queda la puerta. El pollito peleó y les ganó con una patada triple. El pollito preguntó: ¿Dónde queda la puerta? Los tres respondieron: sigue el camino de pasto. El pollito siguió el camino de pasto, el pollito caminó hasta que encontró la salida.

El pollito abrió la puerta y se encontró con sus siete rivales, el oso, el tucán, el perro, el canguro, el ratón, el león y el gato, ellos le dijeron: Pollito, ¿quieres ser nuestro amigo? El pollito respondió: Sí, y vamos a vivir felices y nunca nos vamos a separar y colorín colorado estas peleas se han acabado. ■





El burro de las gafas



MARY ALEJANDRA CARVAJAL SUÁREZ CÚCUTA

Nací en el municipio de Pamplona, Norte de Santander, el 21 de agosto de 1998. Desde los 4 años vivo en la ciudad de Cúcuta. El deseo de mi papá y mi mamá era que escribiera un cuento de tantos que me invento. Es entonces cuando aparece la primera convocatoria de RCN y decido enviar uno de los cuentos orales que están en mi imaginación. Doy gracias al

señor mi Dios y a mis padres el haber hecho posible escribir este corto cuento. También agradezco a mi abuelo quien fue mi inspiración. Dedico este cuento a mi mamá Rosalba, mi papá Avelino y mis hermanos Ángel David y Rudy Xiomara.

Cuarto grado, Escuela María Auxiliadora, Sede del Colegio Pablo Correa León, Cúcuta.

El burro de las gafas

MARY ALEJANDRA CARVAJAL SUÁREZ

En un municipio muy al norte del departamento Norte de Santander, hubo una vez un campesino muy hacendoso que tenía una granja muy bonita, en la cual tenía muchos cultivos de papa, hortalizas y algunos árboles frutales. Esta finca siempre se mantenía hermosa en la época de lluvias. Es así como el campesino decidió dejar parte de su terreno para sembrados de pasto, ya que tenía la idea de comprar un burrito para cuando llegara el tiempo de la cosecha poderla sacar al mercado del pueblo y obtener una mejor ganancia con su transporte.

Ocasionalmente, en un viaje que realizó a la ciudad visitó una feria donde había muchos animales y gran sorpresa cuando vio un burrito muy sano y feliz que le movía la colita al mismo tiempo que le rebuznaba y le miraba a los ojos, como diciéndole: “Llévame, que yo te ayudaré en todas tus labores”. El campesino se quedó pensando que su granja estaba preparada para recibir este huésped y que era el mejor momento de hacer la compra.

Cuando el campesino llevó el primer animalito que tendría su finca, con su rico corte de pasto –el cual le duró unos cuantos meses–, el burrito disfrutaba su estadía en la granja rebuznando

de felicidad todo el día. Pero llegó el tiempo de verano y los pastos verdes y deliciosos se secaron por el intenso calor que hacía y el burrito empezó a aguantar hambre ya que no le gustaban los pastos secos. El burrito comenzó a enflaquecer y el campesino no hallaba qué hacer para poder alimentar a su jumento que se había convertido en su mano derecha. Era tanta la angustia que se le vino una idea descabellada a su cabeza y decidió colocarle unas gafas de color verde al burro y ¡vaya qué fabulosa idea! El burrito comenzó a comerse todo lo que veía, ya que todo era de color verde: el pasto, las sillas, las hortalizas secas, la papa y hasta su misma ropa.

Al cabo de unos días el burro se había repuesto de aquella hambriena y volvió a ser un burro feliz, disfrutando del amor de su amo y cuando volvieron los pastos tiernos y deliciosos lo fue aún más. Desde entonces, el burro y el campesino aprendieron a soportar y solucionar las dificultades. ■





Un gran hombre



GABRIELA SUÁREZ CARVAJAL BOGOTÁ

Nací en Bogotá, el 5 de julio de 1995. Un gran hombre es la historia de uno de mis profesores. Cuando él atravesaba un episodio difícil de su vida decidió confiar en mí. Su historia nos acercó, pues yo había vivido algo similar:

fue la primera vez que amé. Dedico este cuento a Geraldine y a Sebastián, los primos con los cuales crecí y viví la mayoría de mis aventuras.

Sexto grado, Colegio Mayor de San Bartolomé, Bogotá.

Un gran hombre

GABRIELA SUÁREZ CARVAJAL

Hoy en clase, descubrí, o debería decir, descubrimos, que nuestro profesor tenía algo.

Desde el principio del año, fue un profesor algo cuchilla pero chévere, por lo cual a nadie le caía bien. Tiempo después, a pesar de lo exigente ya así lo queríamos, era lo que se dice: un bacán y toda la cosa.

Con el tiempo, mi curso se volvió el más indisciplinado, razón por la cual mi profesor desde hace dos meses ha estado todo el tiempo bravo y se la pasa mirando por las ventanas al vacío, pensativo. Lo que no sabíamos es que en la realidad, su vida anda mal.

Hace una semana comencé a preocuparme por él, cuando de boca de una amiga salió la frase: “Al profe le pasa algo raro”. En seguida, después de un sorteo para ver quién era la valiente, me acerqué a preguntarle el por qué de esa cara y esa actitud; pero mi intento fracasó, pues él afirmó un tajante: “Nada”.

Unos días después, justo el jueves en la mañana, discutíamos sobre las diferentes religiones y la existencia de Dios, cuando de repente nuestra conversación dio un giro. Sin planearlo, le pregunté: “Como estás con tu vida”, a lo que respondió que mal, que su

vida en este momento era triste. Cuando escuché la palabra “triste”, por mi mente transitó la frase “aquí quería yo llegar”.

Comenzó a decir que tenía un vacío y que las cosas no eran como él quería, que tenía que volver a empezar y que tenía miedo. Ese momento fue muy especial, averigüé muchas cosas sobre su vida.

Al acabar la clase, mi amiga, sentada a no más de dos puestos, me preguntó todo, pues no había escuchado bien. Al contarle la historia me felicitó por mi notoria habilidad para “esculcar lenguas”. Como mi profesor tenía a todo el salón callado en esos momentos, excepto nosotros dos que seguíamos hablando, todo el mundo empezó a comentar que andábamos de íntimos amigos, así que los chismosos se acercaron a preguntar el motivo de las cascarrabias del profe. Inmediatamente respondí que una migraña, pues era obvio que este tema estaba en la sección de “Ultrasecreto”.

Días después, cuando yo ya había intentado cerca de uno o dos millones de veces abordar el tema, seguimos la charla. Me enteré del nombre de sus dolores de cabeza: Penélope, y como aún la amaba no había podido volver a empezar, que estaban lejos porque ella así lo quiso. En ese momento noté que sus ojos se aguaron. No quise que siguiéramos hablando del tema, pues no quería seguir viéndolo triste.

A principio de año, a mis cortos once años de edad creí que iba a morir por un amor no correspondido; pero después de unas lecturas muy profundas que hice volví a respirar. Claro, lo mío no era más que un capricho, cuando entendí esto, lo superé, pero mi profe es mucho mayor que yo y ha vivido con más profundidad eso del amor. Era evidente que Penélope no era un capricho, pues no hay ninguno que dure ocho años. No sé si mis libros también le servirían a él pero de todas formas había que hacer el intento.

Al día siguiente, cuando llevaba mi recomendación y una carta él llegó al salón y dijo una de las frases más dolorosas que he escuchado: “Chicos, me voy del colegio”.

No lo asimilaba, incluso dejé de respirar pero en el momento en que me sentí ahogada volví en mí. ¡Qué!, no era cierto, era ¡imposible, ¡no!, ¡él no se irá!, yo alucinaba.

Comencé a llorar, aunque nadie lo notó, ya no lo veía a diario pidiéndome que me recogiera el cabello o molestándome diciéndome que solo me gustan los de once mientras que yo alegaba en mi defensa. Él se iba sin yo poder darle unos consejos, sabía que eran realmente buenos, mucha gente lo dice y es gente que triplica mi edad, además, sé que no bromean. Dos unidades después, le hicimos la despedida, fue la última vez que hablamos de Penélope, pero ese día yo no estaba bien, yo no funcionaba. Para él debí haber sido un poco más que una estudiante, pues muchos también le dieron su despedida pero yo era la única que en verdad había llorado. Mi profesor para mí era más que eso. Ahora sé que era un buen amigo, pues cada vez que me aferro a alguien termina por irse. ¡No es justo! Sé que vendrá la próxima semana a celebrar la semana de descanso que es una buena excusa que tiene el colegio para sacarnos el jugo.

Es un gran hombre y, aunque no lo sepa, debe luchar por su Penélope y no quedarse sentado esperando a que Cupido le regale otra flecha, debe dejar de ser cobarde, y claro, tiene que seguir siendo él para que Penélope entienda que es el gran hombre que la está esperando en el universo. ■





Del futuro para el futuro



ANGIE STEFANI PÉREZ CARVAJAL
NEIVA

Nací el 6 de junio de 1995, en Neiva, Huila. Estudié mi primaria en el Centro Docente La Rioja. Desde muy pequeña me ha llamado la atención el cuidado por la naturaleza. Esto me motivó a escribir un cuento donde todas las personas que lo lean sean conscientes de hacer un uso razonable del agua y de esta manera evitar el calentamiento global. Es la

primera vez que escribo un cuento para concursar. Me gusta escribir, por esto quisiera ser comunicadora social. Agradezco especialmente a mi padre que me apoya para seguir escribiendo, ya que de él heredé el encanto por la escritura.

Séptimo grado, Institución Educativa Liceo de Santa Librada, Neiva.

Del futuro para el futuro

ANGIE STEFANI PÉREZ CARVAJAL

Nací hace diez años. Estamos en el año 2090, ya no es preocupante, es aterradora la desolación. Ratas, reptiles que han sobrevivido a la destrucción de la tierra. Soy una niña con cuerpo de anciana de fines del siglo XX, mi locomoción es poca, me canso, mis movimientos son lentos, otras personas se arrastran, andan de rodillas, vivimos en un búnker protegiéndonos del sol, él pasa a través de lo poco que queda de la capa de ozono produciéndonos quemaduras en la piel, haciéndola cancerosa.

Es tanta la intensidad que la temperatura llega a 55 °C y a 60 °C haciendo inhabitable la Tierra; no hay frío en las mañanas, la noche y el día se confunden. No es que no exista la oscuridad, es que el calor es igual de noche y de día. Los que tienen una mejor forma de vida viven dentro de una burbuja que los hace ajenos a las epidemias, a los rayos de sol, mas no al fango. Deseamos que llueva, sabiendo el mal que nos ocasiona. En lugar de agua corren torrentes de lodo y ácido quedando sepultadas y deterioradas viviendas, nosotros mismos y los aljibes donde cogemos la poca agua que sacamos. Éstos tienen de 80 a 100 metros de profundidad.

Los insectos abundan más que de costumbre trayéndonos más epidemias. Esto es nuestro diario vivir. Hoy no existe lo cotidiano, todo es una ajetreo. No vemos futuro, no tenemos, me gustaría que todo esto fuera un cuento.

En ocasiones observo revistas, periódicos de esa época que se conservan como recuerdo del mundo maravilloso, donde se extasiaba uno sin sentir fatiga. Mis ancestros, talando árboles, talando bosques, dando mal uso del agua, nos llevaron a lo inevitable. El planeta era divertido, tenía mucho de qué hablar, en qué entretenerse: el agua, los árboles abundaban; todo hacía que el paisaje fuera eso. Cómo no disfrutar de todo aquello que había. Hoy esta belleza no existe gracias a las maravillas tecnológicas que realizaban las empresas en provecho de la humanidad cuando en realidad destruían la Tierra. Si hubieran mirado el futuro habrían visto el nuestro. Decían tener la razón, quizás en el momento, nunca para hoy.

Decían que querer era poder, pero ni quisieron ni pudieron. La Tierra pudo hacerse a las diferencias, mas no a la agresividad. Quizás les importó más hacer alardes de lo que hacían y tenían. ¡No tenían conciencia de lo que hacían y tenían!

Me gustaría contarle a los sobrevivientes de hoy, a mi familia que no tengo... Estoy lejos, ¡no sé!, disfrutando de las estaciones, los glaciales, del mar donde la inmensidad del agua se confunde con el cielo. Esto es para soñar y no despertar, esto es bello, majestuoso, no tiene comparación; a los que me quieran y yo quiero me he tomado un día de campo con ellos. Caminamos hasta el cansancio por los senderos, donde la flora y el agua abundan. El sol entraba por el follaje haciendo que el espectáculo fuera multicolor, dando vida a las plantas y animales que tomaban agua del riachuelo que allí corría haciendo música. Los pájaros picoteaban los

frutos que maduraban de distinto color, la comida sobraba, ellos degustaban de uno y otro árbol dejando parte del banquete, dando deseos de subir a quitarle aquello que saboreaban con tanta alegría; caían hojas de los árboles mientras cogollaban, reverdecían haciendo que fuera un espectáculo alucinante. Es tanto lo vistoso del lugar que no existe el tiempo, todo se olvida, todos trabajan por un bien común.

Papá recogía leña de ramas caídas, traía agua. Los demás hacíamos lo mismo ya que el hambre nos agobiaba. Fue de lo mejor, nos relajamos, nos olvidamos de lo cotidiano, nos conjugamos con la naturaleza. Mis hermanos y yo jugábamos hasta el cansancio, lo disfrutábamos, nos olvidamos del día, nos sorprendió la noche oscureciéndose donde nos encontrábamos. De esta manera cambiaron los trinos de los pájaros diurnos por los ruidos de los nocturnos. Al salir de aquel lugar vimos saliendo de sus madrigueras animales que en la oscuridad asechaban a los más débiles. Hoy me pregunto y me contesto si hubiera vivido en ese tiempo habría ayudado a que el paisaje siguiera siendo eso, que el trinar de los pájaros no parara, que el río corriera con su música.

Las enfermedades de hoy no existirían. Hoy no hay en qué entretenerse para pensar, no vemos futuro, no tenemos, gracias a los que talaban los árboles, quemaban los bosques, contaminaban los ríos. ¡Qué día, qué calor, qué difícil! Después de que todo era fácil. Cuando nos sobreponemos a las adversidades de hoy llegan los que nos roban el agua, matándonos, acabando con todo. Son mercenarios, lo único que les importa es el líquido. Ellos están acá.

¿Qué será de mí? ■





La nueva aventura



**SARA GIRALDO JIMÉNEZ
PEREIRA**

Nací el 20 de octubre de 1995 en Pereira, Risaralda. En mi tiempo libre estudio danza, música, técnica vocal y teatro, pues son las actividades que más me gusta realizar después de divertirme con mi mascota Tomás. El bosque contiguo a mi casa en Santa Rosa de Cabal fue mi fuente de inspiración, pues siempre imaginaba con

mi mejor amiga Maria Fernanda Cardona, un mundo mágico lleno de fantasías, donde podía vivir encantadores momentos. A través de este cuento pude mostrarles hasta donde llega mi imaginación.

**Séptimo grado, Colegio
Labouré, Sede San Vicente de
Paul, Santa Rosa de Cabal.**

La nueva aventura

SARA GIRALDO JIMÉNEZ

Todo empezó cuando me cambié de casa. Mi casa estaba cerca a un bosque, en el cual por la noche se escuchaban muchos animales. Un día tuve la sensación de querer ver qué había dentro de ese bosque, pues ya que el sólo verlo de afuera era totalmente bello.

Pues esa noche, dejé todo empacado pensando en visitarlo después del colegio, sin que nadie en mi casa se diera cuenta de mi ausencia.

Así fue todo, llegué del colegio y empecé mi nueva aventura por aquel lindo bosque. Después de caminar horas tras horas logré tener mi recompensa. Todo era maravilloso, era un mundo de enanitos trabajando, pues ya se acercaba el invierno y necesitaban su comida.

Me atendieron muy bien, me llevaron a una linda casita donde tomé té y me interrogaron un poco. Luego me preguntaron cómo me llamaba, yo les dije que Sarita. De dónde venía, y yo les dije que de aquella linda casita que se encontraba detrás de todo ese bosque. Ellos me respondieron que en esa casita vivía una linda niña llamada Sofi. Pues le decían así. Todos los días que llegaba del colegio venía y los acompañaba, hasta que un día la pequeña Sofi se fue y no volvió, desde entonces no se ha vuelto a saber nada de ella.

Decidí irme para mi casa puesto que ya llevaba mucho tiempo en ese lugar. Les dije que al día siguiente volvería. Llegué a mi casa y todo cambió. Después de haber estado casi toda una tarde en ese mundillo, en mi casa sólo habían pasado unos 10 minutos, me di cuenta que el tiempo podía rendir mucho, entonces decidí buscar qué había pasado con la pequeña Sofí.

Cuando me mudé a mi casa, en el sótano encontré unos libros muy empolvados. Decidí mirarlos. ¡Ay!, pues me llevé una grande sorpresa: dentro de esos estaba el diario de Sofí, y empezaba desde que tenía 8 años. Justo días después de haberse mudado a esa casa, empieza la historia diciendo que en el bosque que queda detrás de la casa encontró unos lindos enanitos, los cuales la acogieron con mucho cariño. Decía que todos los días iba después del colegio, los enanitos le ayudaban a hacer sus tareas y después jugaba toda la tarde con ellos y lo mejor era que cuando llegaba a su casa era muy temprano. El día de su cumpleaños le hicieron una linda celebración... Así siguen sus hojas, cuenta paso a paso lo que hace y sobre todo los días de sus cumpleaños.

Cuando llega a los once años dice que todo cambia, que no ve la necesidad de ir allá y se aburre en su casa ya que queda lejos de la ciudad. Dice que se va a mudar a una casa más cerca de la ciudad y que va a dejar su diario en esta casa, ya que lo único que dice es el desperdicio del tiempo.

Al otro día, llevo mis tareas a aquel mundo, los enanitos me las ayudan a hacer, me preguntan que si sé algo sobre la pequeña Sofí, no soy capaz de enfrentarles la verdad, ya que será algo doloroso. Decido irme para mi casa ya que no aguanto más estar en esas condiciones, sigo leyendo los libros del sótano y en uno me encuentro lo siguiente: “Los mundos mágicos están en la mente de pequeño que manejas, se borran de tu cabeza cuando estés entre

los once y doce años, en el cual cambias tu imaginación por la ciudad, y esa imaginación que tuviste piensas que fue una bobada y que sólo duró 4 años”. Cierro el libro porque no aguanto más la intranquilidad que me hace sentir.

Esa noche no pienso en dormir, sino en el dolor de llegar a los once años, pues decía que sólo dura cuatro años, y doce menos cuatro es igual a ocho, edad que yo tenía, o sea que mi aventura apenas comenzaba. Otra cosa que no me dejaba dormir era la verdad que tenía que contarles a los lindos enanitos. Por fin después de un rato logro conciliar el sueño, pero sólo por unos minutos, pues la intriga no me deja pensar en cosas mejores como descansar.

Llega el otro día, día que no esperaba que llegara, el tiempo en el colegio se fue rápido, tan solo pensaba en después de almuerzo, hora en la cual llegaría donde los enanitos. En un momento decido quitar el miedo y contarles a los enanitos, lloraban sin control alguno, y yo también, de solo pensar que los años pasarían rápidamente y los enanitos se borrarían de mi imaginación.

Tomo el control y les digo que como pasó con Sofi va a pasar conmigo, pues yo seré reemplazada por otra persona o tal vez mi imaginación no cambie. Eso los tranquilizó un poco, me decidí ir a casa con el corazón partido, pero en el camino reflexioné, la vida será así y la tengo que vivir. Así como está pasando con la imaginación, después seré grande y pensaré en cosas mejores que no me lastimen.

Pues así paso, le dije eso a los enanitos: que asumiéramos los cuatro años que siguen como si nada y después pensáramos en otras cosas mejores. Sólo hubo una excepción: mi imaginación duró hasta los trece años, todavía recuerdo los mejores tiempos, los cumpleaños y las vacaciones.

Desde los ocho años hasta los trece tuve un diario de mi imaginación. Todavía recuerdo el dolor de cumplir doce años, todos los enanitos lloraban y yo también, pero les dije que no, que mis recuerdos todavía quedaban patentes y mi imaginación marchaba bien, pues eso fue verdad ya que duró hasta los trece. Y todavía existe, pues muchas veces voy y los visito. Sinceramente no me gustó irme de aquella casa, pero todo fue por culpa de mis padres. Ellos tuvieron la necesidad de mudarnos a la ciudad.

Al fin, después de mucho tiempo, pude saber de Sofi. En una de esas visitas a los enanitos, me mostraron una fotografía de ella, yo la conocía, vivía por mi casa en la ciudad. Le hablé sobre ellos, ya que sólo fue un producto de la imaginación de la niñez de ella. Pues yo no pienso lo mismo. La imaginación es para toda la vida y en un solo instante existen en mi imaginación muchos recuerdos que nunca olvidaré. ■





¡¡Amor sin fin!!



ALLISON JIMÉNEZ NIETO
SANTA MARTA

Nací en Chiquinquirá, Boyacá, el 10 de enero de 1995. Soy la menor de tres hermanos. Desde muy pequeña mis padres vieron en mi aptitudes para la redacción. Motivada por Yomaira Ortiz, mi profesora de castellano, escribí el cuento que me hizo merecedora de que mi talento fuera conocido. Para escribir el cuento me guíé por

las enseñanzas en clase y por una historia que es muy común hoy en día, pero le agregué mi toque personal. A mis padres, a mis hermanos, a mis amigos y a mi profesora, a ellos les dedico este logro porque siempre me han apoyado y motivado.

**Séptimo grado, Instituto
La Milagrosa, Santa Marta.**

¡¡Amor sin fin!!

ALLISON JIMÉNEZ NIETO

Jeremy era una linda luciérnaga. Era muy apuesto, seguro, adinerado, era como dice una amiga mía: mono, ojos azules y vuela, es decir más lindo para donde. Él era muy buen estudiante, pero, como siempre, tenía un gran defecto, tenía muchas hormiguitas como novias. Claro, es que al ser tan lindo conquistaba mucho y aún así esta linda luciernaguita jamás se había enamorado. Jeremy, además de otras cosas, era adicto al tinto con limón (T.H.) y lo conseguía con ayuda de una hormiguita adicta a esta sustancia de igual forma que él.

Jy (Jeremy) era un gran amante del waterpolo. Como cualquier día se fue con los mosquitos a practicar este deporte, todo iba muy bien, los mosquitos y Jy eran muy buenos. En la hora de descanso estaban todos ellos descansando en las grandes gradas alrededor de la piscina y de repente empezó a llover. En medio del revuelto, él se tropezó y cayó encima de una linda abeja, así él y ella cayeron en la gran fuente central de pétalos.

Él se levantó rápido y la ayudó a levantarse. El muchacho muy apenado le pidió disculpas y le preguntó si había roto alguna de sus resplandecientes alas. Ella muy amablemente le dijo que no, que

tranquilo, nada había pasado. Jy aprovechó y para recompensar a la abejita la invitó a comer unas hamburguesas de hoja de almendro. ¡Oh!, pero se me olvidaba algo, la abejita se llamaba Alexa.

Debo decir que en su cita la pasaron espectacular y gracias a todo esto ellos dos se volvieron novios. Ya llevaban un año cuando se presentó la oportunidad de ir a la excursión del colegio a la laguna de Jnota, esta laguna era bellísima, tenía un gran paisaje, con grandes praderas con lindas flores. Cuando llegaron, cada uno cogió su hoja de mango (maleta), se instalaron en sus ramas (habitaciones) y salieron a hacer una gran fogata en grupo.

Esa misma noche el grupo decidió ir a un bar a disfrutar, pero Jy y Alexa no fueron. Los dos jugaron guerra de almohadas, se burlaban de muchas cosas y al dejarse llevar por la alegría y la pasión del momento, decidieron tener relaciones sexuales. Claro que hay que aclarar que ellos se amaban, y ese amor los unió y además logró que Jy dejara la tierra húmeda cuando se conocieron.

Al día siguiente, muy temprano se fueron muchos a nadar a una pequeña isleta de la laguna. Duraron muy poco ya que se avecinaba una tormenta, ellos rápidamente se montaron en unos Lamborghini, para llegar más rápido, pero lastimosamente fue muy tarde, la tormenta los alcanzó. Con gran esfuerzo llegaron a sus ramas. Al llegar, Jy no encontraba a Alexa, esa luciérnaga estaba desesperada e hizo que la buscaran por cielo y tierra con ayuda de los saltamontes, pero no fue posible hallarla. Al parecer, su amada había muerto, posiblemente ahogada en las profundas aguas de la laguna.

Jy quedó destrozado y volvió a aspirar T.H. y hasta trató de suicidarse con una sobredosis. Gracias a Dios, su familia y nosotros sus amigos lo ayudamos. Él se graduó del colegio y hasta donde tengo entendido estudió antropología y ahora está trabajando con el gobierno de algunos países.

Hace poco me encontré con él y esto fue lo que me contó sobre su vida: un día normal del trabajo llegó una delegada de una empresa que pensaba apoyar un proyecto, del cual Jy era el encargado. Era una linda abejita deslumbrante, su nombre era Alejandra Duarte. Después de una larga conversación quedaron de verse en un famoso restaurante de Avisbelandia. Los dos llegaron muy cumplidos a la cita, aparentemente esos dos tenían química. En medio de risas se dieron un gran beso, lo curioso es que Jy no se sintió extraño, al contrario, pensó haber conocido ya desde antes a esta bella mujer. Él hasta llegó a pensar que tal vez eran efectos que aún había en su cabeza por la T.H., pero su corazón le decía que existía la posibilidad de que su amor hubiera regresado.

Jy llevado por la intriga decidió investigar a Alejandra y para su conveniencia encontró que ella había sido rescatada en la laguna de Jnota por unos turistas. Uniendo las pistas y los recuerdos del pasado se dio cuenta de que esa bella e inteligente doctora era su Alexa, el amor de su vida. Inmediatamente Jy llamó a Alexa a explicarle la situación, de inmediato Alexa le pidió a Jy que se dirigiera a su apartarama.

Mientras iba en el carro Jy compró un ramo de girasoles y un poco de polen de abejas. Cuando llegó, la puerta se abrió sola y de repente salió Alexa y le plantó un gran beso. Después de unos minutos de conversación, Alexa le contó que tenía un hijo, pero no era cualquier niño, era el hijo de Jy, fruto de la pasión y el amor de esa noche en la que estos dos personajes decidieron entregarse el uno al otro.

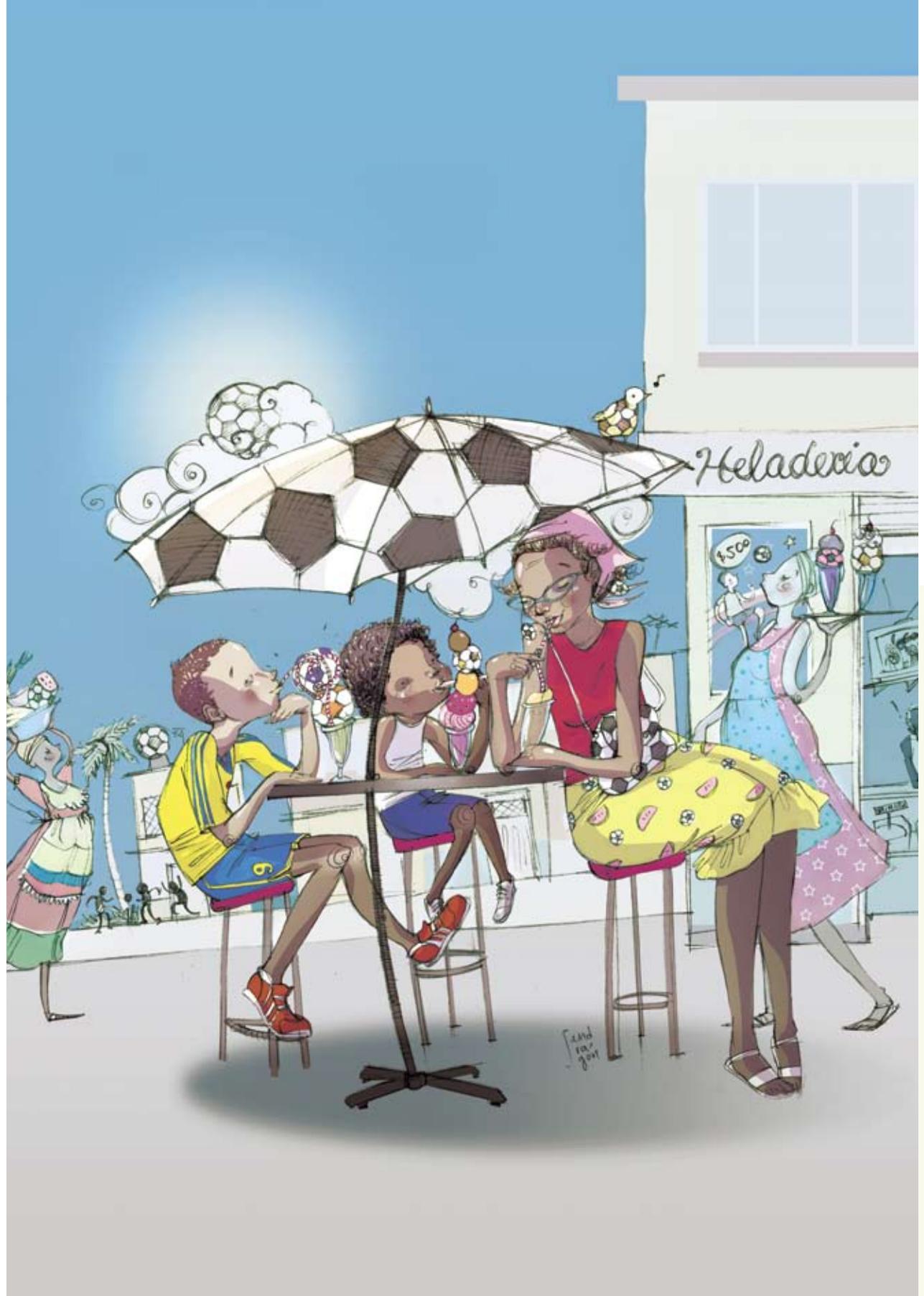
En medio del llanto de Alexa, ella le confesó a Jy que durante todos estos años había tratado de conocer a más personas, pero que no había logrado, no había podido borrar de su mente aquel recuerdo de un hombre al que amó mucho, y esto era asombroso

ya que ella con el golpe que recibió por la tormenta, vivió un momento con amnesia.

Bueno, de esta forma pasaron los días, ellos dos solamente se amaban y le mostraban un gran afecto a su pequeña avispa (hijo). Un día, mientras almorzaban con un gran pastel de miel de abejas, se escuchó un gran tiroteo en los apartamentos de abajo, todo fue confuso hasta que un gran saltamontes tumbó la puerta y entró al apartamento con una gran arma y de un solo tiro acabó con la vida de... ¡el pastel!, jajaja, ¿qué pensaron?, ¿que había matado a alguno? Pues no, el hombre era un viejo amigo e hizo todo esto para empezar la fiesta.

Finalmente, Alexa y Jy se juraron amor por siempre en una pequeña iglesia de la laguna de Jnota. ■





El gol de oro



BENJAMÍN JOSÉ ZARANTE GONZÁLEZ **CARTAGENA**

Nací el 19 de diciembre de 1994, entre villancicos y juguetes de colores, bajo el radiante sol de Cartagena, arrullado por brisas marinas y pregones de palanqueras y verduleros que me despiertan el alma y me inspiran a describir, entre sueños y verdades, el trajín de mis paisanos. Dedico esta obra a mis padres, profesores, primos y compañeros, a mi hermana Marcela Lucía y a quien es mi

conductor y amigo, Álvaro González Martelo. Gracias, abuelo. Mis agradecimientos también al Ministerio de Educación Nacional y a RCN que hacen posible cristalizar los sueños de jóvenes y niños que se inician en el bello arte de las letras.

Séptimo grado, Colegio Salesiano San Pedro Claver, Cartagena.

El gol de oro

BENJAMÍN JOSÉ ZARANTE GONZÁLEZ

“**P**arada, pare, aquí”, repetía un niño que parecía mucho menor que yo y que viajaba en la misma buseta que suponíamos nos llevaría al centro de la ciudad sanos y salvos.

Mi mamá haciendo señas pudo comunicarse con un señor para que apretara el botón del timbre, pero nada, la buseta seguía desenfrenada. Ya el niño no gritaba, lloraba y con angustia se abría paso hacia la puerta de atrás. “¡Señor –gritó mi mamá llamando al fin la atención del conductor–, claro, qué va a oír, si lleva esa música a todo timbal”.

Escuchaba muchos comentarios de los pasajeros. El sonido estridente del equipo parecía aumentar el calor y en medio de esa algarabía por fin pudo bajarse el pequeño que se mostraba totalmente desorientado. No pude ser indiferente a su angustia. Mi mamá me miró y sin decirnos palabras golpeó el techo de la buseta haciendo que frenara en forma tan brusca que los pasajeros de pie volaron hacia delante y antes de reacomodarse ya nosotros estábamos en la acera, caminando en sentido contrario.

“Allá está, mami, allá está”. Ahí estaba, con la misma angustia y los ojos mojados, solo, en medio de la algarabía.

Mi mamá le tocó la cabecita y le dijo: “Ya no te preocupes. Ahora cuéntame de dónde vienes, para dónde vas, cómo te llamas”. “Mami, mami. Con calmita vas más rápida que la buseta”. Mi mamá rió a carcajadas, tomó al niño de un brazo y nos llevó a una heladería. “Y, bien, Luisiño...”. Así nos dijo que se llamaba, y pensé para mis adentros, con sana envidia: “Tremendo nombre se manda este pelao, yo hubiera querido llamarme Ronaldiño o Ronaldo, pero la verdad es que no conozco a ningún futbolista que se llame Benjamín.

Eran los primeros días de diciembre y los últimos del colegio. Esta época es diferente del resto del año. El sol brilla y no pica, no se siente la tierra caliente y la brisa se mete juguetona y fresca por todos los rincones, es tiempo de todo. Ese sábado me desperté más temprano que nunca, daba vueltas en la cama repasando uno a uno mis planes: mi mamá me comprará por fin el balón golty que tanto le he pedido, ya quiero verle la cara a los compañeros de cancha siendo yo el dueño del balón, mi tía Berti me abrirá un correo electrónico que diga josebarcelona@.com..., y muchas cosas más. Y vuelvo a mi balón, es que los compañeros de la cancha del barrio dizque por ser los amigos de Gómez, el que trae el balón, no me permiten jugar en la delantera, generalmente me dejan el arco, pero Gómez siempre llega una o dos horas después, así que esta tarde yo seré el goleador.

No veía la hora de salir a mi mejor aventura y aquí estamos. En la heladería Luisiño devoraba el segundo helado combinado de vainilla y chocolate. Ya le había regresado el alma al cuerpo y mi mamá le había sacado hasta las tripas. La idea era acompañar al niño caminando las tres cuadras que le regaló la buseta hasta el taller donde trabaja su padraastro a quien debía entregar un papeleto que decía: “Ayer te fuiste de viernes cultural y nosotros nos

acostamos sin comer, yo sé que Luisiño no te corresponde pero acuérdate que estoy esperando un hijo tuyo”.

“¿Sabes leer?, le pregunté al niño en el camino. Él me miró sonriendo y asintió con la cabeza. Era la mirada y la sonrisa fugaz de un niño triste que se desvanece con mucha facilidad porque, pese a su corta edad, siente lo que le toca vivir.

Ya en el taller, lo esperamos en la puerta para ayudarle en su regreso. Buscó por todos los lugares y por debajo de los carros que tenían la boca abierta, pero fue en vano. Nos percatamos de que el señor no estaba, ni respondía a sus obligaciones.

“Ahora entiendo su melancolía”, murmuró mi mamá. Acto seguido, nos fuimos los tres para el centro de la ciudad, nuestro destino, el destino de mi gran ilusión.

Mi mamá, antes de comprarme el balón hizo un mercado para Luisiño, para que mitigara en parte sus necesidades inmediatas. Yo no creí que esas cosas pasaran.

“Señor, me baja ese balón, por favor”, escuché esas palabras de mi mamá como si fuera la más hermosa melodía que brotara de sus labios. El balón que tanto había soñado me parecía un balón de oro, yo no cabía de la emoción y cuando lo tenía en mis manos me sorprendió la cara de Luisiño: parecía otro, sus ojos grandes olvidaron la melancolía, su sonrisa era ya la de un niño alegre, en su cara morena resaltaban hermosos dientes blancos y todo su ser reflejaba la esperanza, la ternura, la fuerza de la vida. Y otra vez, sin mediar palabras miré a mi mamá mientras le extendía el hermoso regalo a Luisiño. Con un guiño mi mamá me dijo: “Mijo, gol”.

Luisiño se olvidó del mercado, abrazó la pelota como aferrado a la vida. Parecían colmadas todas sus ilusiones al igual que las mías. Era al fin un niño como yo.

Cada uno tomó su camino. El niño para su casa y yo para la mía. Esa tarde como lo había dispuesto llegué a la cancha del barrio y me fui feliz para el arco. Todos se quedaron sorprendidos porque me ubiqué sin pataleos, no porque me gustara ser portero sino porque ese día me había anotado un gol, un golazo, el mejor gol de mi vida. ■



CATEGORÍA

POPAYÁN

JOSÉ DANIEL CHAMORRO VÁSQUEZ
Sueño de amanecer

97

BUCARAMANGA

SANTIAGO JIMÉNEZ RAMÍREZ
Cándido pútrido

79



MARQUETALIA, CALDAS

FABIÁN ANDRÉS
URREA FLÓREZ
Después del "Y vivieron
felices por siempre"

73

EL PEÑOL, ANTIOQUIA

ZULLY SHIRLEY HENAO URREA
Con las manos atadas

67

CALI

ALEJANDRO GABRIEL
PÉREZ RUBIANO
El último viaje
del cóndor

91

TOCA, BOYACÁ

QUINTI ALISÁN PAULA
VALENTINA GUERRERO PARRA
El fin del mundo

85

ESTUDIANTES HASTA ONCE GRADO

BOGOTÁ

DAVID FELIPE GUERRERO BELTRÁN
La trágica indiferencia

115

CALI

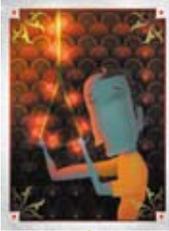
JUAN SEBASTIÁN REVEIZ ENRÍQUEZ
El lector

135

BOGOTÁ

JUAN FELIPE LOZANO REYES
Romeo y Julieta (cuento-poema)

129



VALLEDUPAR

MARY CARMEN
CALDERÓN BULLA
La magnífica *Claro de Luna*

107

CALI

JUAN CAMILO JORDÁN ORDÓÑEZ
El valor de las cosas

125

BOGOTÁ

MARÍA DANIELA ROMERO AMAYA
Inevitable vocación

101

BUCARAMANGA

DIEGO FERNANDO ORDÓÑEZ SILVA
Un muerto y un café

119



Con las manos atadas



ZULLY SHIRLEY HENAO URREA
EL PEÑOL, ANTIOQUIA

Era un domingo soleado. Ese 27 de octubre de 1993, doña Luz Marina empezó a sentir sus dolores de parto y se fue caminando al hospital San Juan de Dios del municipio de El Peñol, Antioquia, donde a las seis de la tarde dio a luz a una hermosa niña a quien dieron por nombre Zully Shirley. Esa era yo. Me gusta el deporte, me gusta escribir cuentos sobre la realidad del mundo y también me gusta

la actuación. Sueño con ser educadora de niños especiales o psicóloga, en todo caso ser una profesional para sacar a mi familia adelante. Escribí este cuento porque me duele ver aquellas personas maltratadas injustamente y la indiferencia de la gente frente a estos casos.

Décimo grado. Institución Educativa Rural Palmira, El Peñol, Antioquia.

Con las manos atadas

ZULLY SHIRLEY HENAO URREA

Todo comenzó cuando mi padre perdió su empleo y mi madre no ganaba el suficiente dinero para mantenernos a mis hermanos y a mí. No sé si fue por el ocio o por la falta de dinero, pero mi padre se convirtió en una persona violenta, y mi madre estaba ya cansada de los golpes que recibía cada noche cuando él llegaba borracho. Una de esas noches, más borracho que de costumbre, mi padre quiso tener sexo con mi madre, pero ella lo rechazó, y fuimos nosotros, sus hijos, quienes pagamos las consecuencias: nos amarró de pies y manos y nos empezó a golpear con un lazo. Mi madre trató de impedirlo, pero mi padre la empujó tan fuerte que rodó por el piso y su cabeza se golpeó contra la pared. Mis hermanos estaban asustados, lloraban y temblaban. Yo quise hacer algo para detener eso, pero me sentí impotente, con las manos atadas.

Pasaron muchas horas antes de que mi padre se calmara y decidiera desatarnos. Corrí donde mi madre, sangraba. Me dijo que me fuera lejos con mis hermanos, pero no pude hacerlo porque me dolía todo el cuerpo y mis hermanos, tirados en el suelo, estaban aún más maltratados y no podían siquiera moverse. Fue tan fuerte la golpiza que estuvimos una semana entera en la cama, mientras

mi madre moría lentamente sin que a él le importara y sin que nosotros pudiéramos hacer nada. Mi padre, aprovechando la situación, llevaba a sus amigos a casa, se emborrachaban y se metían a la habitación de mamá, la manoseaban y la violaban. Era algo asqueroso lo que mi padre hacía con mi madre. Lo odiaba, lo detestaba, hasta pensé muchas veces en matarlo, pero le tenía mucho miedo y pensaba que, si lo hacía, podría ir a la cárcel y no quería dejar solos a mis hermanos. Con mi madre a punto de morir, yo era lo único que tenían, la única persona que podía ayudarlos.

Cuando pude hablar nuevamente con mi madre, ella llorando y con la voz entrecortada volvió a pedirme que escapara con mis hermanos y me entregó algún dinero que tenía guardado, me dijo que lo escondiera bien y no lo dejara ver de mi padre. En ese momento llegó él, estaba muy borracho, mucho más que los amigos con los que llegó, quienes al ver a mis hermanos los miraron con maldad y empezaron a acariciarles sus partes íntimas. Yo traté de impedirlo, pero mi padre me golpeó. Mis hermanos lloraban y me pedían ayuda. Mi padre me tenía aprisionada y yo nada podía hacer, entonces me dijo que la única forma de ayudar a mis hermanos era accediendo a tener sexo con todos sus amigos. Yo me negué rotundamente y lloré, pero ellos me tomaron a la fuerza, mientras mis hermanos lo presenciaban todo. Era horrible todo eso que nos estaba pasando y yo no sabía que hacer para salir de esto.

Cuando todos estuvieron saciados, siguieron bebiendo hasta quedarse dormidos de la borrachera. Yo, entonces, aproveché y sigilosamente salí de la casa casi arrastrándome, pedí auxilio y muy pronto alguien llegó con la policía. Se llevaron a mi madre en una ambulancia, pero nada pudieron hacer por ella. A mi padre y a sus amigos los metieron a la cárcel, pero pronto los dejaron libres porque no había pruebas de lo que habían hecho. Yo no quise someterme

a ningún examen y la muerte de mi mamá fue, según la autopsia, por causas naturales.

Saqué, de donde lo había escondido, el dinero que me dio mi madre y compré un veneno para ratas, cuando papá llegó a casa, se bebió la última cerveza de su vida. ■





Después del “Y vivieron felices por siempre”



FABIÁN ANDRÉS URREA FLÓREZ
MARQUETALIA, CALDAS

Nací en Santiago de Cali, Valle del Cauca, el 29 de enero de 1993. A mis 2 años llegué a vivir a Marquetalia, Caldas. Escribí mi cuento pensando que los finales de todos los cuentos de hadas que leía no podían ser felices, y conté la verdadera historia de algunos. Me gusta escribir las nuevas ideas de cuentos que llegan a mi mente y disfrutar de la juventud. Quiero llegar a ser un médico cirujano. Quiero

dedicar mi cuento a todo mi pueblo marquetón que siempre me apoyó. A mi abuelo que ya falleció, pero que se alegró mucho con mi triunfo. A mis padres, Godeardo y familia, Reinerio y los Carmona, y a toda mi familia y amigos.

Décimo grado, Escuela Normal Superior Nuestra Señora de la Candelaria Sección A, Caldas.

Después del “Y vivieron felices por siempre”

FABIÁN ANDRÉS URREA FLÓREZ

Desde el comienzo de nuestra existencia nos han contado las historias de Caperucita Roja, Cenicienta, Bella Durmiente, Blanca Nieves, etc. Y siempre terminan en “y vivieron felices por siempre”, pero otra es la realidad. He aquí lo que sucedió después: Caperucita Roja tuvo una niñez no muy buena. Su madre la obligaba a ir sola a las ciudades a relacionarse con gente no muy buena, recorriendo una completa selva con peligrosos animales, como el llamado lobo, de quien ya saben el fin. Al crecer, Caperucita tuvo que casarse con un leñador porque su madre no la aguantaba más en su hogar. Caperucita se enamoró rápidamente de este leñador que la había salvado, por sus músculos. Pero luego de casada se dio cuenta de la clase de persona arrogante que era, además la maltrataba y sus músculos se fueron cambiando por grasa con el tiempo. Así que Caperucita decidió hacer algo. Consultando con una bruja amiga esta le dijo: “Como la marea cambia al anochecer, tú también lo puedes hacer”. Caperucita intrigada le preguntó: “¿Cómo?”. La bruja con mayor misterio respondió: “La caricia de una flor cambia hasta el parecer de un señor”, y continuó con el siguiente brebaje: “Dale 6 pétalos de girasol, con 2 ho-

jas de roble, revuelto con vinagre con 5 gotas de vino y dáselo en una sopa, con una bebida de agua con 3 gotas de néctar, una vez al día durante 31 días, y con esto se transformará en un hombre guapo, elegante y próspero, perseguido por el dinero”. Caperuza aún aturdida, asombrada y desorientada, regresó al hogar donde la esperaba furioso su marido, quien la obligó a dormir esa noche en la cochera.

Al otro día, antes de que el gallo cantara se levantó Caperuza y se dirigió a la ciudad a conseguir este brebaje. Al llegar a la ciudad se encontró con la ex reina Cenicienta, la cual fue despojada de su reino por intentar asesinar al rey, cambiar las leyes y esclavizar hasta a los nobles, además se le persiguió para matarla pero con esconderse en el río fue suficiente. Al encontrarse con Cenicienta, Caperuza quedó atónita por el estado en que se encontraba. Cenicienta pidió posada y Caperuza sin decir nada la llevó por el bosque donde se encontraba una cabaña abandonada. Pero cuál sería la sorpresa al ver a la exuberante princesa Blanca Nieves sin tres dedos de su mano derecha y con su cara destrozada. Blanca Nieves contó su triste historia. Mientras la acomodaban en la cama de la cabaña, dijo: “Me encontraba en las afueras de mi reino cuando se acercó un hombre y me propinó un golpe en el cuello. Cuando desperté me encontraba en las orillas del río y me dolía mucho la mano. Cuando miré pude darme cuenta de que los tres dedos que perdí me salvaron al amortiguar la caída del abismo con un árbol. Poco después pude darme cuenta de que a mi esposo lo habían asesinado, eran los siete enanos comandados por Gruñón, quien se proclamó rey y tomó el reino, todo porque después de que yo fuera princesa nunca los visité y doble el trabajo de todos los ciudadanos. Y como pude vine caminando en busca de la ciudad”.

Al tener las tres un motivo que les causaba ira, se fueron volviendo las mejores amigas.

Al otro día, Caperuza las invitó a la ciudad en busca del brebaje. Al no tener dinero, en un descuido del dueño robaron las cajas que contenían los artículos. Todo esto produjo una revuelta en la ciudad. Al ver que esto les daba dinero fácil, continuaron haciéndolo en toda clase de tiendas ya cubiertas con un pañuelo rojo. Luego de esto usaban sus encantos con los ricos y les quitaban sus fortunas, y así se conocían popularmente como las bandidas rojas. Esto provocó un despliegue especial de soldados llamados FBI o Fallecimiento a Bandidas Infracorruptas, el cual se repartió por toda la ciudad. Las grandes amigas pararon sus actos delincuenciales y se refugiaron en la casa del leñador al que Caperuza empezó a darle el brebaje. Con los 15 primeros brebajes el leñador se enfermó, y con los siguientes, al ingerir el último, murió instantáneamente. Inmediatamente llegó el FBI y las acusó de robo y homicidio.

Fueron llevadas a las tres mazmorras más profundas del reino, donde a Blanca Nieves le dio lepra. Cenicienta murió tres días después de ingresar y Caperucita Roja pasó el resto de sus días haciendo un pequeño hoyo en la pared con sus uñas.

Pero no todo es desgracia. La bruja arrepentida por el bárbaro acto que hizo contra el leñador, pactó con el Diablo y le devolvió la vida al leñador en forma de príncipe guapo, próspero, al cual lo perseguía el dinero. Y la bruja regresó a su realidad normal. Era la Bella Durmiente, quien fue hechizada y transformada en bruja de niña por el demonio y quien le había tenido envidia toda su vida a las tres fallecidas por haber tenido unos cumpleaños de 15 normales. Al final, el leñador ahora príncipe y la Bella Durmiente reclamaron su derecho a la corona. Sin mucha lógica, “vivieron felices por siempre”. ■





Cándido pútrido



SANTIAGO JIMÉNEZ RAMÍREZ
BUCARAMANGA

He querido revelarme didácticamente: Yo santiago. Yo jiménez. Yo naufragio. A veces, cuando hablamos mucho tiempo sin parar, cuelgan de nosotros maniqués clarividentes, brevedad no es un adjetivo para el arequipe. Nací hace 17 siglos y me esperan giros infinitos en el

segmento uno después de dos. Escribí este cuento para viajar, tal y como lo hicimos mis compañeros y yo. Más garganta en: www.tintineosdevidaymuerte.blogspot.com

Décimo grado. Colegio San Pedro Claver, Bucaramanga.

Cándido pútrido

SANTIAGO JIMÉNEZ RAMÍREZ

Disuelta su figura en hilos, como la sombra vencida por la luz, atravesaba indiferente las avenidas de la ciudad que esa noche estaba entumecida en un espectáculo lunático. Las calles rígidas pero volátiles, con sus vehículos fugaces, pisándole. La gran cantidad de sonidos cansados, que atravesaban dolorosamente la tranquilidad noctámbula. El cielo, vomitado. No había mucho ruido, pero sí melancolía, frígida entre los pectorales flacos; digerida por el estómago hambriento, perteneciente al lánguido de la desesperanza habitual. La saca al hombro, como la cruz, pero en el lugar de apóstoles, edificios erguidos sistemáticamente, ruidos maquiavélicos que impregnan de pavor cada una de las esquinas en donde caducan los senderos y los calvarios.

Tenía los pies molidos, cansados de la tarde, y también de la mañana. Sus ropas eran muy suyas, adheridas a la piel como protegiéndole de las cosas bellas, pero resguardando las suyas de la voraz hambruna de la ciudad, sus cosas bellas dentro de un nubló, discretas en su rostro rubio. Nocivo cigarrillo. Nariz de rey con olor a calcetín, ojos trabados en la mitad del rostro de un vampiro, carroñero por oficio y peregrino porque sí. Los labios rotos por el

frío. Cabello malherido por la mugre, por la murga y por la falta de otra purga que la cólera incontenible de la soledad.

Pisa el asfalto con su cuerpo para sentirle débil. Cuando camina ahuyenta la miseria, y cuando grita escapa de su hocico de perro cansado, la gloria y la porquería.

Su fragancia, el resultante de hígados revueltos en alcohol para heridas, orines de edificio eclesiástico, tinto del sujeto de la portería en cualquier lugar, monedas en bolsillos de lino, posteriormente en manos ennegrecidas, escupitajos humillantes de dinosaurios modernos, con rostros concientes de su estabilidad, del superfluo vaivén errático, revueltas todas las sustancias en un estómago sucio.

Ocurrió sin nombres, porque a nadie le interesa acusar de infame al que por nobleza asesina el mártir.

Se encontró a un canino rebosando sus barbas contra la basura apiñada y encontró una similitud graciosa y triste con aquel desgraciado animal. Recordó la primera vez que acudió a las canecas, escogió escrupuloso y se metió una hamburguesa fría a la boca. Luego vomitó. Fueron necesarios pocos días para rendirse a la costumbre y perder con ella la espontaneidad de sus sensaciones. Se quedó contemplativo, figurándose qué tan asceta era él mismo, proponiéndose las maravillas de romper con su aislamiento impuesto y comparecer la soledad con un animal, tan malicioso y sucio como él. Se acercó con cautela para evitar mordeduras y le llamó con sonidos de serpientes, búfalos, profesores y otros animales. No respondió a ninguno. Sin embargo, un pedazo de pan proveniente del bolsillo del famélico de apariencia patética, sellaría el pacto de un mordisco, consiguiendo para sí el más fiel e incansable reemplazo para su sombra.

Un perro gozque podría decirse que es un portador viviente de la desgracia de la humanidad, con su pelaje pegado a la piel,

el esqueleto evidente por la inanición, un montón de manchas que no le hacen el rey de la selva y, por la sangre, corriéndole como segundos, enfermedades mortecinas pero letales. Los ojos oscuros que por la noche parpadean en silencio, vistiendo de grandeza su rostro feroz, ese mismo que aúlla para los sordos. Y para los ciegos también.

Convirtiose así, en un espléndido secuaz del crimen, escudero de la desilusión, el nublo de lo evidente, la morfina pertinaz para el adolorido cometa urbano, sórdido y sentenciado.

Juntos buscaron la primavera, en la ciudad sin estaciones. Insultaron y ladraron a muchísimas personas que les habían pasado su ego por encima. Pasearon quietos. Durmieron sobre todos los asfaltos fríos, amanecieron en las escaleras. Forzaron cerraduras y festejar fue su empresa. Alabaron a todos los dioses y orinaron todas las iglesias. Mendigaron todo tipo de bocados y prendas de vestir. Sofocaron plenitudes, hicieron plenos sus infiernos. Cada uno se comió una perra. Vieron prenderse la ciudad, morir el sol sin contemplarlo, nacer la luna sin regalarla. Festejaron cada gol de cualquier equipo lleno de pasión. Probaron los ajíes de todas las tiendas del centro de la ciudad. Fueron asignados nombres tiernos al enrazado alemán, y ladridos roncós al vagabundo. Tuvieron hambre y llegó la angustia.

Ocurrían más despacio los instantes solemnes. Hubo lágrimas. Hubo droga. Las riñas entre los mártires agotó la fuerza. Murieron podridos todos los recuerdos. Las mismas calles, idéntica luna, silencio y votos, de desesperanza y agotamiento. Nunca había desfallecido su cuerpo así ante la costumbre. El tiempo plúmbico. La muerte de felpa esperándole con afán, con cara de perro degollado, de cánido pútrido. La ciudad fue el delincuente, la certeza el testigo ciego, la carroña, la víctima indirecta. Lo agarró por el pes-

cuezo, besó su hocico debajo del sol radiante, lumbre hipócrita e insolente, luego lo descabezó y se tendió a su lado, inmóvil. ■





El fin del mundo



**QUINTI ALISÁN PAULA
VALENTINA GUERRERO PARRA
TOCA, BOYACÁ**

Mi nombre es Quinti Alisán Paula Valentina Guerrero Parra, por capricho de mis padres (Alirio y Sandra: Alisán). Nací en Toca, Boyacá, el 5 de marzo de 1996. Mi padre, médico y escritor en proceso, siempre ha querido hacerme su mejor libro, por eso desde muy temprano me ha inculcado el amor por las letras, especialmente por la lectura. Me gusta decir que soy de Cristo.

Soy evangélica. Quise concebir un fin del mundo a mi manera, no a la de Dios. Para ello me convertí en creadora de aquellos personajes y su realidad. Eso es lo hermoso de la literatura. Doy gloria a Dios por este logro, todos esperamos que sea sólo un pequeño inicio.

Noveno grado. Colegio Seminario de Chiquinquirá.

El fin del mundo

QUINTI ALISÁN PAULA VALENTINA GUERRERO

“Faltan 19 días para el fin del mundo”.

De gruesas letras desiguales que ocasionalmente dejaban escurrir gotas de pintura roja, el graffiti parecía obra de un estudiante de segundo grado, más aún dado que aquel muro abandonado estaba cerca a la sección primaria del colegio municipal.

A pesar de que cada día aparecía el número inmediatamente anterior después de la palabra “Faltan”, inicialmente nadie le paró bolas. Sin embargo, el más indisciplinado de los estudiantes quiso convencer al rector de su hallazgo:

–Fíjese bien, profesor –le rogó frente al graffiti–: el número no está enmendado, parece original. “Faltan 13 días para el fin del mundo”.

Su aparente indiferencia fue quitada al siguiente día cuando, en compañía de dos profesores, el rector fue voluntariamente a examinar el número 12. Interesado, decidió fotografiar el muro como prueba y al siguiente día volvió con los mismos docentes y varios estudiantes curiosos, pero en compañía del alcalde y el sacerdote, muy amigos suyos.

“Faltan 11 días para el fin del mundo”.

Les pidió que detallaran bien la foto, así como la ausencia absoluta de rasgos de cambio en la pintura de la pared y del número. Una potente lupa les ayudó.

El ataque de risa del primer mandatario no se hizo esperar, y se marchó algo enojado por aquella pérdida de tiempo, en cambio el sacerdote sí le creyó al rector, ya bastante temeroso.

Pero el siguiente día, cuando el alcalde detalló el número 10, ordenó de inmediato cubrir totalmente el graffiti con tres capas de blanqueador. Sin embargo, aunque fueron cuatro capas, al siguiente día sucedió lo que muchos ya temían:

“Faltan 9 días para el fin del mundo”.

Pocas veces se había visto al hombre tan furioso como ese día, frente a la pared:

—¡Loco hijueputa! ¡Cree que nos la va a ganar!

Ordenó al cuerpo de policía prestar guardia permanente hasta coger a los desgraciados que estaban logrando alborotar la comunidad.

La pared, borrada nuevamente, fue cubierta con plástico y la guardia montada: seis policías y más de una veintena de civiles voluntarios, por delante, por detrás, por los lados y por encima de la pared; pero al siguiente día no falló:

“Faltan 8 días para el fin del mundo”.

Los moradores de aquella población entraron en pánico verdadero. ¡Es un hecho! El fin del mundo se acerca. ¡Nadie se salva!

El juez llamó a Noticias RCN y al periódico El Tiempo, pero no le pararon bolas.

Nadie volvió a montar guardia por temor a la pared, aunque a unas personas se les veía arrodilladas frente a ella, rezándole a aquel aviso de Dios. Cuatro familias abandonaron ese pueblo “maldito”. Se iba acortando el plazo. Miedo y pánico se mezclaron con

perdones y reconciliaciones, con rezos y cánticos religiosos; hubo treinta matrimonios y diecisiete bautismos en una sola ceremonia; las familias se reunían en grupos de oración; nadie hablaba de su prójimo, ni mal ni bien, nadie mentía, ni robaba, nadie era infiel ni grosero ni violento. Los presos y los enfermos fueron dejados en libertad; los negocios fueron cerrados; tres personas se suicidaron.

De nada sirvió el perifoneo por parte de las autoridades tranquilizando a la comunidad, anunciando que el asunto estaba por resolverse, y tratando de convencer de su falsedad.

Ya sólo faltaban 5 días para el fin del mundo.

Aunque llegaron varios periodistas, sólo faltando 3 días para el fin del mundo logró salir el reporte en un periódico segundón y amarillista. Los grandes medios decían que esa noticia no había sido aprobada por la junta. Vinieron dos obispos y otros líderes de varias religiones para estudiar el caso, pero pronto se fueron, tragándose sus opiniones. El alcalde se quedó esperando una comisión de científicos internacionales para analizar hasta el fondo el fenómeno.

“Faltan 2 días para el fin del mundo”. Dios nos perdone y nos lleve a su gloria.

Muchas otras personas habían abandonado el pueblo. Dos señores murieron de infarto cardiaco, y al parecer dos jóvenes más se suicidaron.

“Falta 1 día para el fin del mundo”.

En los grupos familiares unieron las camas y, previo consumo de unas gotas de un somnífero recomendado por el médico del pueblo antes de su partida, se cogieron de las manos y se acostaron a dormir, profunda y eternamente, a descansar en paz, esperando el fin del mundo.

A la mañana siguiente todos estaban vivos, y corriendo en tumulto hacia el muro mentiroso, lo encontraron totalmente desmoronado

y regado en varios metros a la redonda. Hubo gran fiesta municipal y mucha alegría en todos los corazones, porque ellos habían sido, en realidad, los únicos sobrevivientes del fin del mundo. ■





El último viaje del cóndor



ALEJANDRO GABRIEL PÉREZ RUBIANO
CALI

Nací una fría tarde de agosto, en el año 1992, el 28 para ser más historiadores y menos poéticos, para luego vivir en Cali. Sarcásticamente lejos del lugar que amo, pero inevitablemente en casa, siempre he soñado con la vida de trovador, pues me ha enamorado el aire de libertad que desprenden los artistas. Entre pensamientos perdidos

se me ocurrió lo majestuoso que sería volar como un cóndor. En torno a esa idea escribí mi cuento. A mi padre, por ser quien más confía en mí, le dedico este triunfo; al cóndor, por enseñarme una lección de humildad, le dedico el cuento.

Décimo grado. Colegio Franciscano de Pio XII, Cali.

El último viaje del cóndor

ALEJANDRO GABRIEL PÉREZ RUBIANO

Nostálgico, perdido entre un mar de pensamientos, se le veía sentado en su silla, aquella que siempre le era fiel, como si esta misma se fuera a ir a otro mundo con él. Se lo veía distante, casi ajeno, perdido. Los curiosos llegaban a aquel lugar soplado por el tiempo, como atraídos por un llamado lejano y siempre se preguntaban por lo que le había pasado a aquel hombre al que se le veía resignado: aquel que no hablaba, no miraba, apenas respiraba, escasamente se movía; aquel cuyos ojos reflejaban un vacío insondable. Contemplarlo se sentía como perderse entre miles de nubes, como si no existiera nada más que la constante sensación de estar recordando un pasado que no existe, que no volverá. El sólo mirarlo provocaba un llanto profundo y afligido en los más débiles de corazón. Aquel hombre de cabello blanco no como la nieve sino más bien como las nubes; aquel hombre que parecía la ironía misma en vida, siempre con su expresión feliz al tiempo que nostálgica. Ese que semejaba un rey desolado con su triste mirada posada en su reino caótico y no un viejo demente que parecía haber sido condenado por Dios a una muerte en vida.

Su historia me llegó susurrada por el viento como parte del repertorio traído por los viajeros del cielo. La vida de aquel hombre se puede resumir en una sola frase o extender a lo largo de páginas y páginas y aún así ni siquiera cabría en la imaginación del hombre. Su nombre se perdió en el viaje que hizo esta historia hasta este humilde redactor. Sólo sé que hoy es conocido como el “Cóndor”. El Cóndor, en los años que ya se olvidaron en el tiempo, solía ser un humilde poeta que vivía de palabras y se alimentaba de letras de noche y de día. Aun cuando era un hombre muy pobre y desdichado, siempre se lo veía altivo, orgulloso, imponente, su rostro reflejaba una sabiduría demasiado profunda y aun así sarcástica en su inocultable ingenuidad.

Sus poesías eran, en su eterno anonimato, apreciadas como tesoros de la literatura perdida entre páginas olvidadas. Sus escritos fueron piezas magistrales de inspiración mundana pero a la vez preciosista. Tras sus letras se dilucidaba siempre un mensaje nostálgico que dejaba como única salida aquel sentimiento que él nunca pudo sentir o que tal vez simplemente nunca pudo recordar: el amor.

El Cóndor siempre se sintió ajeno a los problemas del mundo, aquellas miles de querellas que aquejaban a este mundo, siempre le parecían problemas ilógicos, casi estúpidos. Nunca pretendió, como buen trovador, hacer nada por nadie, tan sólo transmitir el mensaje y que cada quien lo tomase como le viniera. Hasta que llegó aquel sombrío día en el que el Cóndor, como todo genio, alcanzó más temprano que tarde aquel punto indefinido entre la necesidad de la existencia por la creación y la idealización de la inexistencia por la inmortalización del alma, lo que en términos más mortales sería una crisis existencialista.

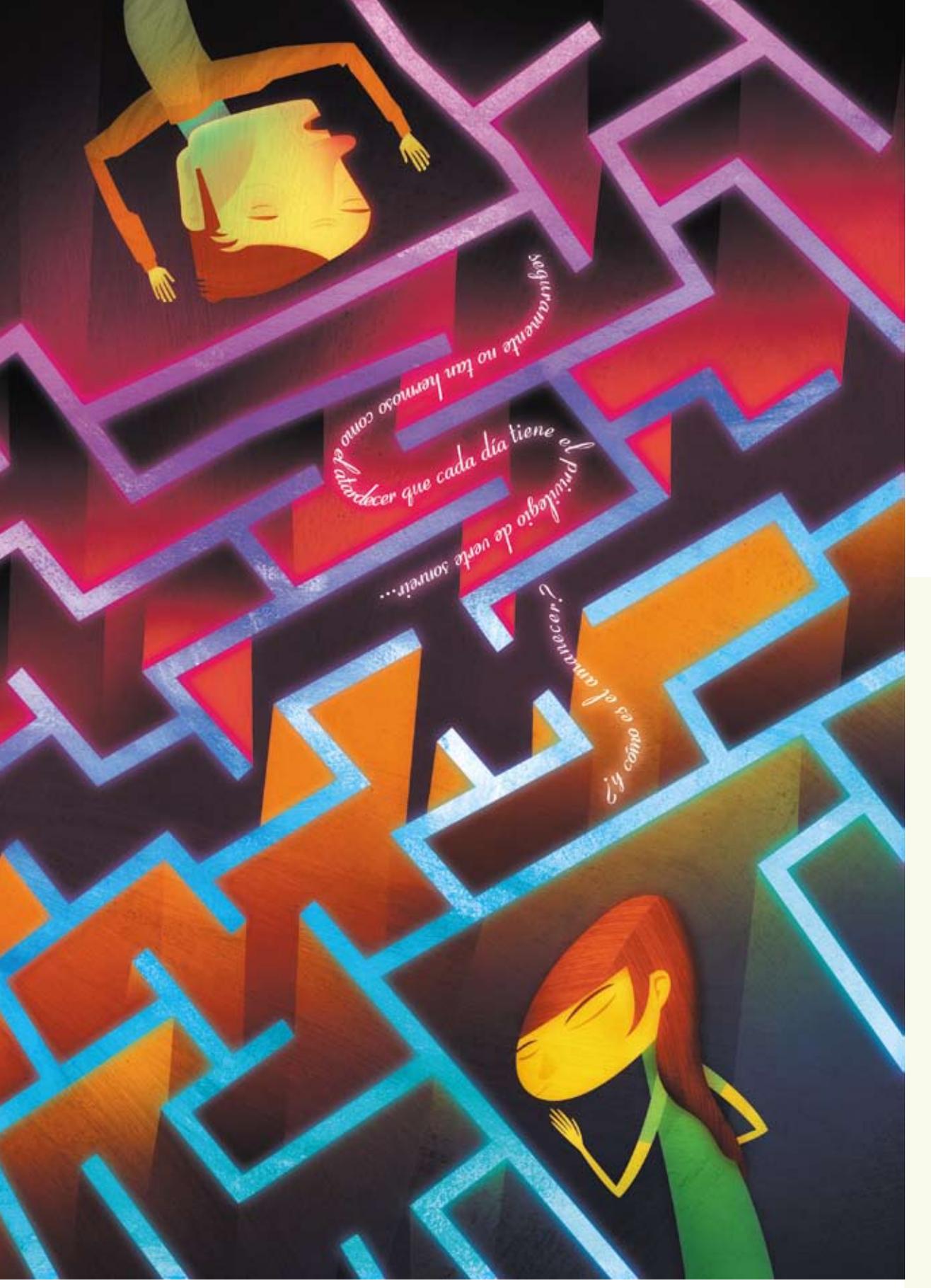
Pero el Cóndor no era un genio cualquiera. Él en su propio mar de creencias disueltas en su mezclanza mental, aunque estaba

convencido de que no había nacido para este mundo tan inferior a sus extensiones mentales, sabía que este mundo estaba ligado a más de una dimensión y escaparse de él era solo cuestión de voluntad. A veces cuando era tan sólo un niño y se encontraba confinado por sus colegas, debido a cuestiones que siempre han aquejado a los genios, simplemente se escapaba dentro de su imaginación, iba a cualquier lugar de su mente y disfrutaba de los recuerdos más emocionales o los más impactantes y, cuando se aburría de la monotonía de los espacios humanos se expandía y viajaba por universos interminables y así resistía la soledad a la que había sido condenado mucho antes de nacer. Ahora cuando intentó viajar por aquellos espacios recónditos en la infinitud de su mente se dio cuenta de que ya estaba demasiado viejo, que su mente no podía reproducir con igual facilidad aquellos universos donde solía perderse, hasta el punto en que las demás prioridades de su mente eliminaron furtivamente su posibilidad de imaginar; su posibilidad de trasladarse a lo más profundo de su mente. Cuando el Cóndor evidenció la traición íntima de la que era víctima se sintió desesperado y más humano que nunca antes en su vida. No le gustaba esa sensación, lo hacía sentir repugnancia, asco, náusea. Gritaba y buscaba desesperadamente una salida a su dolor.

Hasta que por fin la vio junto a su ventana recordándole la altivez de antaño, la libertad, el eterno desafío a las leyes mortales. Era aquel el rey de los Andes que lo miraba fijamente como desafiándole. Desesperado por el revoltijo en su mente, tomó la última gota de cordura que le quedaba y gritó conjeturando a aquel Dios que lo había condenado, pidiéndole ante aquel majestuoso animal que su alma fuera expandida y aunque fuera por un solo día poseer el cuerpo del cóndor. Sin pensarlo más y con intención de acabar con su tormento se abalanzó hacia el vacío.

Cuando abrió sus ojos y vio aquella imponente vista pensó estar en el paraíso, mas pronto se dio cuenta de que el cóndor había aceptado el pacto. Así, ahora volaba libremente. Primero tosca-mente, pero luego de forma majestuosa, abrazaba el aire, lo sentía bajo sus alas, hacía toda clase de maniobras y volteretas, viajaba largas distancias, se posaba suavemente sobre las más altas cum-bres y volvía a caer al vacío como inmolándose a la eternidad. Reposaba en un árbol y se dejaba acariciar por el viento matutino. Se sentía otra vez libre. Había perforado la barrera que sujetaba su alma a su cuerpo, había fusionado su imaginación y su presencia física creía haber rebasado ya los límites de la divinidad. No podía esperar a describir todo esto. Todo lo que había descubierto, la verdad que le había sido oculta al hombre; sólo que al intentar re-gresar a su cuerpo recordó de golpe que todo pacto con un dios es injusto, su alma había quedado ligada a ambos seres, él era a la vez alma de cóndor y cuerpo de humano. No podía escribir nada pues su alma había sido condenada a vagar como un cóndor en el cielo. Según cuentan los viajeros del viento, sólo logró escribir una frase antes de quedar en el estado de letargo al que hoy sigue confinado: “El cóndor vuela alto pero siempre regresa a su nido”. ■





*seguramente no tan hermoso como
de atardecer que cada día tiene el privilegio de verte sonreír...*

¿y como es el amanecer?

Sueño de amanecer



JOSÉ DANIEL CHAMORRO VÁSQUEZ POPAYÁN

Nací en la ciudad de Popayán el 5 de enero de 1992. Mi cuento lo escribí inspirado simplemente en lo que surge de repente en mi extraño cerebro, pero debo admitir que no es de mi agrado, pues usualmente prefiero lo trágico y lo crítico, más que lo sentimental. Pertenezco al recién formado Comité de la Juventud de Ipiales, y

fui aceptado para ingresar a la Universidad Nacional. Me considero un idealista sin nada más en la cabeza que hacer de una aparente utopía imposible, una realidad; sueño que seguramente ocupará gran parte de mi vida, habrá que ver...

**Once grado. Colegio
Champagnat, Ipiales.**

Sueño de amanecer

JOSÉ DANIEL CHAMORRO VÁSQUEZ

En una gran habitación de frío ladrillo y casi nada de luz vivían dos niños, separados por siempre por una pared que atravesaba el cuarto de extremo a extremo impidiendo que algún día pudieran verse. Aún así eran como hermanos, se amaban y pasaban los días hablando a través de la pared de cómo sería la vida en el mundo exterior, de lo que podrían hacer en él, de sus pensamientos y sueños, y de cómo serían sus rostros puesto que jamás habían visto su propio reflejo. Pero nada podían hacer para escapar de su prisión y allí permanecerían por siempre, sin poder siquiera ver a otra persona. Sin embargo, sólo con su compañía, ellos podían ser felices en su inocencia.

Cada noche la niña acercaba su oído a la pared para escuchar el poema que el niño le hacía a la mañana con los primeros rayos de sol, y aunque le encantaba oír los hermosos versos que le recitaba, cada palabra hacía arder más el deseo por ver a su amigo algún día.

—¿Cómo es el amanecer? —solía preguntarle, ya que ella jamás lo había visto.

—Seguramente no tan hermoso como el atardecer que cada día tiene el privilegio de verte sonreír —respondía él—. ¡En verdad lo envidio!

La niña no hacía más que reír de las ocurrencias de su amigo eterno que no pensaba en otra cosa que hacerla feliz, hacer que sonriera, que no pudiera tocarla la tristeza. Pero poco a poco aquella niña perdía la esperanza de ver el amanecer y al autor de sus sueños y fantasías, y cada uno con el deseo de ver el mundo del otro a través de la pared, de ver al otro, cada uno con la ilusión de tenerse juntos, de tocarse, de ver el rostro del otro y de ver a través de sus ojos para escudriñar en su alma, deseando simplemente ser los dos juntos para siempre, dormir juntos, abrigados sólo por el calor de sus cuerpos unidos en un abrazo de amor puro y sincero. Y ese dolor que se acumulaba cada día en ellos despertaba a la niña en la noche y al verse sola en la oscuridad la hacía llorar sin que palabra alguna de su amigo fuera útil para calmar su pena. Y tanto lloró que nunca pudo crecer, y su alma permaneció inocente, y siempre fue niña, y nunca cambió.

En cambio el niño, en su afán por consolarla, no pudo conservar el tesoro de su infancia y cada día se volvía viejo, su piel se arrugaba y su voz se volvía ronca y gruesa. Pero a la mañana, cuando parecía que ya no le quedaban fuerzas, los primeros rayos del sol y el recuerdo de la niña le daban nueva vida para seguir haciendo poemas cada vez más hermosos para su princesa, siempre atenta a las palabras de amor de su amigo eterno quien nunca se permitiría abandonarla. Y él prometió conservar la inocencia de su razón de vivir para que, algún día, ese rostro que nunca había visto pudiera ser amado de cerca por quien tanto lo esperaba, y para que fueran esos ojos de niña los que algún día pudieran ver el amanecer. ■



Inevitable vocación



MARÍA DANIELA ROMERO AMAYA
BOGOTÁ

Todo comenzó el 1 de febrero de 1992, cuando nací en Bogotá. La historia sigue corriendo y llega al Gimnasio Femenino, el colegio donde han ido creciendo muchas de las frases, entre ellas, las de mi cuento. El camino irá

formándose con el tiempo. Por el momento sólo puedo darle las gracias a Carolina Figueroa por contarme de este: el primer paso.

Once grado. Gimnasio Femenino, Bogotá.

Inevitable vocación

MARIA DANIELA ROMERO AMAYA

Frente al fogón de la estufa, descubrió que hoy más que nunca, parecía molestarle el ruido que producía la mecha al momento de prenderla. Siempre se preguntó por qué los domingos generaban una sensibilidad en su temperamento que generalmente se traducía en una crisis existencial. Se sentó en la desproporcionada mesa que un día logró meter dentro de la cocina. A pesar de tener cuatro puestos y de vivir solo, es la más pequeña que se puede comprar, pues parece que nadie pensó que existiera alguien que pudiera comer solo. Le pareció un poco extremista reemplazar esa mesa por un pupitre, por eso prefirió esconder su inconformidad y soledad, engañándose a sí mismo diciendo que finalmente era bueno sentirse tan insignificante de vez en cuando.

Las habichuelas estaban esperando que el agua hirviera dentro de una olla con rasgos de alguien no propiamente apto para el oficio de la gastronomía. Sin embargo, él la seguía utilizando sin importarles aquel aspecto degradante que reflejaba su incapacidad para medir el tiempo de cocción. Los *Phaseolus vulgaris* verdes, de la familia Fabaceae –como solía decirles por abreviación–, hacían parte de su amplio recetario dominical; habichue-

las guisadas, habichuelas estofadas, arroz con habichuelas, cuajada de habichuelas con salsa de la ostra, y un sin fin de tipos de preparación de este alimento, que eran oportunos para el último día de la semana, en el que generalmente después de cortarse las uñas se disponía a llenar los crucigramas del periódico que ejercitaban su capacidad de retener y memorizar información de nombres de ríos, mesetas, prefijos y sufijos que sólo servían para eso, para llenar el crucigrama, enviarlo y finalmente ser el feliz ganador de un juego de cocina. Afortunadamente la olla pitadora estaba incluida en el premio. Tal vez fue por esto que nunca quiso comprar una nueva, pues todos los domingos, a pesar de su mal humor, continuaba llenando las casillas en blanco con deidades egipcias y pueblos budistas.

Al parecer, el agua se rehusaba a hervir. “La presión de la atmósfera sigue siendo superior a la presión del agua”, dijo. Todavía recordaba principios y definiciones químicas que le enseñaron alguna vez, que parecían ser ahora comprobables en la cocina. Seguramente nunca más iba a poder volver a vivir la experiencia de las tareas para la casa, de los amigos de colegio y del recreo con ponchera. Pero por el momento sólo le preocupaba ver salir a la superficie la primera burbuja que le daría la pauta para poder añadir un poco sal, preparar el tenedor y el paladar para cuando estuvieran listas, y deleitarse con su insípido sabor.

Cada ocho días encontraba una nueva forma de pintar un retrato hablado para sí mismo, del aroma que se difundía velozmente en el ambiente cuando ponía el plato sobre la mesa, pero justamente hoy le resultaba difícil expresarse. Posiblemente su cabeza estaba igual de vacía a las bombas de aire que escaparon naturalmente hacia la nada, o eran tan grandes las palabras que rápidamente se evaporaron. Prefirió restringirse a comer en silencio,

pero desde la silla en la que estaba sentado, alcanzaba a ver en un extremo de la cocina, una extensión de luces de navidad que había guardado hace unos meses debajo de su cama, y en ese momento no entendía como habían parado en ese rincón. No fue capaz de contener la tentación de conectar las luces hasta terminar de comer, se paró y caminó unos eternos cinco pasos con la misma parsimonia con la que actuaba todos los domingos. Llegó hasta la prolongación de cable con pequeños bombillos que con ayuda de la corriente empezaban a prenderse y apagarse al ritmo de una melodía navideña, y vio lo inútil que eran estas luces en el día, y más siendo 6 de abril, pues en el ambiente no había espíritu cristiano, ni novenas ni regalos. Se devolvió a la silla y se sentó, arrepintiéndose de haberse parado, ahora sólo esperaba la llegada de la noche. Recordó lo que le esperaba al siguiente día: tenía que volver a portar su título como lo hacía de lunes a sábado. Necesariamente payaso, por oficio. ■





La magnífica *Claro de Luna*



MARY CARMEN CALDERÓN BULLA
VALLEDUPAR

Nací en un sofocante mediodía de Valledupar el 18 de septiembre de 1992. Mis grandes maestros: Poe, Chéjov, Cortázar, Benedetti, Twain, me han obligado a describir y contar de una u otra manera en papeles la realidad en la que vivo, quizá queriendo escapar, pero a la vez adentrándome en ella. La magnífica *Claro de Luna* es un pequeño relato en el cual

muestro cómo al mezclar el tiempo perdido, los deseos sin cumplir, la intolerancia y la monotonía en una caldera con unas gotas de odio, rencor y sentimientos encontrados, resulta un buen guiso de vidas totalmente vacías y desperdiciadas.

Once grado. Institución Educativa Nacional Loperena, Valledupar.

La magnífica *Claro de Luna*

MARY CARMEN CALDERÓN BULLA

Nunca, ni en mis más pesimistas fantasías adolescentes, imaginé encontrarme en tan precaria situación. Jamás pensé acabar en este pestilente y enmohecido drenaje, terminar con nada más que sueños rotos y un destino carente de fortuna. Deseaba ser un respetado doctor o, por qué no, una exitosa estrella de la música, hincando al mundo a mis pies con el ritmo de una guitarra. No fueron pocos quienes me alentaron, diciendo que tenía el suficiente potencial. Mas, sin embargo, mi impredecible futuro fue terminar aquí, solo y deprimido, con una cajetilla de cigarros como mi máxima y más preciada pertenencia.

Fui el niño que aprendió a leer y escribir anticipadamente, fui el niño prodigio, fui el joven genio, fui el joven prometedor, también fui el hombre a quien nada lo satisfacía. Ahora soy el hombre que desperdició su vida, soy desperdicio de vida. Mi presente son sueños destrozados en andrajos, mi presente es el de un hombre con más de la mitad de la existencia a su espalda, mi presente sin éxitos, sin triunfos, sin futuro, viviendo en un apartamento por demás claustrofóbico, impregnado con el olor a grasa procesada, procedente de las industrias vecinas; mi presente es una existencia

sofocada, oprimida por el peso invisible de una presencia desesperante; mi presente es el de vivir sufriendo eternamente con la tortura musical provocada por mi vecino.

Al mudarme, los gustos musicales de mi vecino me parecieron muy agradables. Noté que era una obsesión. Su megáfono no calla en todo el día y siempre toca la misma torturante melodía, la magnífica *Claro de Luna*, una sonata para piano compuesta por Ludwig van Beethoven. No concibo a un Beethoven pensando en su sonata como la causante y única responsable de mi demencia. Existen diversas clases de veneno, unos queman la piel, otros pudren la sangre o desgarran el músculo. Así, pues, la sonata fue el veneno devorador de mi cerebro, razón y entendimiento. Comencé a identificarme con la melancolía propia de la música, vi mi propia tragedia. Recordé todo lo que pude hacer, todo lo que dejé de hacer, amores fallidos a falta de franqueza, amistades perdidas por indiferencia, potencial desperdiciado por pereza, y al final ese sentimiento de saber que pudo ser diferente. Lo más atormentante es que el megáfono solo enmudece para dar paso a una nueva interpretación de lo mismo, el nostálgico piano se transformó en un tribunal en cuya presencia nada queda oculto, todo sale a flote. Hoy desperté hasta entrada la media tarde. Fui al espejo a mirarme, pero en el reflejo descubrí a un ser que no era yo, sólo me mostraba a un hombre con el cabello enmarañado, una barba larga y descuidada. Los ojos carecían de la chispa centelleante de años atrás, estaban apagados, grises, rodeados por arrugas. No deseé ver por más tiempo al despojo en el espejo. Ya era hora de cambiar, era tiempo de tomar las riendas de mi vida de una vez por todas, era tiempo de silenciar el maldito megáfono.

Furioso me dirigí a la vivienda de mi vecino, aporreando mi puerta a la salida, aporreando la puerta contigua a mi llegada, golpeé con

toda mi fuerza, mi persona fue notada pues el volumen bajó, mas nunca desapareció.

A pesar de que mi vecino (a quien no conocía) sabía de mi presencia ante el umbral, la puerta no se abría. Volví a llamar, esta vez con mayor fuerza. Y sucesivamente llamé diez veces más, aumentando la fuerza de mi puño en cada oportunidad. Al sentirme ignorado, estaba a punto de regresar derrotado a mi propio hogar, pero alcancé a escuchar un leve rechinar metálico aproximándose a la puerta, esta crujió y después de un tiempo develó la imagen del inhumano acosador, quien irresponsablemente me torturaba con el eterno concierto de su megáfono. Un anciano, ¡era un anciano! Cuando el zaguán terminó de abrirse en un lento crujir, delante de mi encontré a un anciano, a un viejo, al viejo más viejo entre los viejos ya viejos de antaño. Estaba tuerto del ojo izquierdo, su boca entreabierta carecía de dientes, su cabeza carecía de cabello, en aquella calva solo había pecas, lunares y manchas. La nariz gigantesca era el pico ganchudo de un ave de rapiña. La cara sólo se podría describir como el nudo de los cordones de un zapato, la piel estaba surcada por arrugas como surcos en un sembradío, parecía irreal que fuese epidermis y no un pergamino antiguo. El viejo se ayudaba al caminar por una andadera y su espalda se encorvaba a la par de un signo de interrogación. Yo estaba preparado para arremeter contra cualquiera que fuera el responsable de inundarme perpetuamente el cerebro con la sonata número 14 de Ludwig van Beethoven, que tan extrañamente me llenaba de temores, trayendo al umbral de mi conciencia verdades benéficas sólo si continuaban encerradas en la fortaleza más impenetrable de mi subconsciente. Pero para lo que no estaba preparado era para enfrentarme a un viejo a quien seguramente su único y último placer en la vida era escuchar una y otra vez la melodía

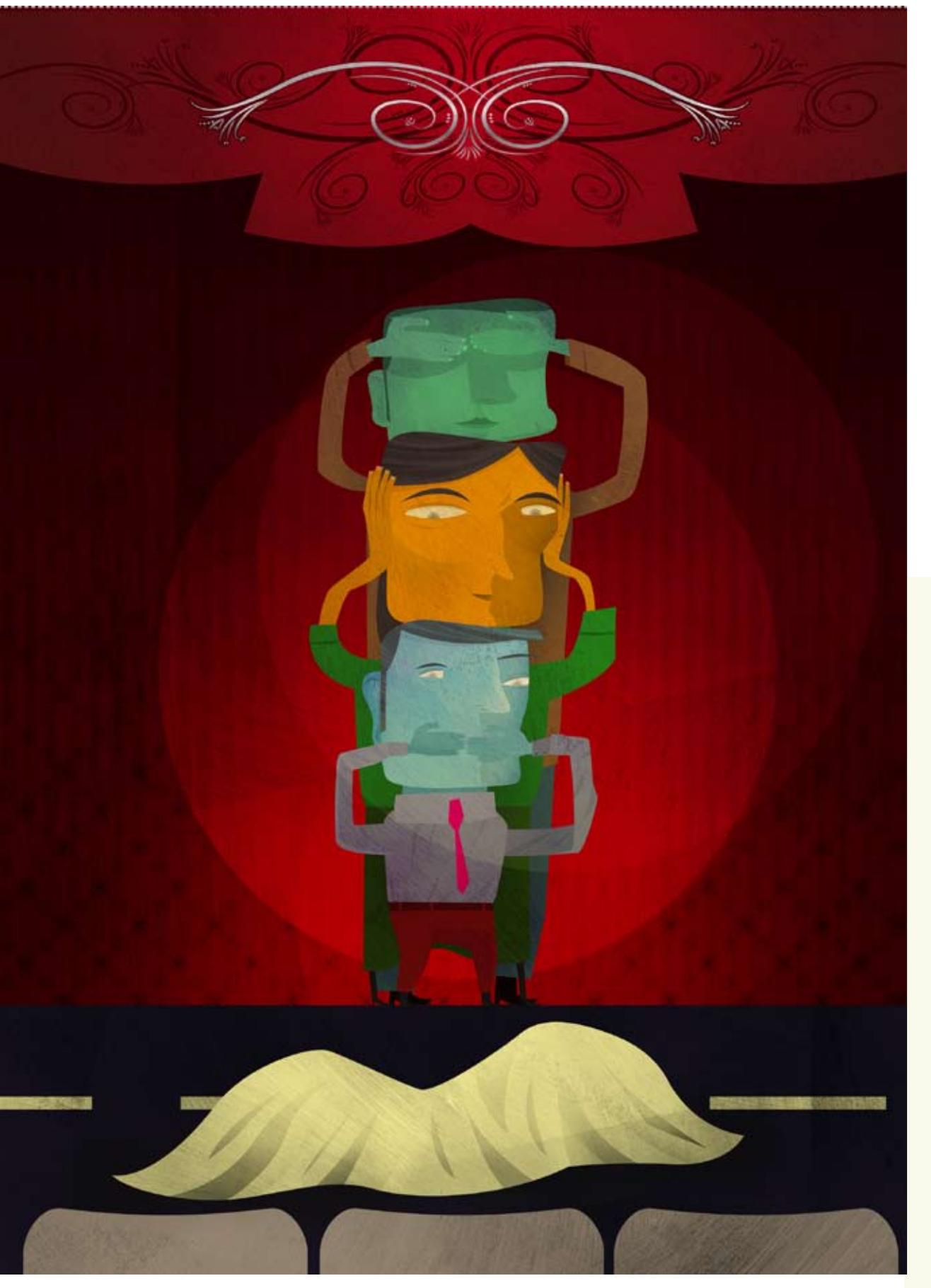
Claro de Luna. No podía quitarle su gozo al anciano. Tragándome la ira, regresé decepcionado a mi apartamento sin haberle dirigido ni una sola palabra al viejo.

Buscando refugio de la vida misma me arrinconé en una esquina, abrazándome a mi mismo en posición fetal. Comencé a llorar sin alivio en la soledad de mi existencia y de esta manera quedé rendido, quedé dormido, arrullado por la melancólica *Claro de Luna*. Sólo dormité un par de horas. Cuando desperté todavía era de noche, todavía deseaba no haber despertado. La desesperación me incitó a levantarme y caminar sin rumbo por el cuarto, como lo hacen las bestias en sus jaulas de circo. Recorría de un lado a otro, deseaba salir corriendo, dejar todo atrás, olvidarme de mi propia existencia, perderme dentro de un banco de bruma, perder mi nombre e identidad, fundirme con el espacio vacío y dejar de existir, para al fin descansar y dejarme de las preocupaciones de este mundo, pero no podía. Detuve mis reiteradas idas y venidas frente al espejo, acaricié aquel rostro ignoto con mis dedos... De un puñetazo estrellé el espejo en mil fragmentos, tomando entre mis manos el más filoso de aquellos, lo acerqué lentamente a las venas de mi muñeca izquierda, mientras el ambiente se tornaba carmesí con el inexplicable aumento en algarabía de la sonata *Claro de Luna*. La música perforaba sendos túneles en mi cerebro perturbado, invitándome con sus elocuentes notas al más inmediato suicidio, mientras el trozo de cristal bailaba al ritmo de la partitura, esperando el momento de decisión en que rasgaría mis venas. Apreté el cristal en mi mano, afianzándolo hasta el punto de cortarme. Decididamente salí del apartamento, siguiendo la procedencia de la música. Destrocé la puerta vecina con un puntapié de energía sobrenatural, entré como un lobo a la madriguera de su presa. El viejo estaba sentado casi recostado

en un sillón frente al megáfono. Solo estaba el cuerpo, su mente divagaba en regiones sólo conocidas por él. Su único ojo utilizable se encontraba mirando al vacío, era tal su abstracción que ni siquiera notó mi presencia y si lo hizo no le importó. Al viejo no le importaba nada, solo vivía para escuchar la magnífica *Claro de Luna*. ¡Sólo vivía para escuchar y lamentarse de su destino! El viejo y yo nos parecíamos, era innegable y a la vez aborrecible. Mi destino se abría frente a mis ojos, terminaría igual que él, solo y abatido, reprochando lo que pudo ser pero no fue. Levanté el filoso trozo de espejo, en él vi reflejado un rostro mixto, compuesto por otros dos rostros, uno era el mío, la otra mitad el rostro del viejo.

Cerní el cristal con ambas manos y apuñalé al viejo más de cincuenta veces, lo mataba porque lo odiaba, no lo odiaba por haber reproducido la sonata hasta enloquecerme, lo odiaba porque en sus arrugas me veía reflejado, ¡lo maté porque él era yo! ¡Lo maté porque soy como el viejo, pero pude haber sido tan grande como Beethoven! ¡Lo maté porque nunca seré como Beethoven! Cuando la policía llegó, encontraron el cadáver del viejo brutalmente destrozado. Una sonrisita pícara se mantenía en su rostro, una sonrisa de malsana satisfacción. Estaba feliz de haber muerto haciendo lo que más le gustaba: escuchar. A sus pies me encontraron a mí, con un trozo de espejo en la mano y las venas destrozadas. Estaba muerto, totalmente desangrado. Mientras en un rincón del cuarto, en el megáfono todavía funcional, un melancólico piano tocaba las últimas notas de la magnífica. ■





La trágica indiferencia



DAVID FELIPE GUERRERO BELTRÁN BOGOTÁ

Nací el 6 de octubre de 1991. En lo que respecta al cuento, un por qué claro para su creación creo que no lo hay. Simplemente, el cuento me encontró de un momento a otro, y yo me dejé encontrar. No confío en la inspiración como me la han presentado. Prefiero confiar en el capricho,

cambiante pero siempre presente del escribiente. Como dato curioso: escribí el manuscrito de este cuento en un trancón de buses, sin saber qué escribir o para dónde ir, sólo escribiendo y ya.

Décimo grado. Colegio Unidad Pedagógica, Bogotá.

La trágica indiferencia

DAVID FELIPE GUERRERO BELTRÁN

Es de noche, bajo el manto violeta alumbrado ligeramente por puntos amarillos y blancos que parecen puestos al azar, se encuentra ahora un niño esperando a su madre.

Pasan dos, quizás tres horas, y el niño sigue ahí, clavado sobre el suelo; casi inmóvil. No chilla ni se queja, no produce el más mínimo ruido, sólo se cuelan unas tímidas pero constantes lágrimas sobre sus ya enrojecidos ojos, formando un pequeño charco alrededor de sus pies. El niño parece una muerta estatua de mármol.

Su madre por fin llega, y como si tuviera pequeños pedazos de vidrio en su garganta, le grita a su pequeño desde el otro lado de la avenida con una voz pequeña y afónica:

—¡¡Ven acá, nene!!

El niño sale de su trance y corre atravesando la avenida. No alcanza a cruzar al encuentro con su madre, no alcanza a sentir su cálido pecho; un bus rojo y muy largo lo enviste rompiéndole todos y cada uno de sus delgados, frágiles y delicados huesos; sólo se escucha un ligero traquear y el caer de un cuerpo liviano y estéril. El niño cierra los ojos que ya no lloran, y muere postrado

sobre el frío y áspero concreto de la ciudad negra. La madre lo llora y grita desesperada, intentando en vano despertar.

Se cierra el telón y la escena y, con ella, el acto y la obra acaban. Nadie del público aplaude... todos estaban dormidos. ■





Un muerto y un café



DIEGO FERNANDO ORDÓÑEZ SILVA
BUCARAMANGA

Nací el 17 de marzo de 1991 en Bucaramanga. Me interesé en el Concurso por su novedad y por la amplia difusión. En Colombia, los espacios de participación para jóvenes y niños son realmente escasos. Somos un país obsesionado con los éxitos efímeros de algunos pocos e ignoramos con facilidad los potenciales ocultos de los menos privilegiados. Me interesé en esta nueva

y estimulante opción. Esto me llevó a escribir el cuento, inspirado, creo yo, en diversos relatos que leí y en una cuestión que me interesaba en aquel entonces: la diferencia entre el suicida y el asesino y las respectivas implicaciones sociales que cada uno suscita.

Once grado. Colegio La Quinta del Puente de Floridablanca, Santander.

Un muerto y un café

DIEGO FERNANDO ORDÓÑEZ SILVA

Hoy moriré. En un café, en una mesa, junto a una hoja de papel y leche. Quizás sea esto por lo que escribo, por temor, por mi mente inquieta. Para callar, silenciar esta mente. Ocuparme de las minucias, lo mecánico, aquello que le exija al pensamiento no ya su lucidez sino lo pusilánime de su parsimonia. Decir que esta llanura descansa en cuatro árboles podados, exigirle cordillera y alojamiento para nuestra humilde grieta y así llamarla silla o pedirle subyugación versátil para decirle mesa.

Hace una hora, el café era distinto. Lo venía frecuentando a diario, a las doce, una mesa en el rincón y un vaso de leche. Para entonces, la certeza de un futuro contingente le daba a las cosas un carácter poco trascendental. Hace una hora, sin embargo, mi mundo se inició en aquel donde todo es postrero, retrospectivo, excelso. Cuando los diálogos se tornaron silenciosos, la hipócrita indiferencia dominó las miradas puestas en mi y los grupos de hombres en diversas mesas contuvieron febrilmente la difusión de su murmullo secreto, supe que hoy iba a morir. Ignorando los detalles de hora y circunstancia me inicié en estas páginas seguro del lugar y del día. Observo la ventana y la imagen de una calle tras ella.

Existe gran cantidad de elementos en la avenida. Hay caminantes y hay objetos, relaciones entre unos y otros. Allí, sin embargo, donde el hombre se deleita con el mostrador de un almacén, los paseantes encuentran seguridad en la comodidad de la indiferencia. Inexistente es un saludo, una palabra, una sonrisa entre desconocidos. Las horas no ofrecían más que un panorama monótono y su observación minuciosa, un intento inútil de distracción ante el advenimiento incontrovertible de mi muerte. Todo así, y ante el absoluto desencanto con mi actividad, me encontré de repente absorto en la idea de hallar un rebelde heroico. Alguien dispuesto a quebrantar la monotonía cegadora, la masa tranquilizante. Allí donde los dúos se cruzaban esquivos en la marcha, los solitarios proferían acaso ojeadas calificativas o degradantes y las madres reprimían los intentos socializadores de los chicos.

Para entonces, mi mirada perdió lo concreto, percibía una sola mancha oscura a lo largo de la calle. Sin embargo, al cabo de unas horas, apareció entre el pincelado uniforme del bulevar la figura tan fervorosamente anhelada. Era un solitario, un hombre desarraigado y sucio que me interesó en principio por su aparente falta de prisa. No bien había dado tres pasos en un sentido, se disponía a desandarlos con la más confidente y abrumadora tranquilidad. Confinaba su movimiento a escasos metros circunscriptos, alrededor de un farol. Intercambiaba sonrisas con una niña reprendida en el temor maternal hacia los extraños, se deleitaba contemplando al hombre de mirada extraviada, la mujer jovial. Le supuse un vagabundo sin rumbo ni objetivo, menesteroso pero educado. Comprendí que aquel comportamiento podría corresponder a un solo tipo de hombre. Al mismo que observo apoyarse contra el farol, dirigir su mano hacia la parte trasera del cinturón y palpar el arma con la que el suicida ejecuta su último golpe.

El hombre al que la inutilidad y el fracaso le hacen añorar un nuevo inicio, la desesperanza una postrera huida y la culpa un sueño perdido, se entrega en derrota al vaivén inquieto de los caminantes. Observo al hombre con admiración. Es esta una especie de hombres de excelsa humanidad pues son portadores de las más excepcionales relaciones con la vida. En ellos encontraría la mayor estima por la existencia, las más elevadas expectativas y los fracasos más espectaculares. No se permiten coexistir con la más mínima imperfección, con el remordimiento. Observaba deleitado a este hombre en el clímax de su agonía, en su dolor mortal maquillado de humildad y diligencia. Cometería su acto final allí mismo, en el farol, frente al café. Creo, sin embargo, que el suicida previó la demasía de su acto frente a un público sin expectativas, los colegiales ingenuos, los hombres que minutos después tendrían que lidiar con sesos revueltos y extremidades dispersas.

Agarró el revólver. Ocultándolo bajo la manga extendida, emprendió una última marcha en busca del lugar. Encontró la oscuridad buscada y la tranquilidad necesaria en un callejón cercano. Observé la preparación del arma, la introducción del detonante, el hondo suspiro. Por unos minutos no ocurrió nada, se hundió hasta lo imperceptible en el letargo negro de la oscuridad y se pierde de vista. Es ahora este papel mientras me observa el café. Y me observa el suicida. Me observa en el rigor de su caminata febril. Me observa con la mirada maldita del vengador cegado, esa mirada propia de los asesinos en los albores del deber cumplido. Me observa el asesino que ahora cruza el zaguán del café y se dirige a mi mesa. ■





El valor de las cosas



JUAN CAMILO JORDÁN ORDÓÑEZ
CALI

Nací en Santiago de Cali el 23 de enero de 1992. Fue un parto sin mucho dolor, muy rápido y en medio de mucha alegría. Creo que de ahí viene mi impulsividad por conocer, crear, visitar. Tengo muchos amigos, soy adicto a la lectura y tengo una gran habilidad para los videojuegos, lo que es una ventaja que ya viene impresa en los jóvenes de mi generación. “El valor de

las cosas” nació de la necesidad de recordar que todo en la vida tiene un valor. El cuento trata de esa manía que todos tenemos de dar poca importancia a las situaciones, personas e incluso objetos inanimados que tenemos a nuestro alrededor. ¡Y no!

Décimo grado. Colegio Técnico Comercial San Marcos de León, Cali.

El valor de las cosas

JUAN CAMILO JORDÁN ORDÓÑEZ

Ese día, como todos los días, mi hermana se levantó apresurada a eso de las 5 de la mañana, que es la hora a la que se levanta para ir a trabajar, acomodó la ropa que se pondría, no sin antes pasearse unas mil veces frente al espejo para al final decidirse por la primera muda de ropa que escogió 15 minutos antes. Se envolvió en la toalla más grande que encontró. Qué diferencia: yo tomo la mediana y me alcanza; ella, parece que necesita envolverse toda para evitar el frío al recorrer los 5 metros que hay desde su cuarto hasta el baño. Antes de llegar a su destino, en el camino alcanzó a observar una moneda de \$50 tirada en el suelo. “Insignificante”, dijo y procedió a patearla con la punta de la chancla y verla perderse en alguno de los rincones de la casa.

Tomó su baño acostumbrado y realizó el resto de actividades como normalmente lo hace: tomó café, se vistió y guardó su celular en el bolso, mientras yo me revolcaba entre mis cobijas ya que ese día las luces encendidas a las 5:30 de la mañana me molestaban más que cualquier otro día. Así que respiré profundo y decidí esperar. De repente escuché un taconeo desesperado, subía, bajaba, abría puertas, volvía y las cerraba, me la imaginé entrando al cuarto, a la cocina. Entró en dos ocasiones de nuevo a la ducha azotando

la puerta muy fuerte, su ánimo había cambiado. Ahora, muy a pesar del volumen de la música a la que ya me había acostumbrado, se escuchaba que entre dientes maldecía, hablaba de que le iba a coger la tarde, de que ya estaba sudando y que ya tenía puesto el uniforme. Así estuvo más o menos por 10 minutos más, después de los cuales escuché nuevamente un taconeo acompañado de “¡Ahí está!”. Fue entonces cuando la curiosidad me venció. Asomé mi cabeza por entre las cortinas y pregunté: “¿Qué?, ¿Ahí está qué?”. Ella me miró y dijo: “Una bendita moneda de \$50, 50 pesos que me hacen falta para el pasaje”. Inmediatamente, como si la iluminación llegara a mí, me di cuenta de que la famosa moneda estaba justo detrás de la punta del tacón de su zapato izquierdo. Al verla ahí descansé. Me dije para mis adentros: “Listo, problema resuelto, ya la encontré, ahora se va y podré volver a dormir”. Respire profundo nuevamente. Me levanté, pues me había tenido que inclinar para asomar la cabeza por entre las cortinas, pero no habían pasado ni dos segundos cuando escuché un estruendo más fuerte que el taconeo anterior: “¡Pum!”, “¡Trash!”, y después de un “¡Juas!” asomé la cabeza de nuevo, y hela ahí, mi hermana en el suelo. Me imagino que el motivo de la caída había sido la moneda en el tacón. Por la posición de las cosas también imaginé que para no caerse había halado todo lo que tenía a su alrededor incluyendo el almanaque que ahora observaba con ojos grandes saltones llenos de terror. En ese instante me miró y dijo: “¡No me digas que hoy es domingo!”, a lo que yo respondí: “Siiiiiiiiiiiiiiiiiiii”.

No había terminado de responderle cuando volaron por los aires los tacones. Vi cómo rápidamente su figura se metió de nuevo a su cuarto, apagó la luz y azotó la puerta, no sin antes arrojar por los aires la moneda de \$50. Lo que no alcancé a preguntarle fue: “¿Y mañana?”. ■



Romeo y Julieta

(cuento-poema)



JUAN FELIPE LOZANO REYES
BOGOTÁ

Nací en Bogotá, el 5 de abril de 1991. Con mi cuento "Romeo y Julieta" quise darle una nueva perspectiva al amor trágico, ese que Capuleto y Montesco habían experimentado tan intensamente, pero desde una óptica más actual. Dedico esta historia a toda mi familia y a mis amigos, quienes

me animaron a enviarla al Concurso y, al final, siempre estaré agradecido con Raúl, a su hermana y a su Romeo, quienes con su aventura me permitieron vivir esta interesante experiencia.

**Once grado. Colegio
Corazonista, Bogotá.**

Romeo y Julieta (cuento-poema)

JUAN FELIPE LOZANO REYES

Las llaves cayeron sobre la mesa y Raúl se dirige hacia la cocina. Tendré que hacer comida para ambos porque no habrá comido nada en todo el día y...

El amor ya está cantando otra vez, no la entiendo, ya
cambió de canción
que vuela porque la de ayer no era esta.
por el aire Mientras tanto le pone mantequilla a cuatro
panes y dos tajadas de
que me hiela jamón entre ellos. Se va hacia los cuartos,
tratando de encontrar un
y golpea porqué definitivamente perdido entre el tiempo,
entre los genes y
dulcemente entre la rutina. Ve a su hermana, recortada
contra la ventana,
el ardiente meciéndose en su eterna silla y con su sombra
proyecta por la
corazón perezosa luz de mediodía.

Te traje comida y el canto cesa bruscamente. Esos ojos azules, increíbles, malditos; el pelo se está mezclando con el sol. Ella le quita el plato y lo mira con desprecio. Un rictus en la boca y toma la vianda con manos temblorosas, luego la huele, luego la muerde.

Él la observa un rato y, como siempre, entablan un diálogo unilateral en el que él habla y ella calla o él calla y ella canta. Había nacido así, como si su existencia hubiera sido un accidente, aunque en realidad nunca había dejado de serlo. Simplemente su mente era un frío rayo de luna en una tarde soleada como aquella.

Se retira a su cuarto y prende el televisor. Está pensando en ella, pero el partido está igualado a un tanto y la pelota la toma Márquez, corre, corre, se dirige hacia el arco contrario, la pasa a Julián, Julián se acerca, gambetea, dispara y goo/ Un amor como este/ ooo/ ocultar no puedo/ ooo/ y ahora canto/ oooooool/ para no morir de dolor.

Otra vez está cantando y (maldita sea), se le cayó el plato y se rompió de la emoción. ¿Por qué tenían que meter gol en el último minuto? Cambia de canal porque no quiere ver perder a su equipo. En Malasia murió/ la rosa/ el ministro/ con su espina clavada/ por un infarto/ en mi corazón. Se levanta; ya está cansado de tanto canto y melodrama. Va a decirle que se calle. Y, entonces, el grito. Penetrante, cruel y limpio. Sabe bien que solo una impresión muy fuerte podría haber causado en su hermana tal reacción. Corre y la estrecha entre sus brazos mientras los cabellos lacios se derraman por sus manos. Está desmayada, pero pronto recobra el sentido. Raúl logra subirla otra vez a la mecedora y, al hacerlo, observa en la calle al hombre. ¿Quién será? Mira a nuestra ventana, a mí, a mi hermana. De pronto, ve en esos ojos de verde grandeza reflejado el grito hondo que la mujer a su lado había proferido.

Se asusta tanto que cierra la persiana y pone a su joven adulta de mente oscura sobre la cama.

Mira el reloj. Es tarde ya y se acuesta dejándola dormida. Cruzando la puerta del sueño le parece escuchar el crujido de la mecedora y un canto lento, lúgubre y romántico como el de esa mujer que es su hermana pero que no es nada porque su inteligencia esta descompuesta y desvariada por una locura que parece cordura pero que no es ni lo uno ni lo otro...

Sueña que sueña mujer en la silla canta, ¿qué canta? Es un poema, es un lamento de amor, es una ventana gigante que se come al sol y ahora es un gigante llevando una flor que pone junto a los ojos, acaricia la cara y pasa por la boca donde la poesía se enreda en las espinas porque es una rosa la flor, es un grito de pasión que se pierde en esos enormes ojos verdes de un calor tan frío como el dolor.

El frío. Esa sensación odiosa hija de la muerte y Raúl la siente. Entra por su columna, lo besa y lo tortura y finalmente lo despierta. Está sudando, temblando, pero aquel frío no fue soñado, está allí, flotando en la habitación. Se levanta y el primer impulso lo lleva a ver a su hermana. El sueño lo persigue, el canto lo intriga pero no puede recordar.

Entra a la alcoba y de pronto, todo es sentido, todo es como cada-ficha-en-su lugar.

Corre enloquecido, abre la puerta, baja las escaleras y el sonido que resuena y la vista que quedó plasmada se le muestran otra vez: la cama revuelta, la canción del sueño/ amante en el silencio/ las huellas en el tapete/ conjura mi sueño/ la mecedora aún moviéndose/ prendida estoy de tu amor, Romeo/ la ventana (¡la eterna ventana!) abierta/ es lo correcto amarte/ y el cielo amenazante y gris/ aunque sea veneno tu calor.

Lo presentía, lo sabía, pero no lo quería. Al verlos ahí, fue la imagen maldita de los ojos verdes y al llegar a la calle el último canto aún se oía mientras con ira observaba a su hermana, perdida, caída por la ventana, abrazada al gigante de la rosa que agonizaba herido de lamento y en un último estertor. El aire aún recitaba la prosa y las lágrimas marchitaban la flor: he resuelto con dicha el misterio del amor, triste destino es el nuestro, de misterio y de dolor, por eso solo podemos calmar esta pasión, refugiándonos de la vida para estar solos los dos: la muerte, ¡nuestra muerte es la única solución! ■





El lector



JUAN SEBASTIÁN REVEIZ ENRÍQUEZ CALI

Nací el 26 de mayo del 1992 en la hermosa ciudad de Santiago de Cali. Me gusta mucho ponerle un poco de humor y misterio a lo que escribo. Asisto todos los sábados a la biblioteca con un grupo de amigos a los que les gusta leer. Por eso se

me ocurrió la idea de "El lector". Le doy gracias a mi tío porque él me enseñó a desarrollar mi escritura. A él le dedico esto.

Décimo grado.
Institución Educativa INEM
Jorge Isaacs, Cali.

El lector

JUAN SEBASTIÁN REVEIZ ENRÍQUEZ

Resulta curioso, por decir lo menos –quizás memorable sea la palabra más exacta–, definir lo que significó el paso de Herbert Graz por el pueblo de Corninhan, al sur de Gales, aquel verano de 1975.

Alto y fornido como lo son la mayoría de los alemanes, de escasos 20 años, áureo y perfecto, Graz se la pasaba en la pequeña librería del pueblo leyendo ávidamente todo lo que sobre economía, salud, educación, arte y literatura en general ofreciesen las estanterías. El tendero, el señor Brown, lo permitía y hasta le había abierto un lugarcito atrás con un sillín y una mesa confortables para que “el alemán”, como lo llamaban todos, leyera y tomara sus anotaciones.

La suya era una lectura activa y pormenorizada, sin dilaciones, muy atenta para extraer de ella los necesarios conceptos con los que el visitante, día a día, parecía edificar su estatura intelectual.

Cuando las señoras del pueblo entraban a la librería en compañía de sus hijos, a hojear las revistas de vanidades, el señor Brown gesticulaba “silencio” a sus retoños que por momentos alzaban la voz y jugueteaban creyéndose los héroes de las revistas de historietas. La presencia de “el alemán” al fondo, conspicua y decidida, le

daba una connotación de biblioteca al lugar de ventas que al señor Brown agradaba.

A media mañana y a media tarde enviaba a un chiquillo por chocolate y panecillos y, por unos segundos, gracias a la amabilidad del señor Brown, la librería se convertía en una cafetería y el hombre en uno de sus dependientes que llevaba solícito a la mesa de Herbert la taza de chocolate y los panecillos. Pensaba que todo ese esfuerzo mental debía ser acompañado de una merienda para hacerlo más llevadero y auspicioso.

Con un leve movimiento de cabeza, Herbert Graz agradecía le deferencia del señor Brown, tomaba un sorbo del chocolate y volvía a clavarse en los libros, siempre concentrado y severo “Es increíble la voluntad de este hombre por el aprendizaje –pensaba el dueño del negocio mientras regresaba al mostrador–. Hay que apoyarlo, hay que apoyarlo”.

Ni él ni el señor Brown tenían familia. El alemán arribó a Corninhan con unos modestos ahorros y se hospedaba en la habitación más humilde del único hotel del pueblo, cuyo módico precio arregló con el hotelero de manera más que favorable.

El señor Brown, por su parte, había llegado procedente de Glasgow, Escocia. Su mujer lo había abandonado junto con su hijo y desconocía su paradero. Para olvidarla se había instalado en Corninhan con el fin de iniciar una nueva vida.

Le cogió aprecio al joven desde los primeros días que lo observó de pie frente a los anaqueles leyendo concentrado y le recordó a su hijo. Suponía que no llevaba libros porque no tenía dinero con que comprarlos, pero su interés por la lectura era admirable. Un día, el señor Brown le acercó una butaca y a baja voz, casi en el oído, le dijo: “Siéntate para que puedas leer más cómodo”. La hidalguía de lector de Graz lo llevó a inclinar la cabeza y aceptar

la invitación. Después, cuando el viejo se dio cuenta de que no sólo leía sino que también tomaba anotaciones, desplazó una de las estanterías, ubicó una pequeña mesa e invitó a Herbert a ocupar aquel espacio al final de los pasillos, más tranquilo y silencioso.

Con el tiempo, la constancia de Graz fue reconocida por el señor Brown mandando a fabricar un aviso en neón que puso arriba de la fachada de su negocio: “El Lector”, en honor a Herbert.

Graz continuó inmutable en su lectura hasta el día en que el señor Brown, propietario de la tienda-librería El Lector, desapareció. “Según entiendo, se fue de viaje y ahora estoy yo a cargo del negocio –le respondía a los clientes que preguntaban por él–. Son dos euros con cincuenta”.

Rápidamente las gentes de Corninhan se acostumbraron al nuevo librero. El alemán llevaba tanto tiempo acompañando al señor Brown que muchos lo creían un familiar, algo así como un hijo, y no se les hizo nada extraño continuar haciendo con él los mismos negocios que hacían con el viejo. Jamás se cuestionaron y se la pasaban conformes con lo que Herbert les decía acerca de que el hombre había vuelto a Glasgow y ahora atendía una tienda más grande en aquella próspera ciudad.

Ahora, Herbert Graz barría la tienda y limpiaba los libros; abría y cerraba el negocio y atendía a los clientes con la misma deferencia de su antiguo propietario. Ya no pasaba páginas de libros de los que, otrora, tomaba numerosas anotaciones; le gustaba más contar los billetes una y otra vez y, de vez en cuando, entretenerse con alguna revista de mujeres ligeras de ropa. ■



CATEGORÍA

DUITAMA

JOSÉ DARÍO BENÍTEZ BECERRA
Rosas en el funeral

159

BOGOTÁ

CÉSAR ROBERTO ALMANZA VARGAS
Soy un profesional

155



MEDELLÍN

JHONATHAN BALVÍN RESTREPO
Sociedad paranoica

151

MANIZALES

JUAN CAMILO JARAMILLO
MANJARRÉS
Armagedón

143

ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR

BOGOTÁ

ALEXANDER CASTILLO MORALES

A la espera

175



CÚCUTA

JENNIFER NATALIA RANGEL AGUIRRE

Un besito de niña

191

CALI

RODOLFO VILLA VALENCIA

Quién llama a esta hora

165

PACHO

MIGUEL ÁNGEL ROMERO CHACÓN

Mi inminente muerte

185

BARRANQUILLA

ALBERTO MARIO AMADOR REYES

Cuaderno de un duende

179



Armagedón



JUAN CAMILO JARAMILLO MANJARRÉS MANIZALES

Nací en la hermosa ciudad de Manizales, Caldas, el 21 de octubre de 1989. Desde muy joven se me inculcó el gusto por la literatura, comenzando así con un buen hábito de lectura y escritura ocasional desde los 10 años. En el 2002 me impactó la noticia de la tragedia ocurrida en Bojayá, Chocó, donde 119 personas

fueron asesinadas por un cilindro bomba mientras se refugiaban en la iglesia del pueblo. Entonces decidí plasmar mi indignación en un relato que retomé años más tarde para enviarlo al Concurso.

Ingeniería electrónica.
Universidad Nacional de
Colombia, sede Manizales.

Armagedón

JUAN CAMILO JARAMILLO MANJARRÉS

*Homenaje a Barrancabermeja,
Mondomo, Piendamó, Bojayá y a todos los
pueblos que viven en medio de la guerra.*

Mi abuela es demasiado agüerista. Ella me mantiene hasta el cuello con sus temores y cuidados: que cuidado pasas, hijo, debajo de una escalera (vive diciéndome), que cuidado, hijo, se te riega la sal o el azúcar, cuidado te encuentras con una mariposa negra y si tiene una calavera blanca en su espalda, tanto peor porque es el anuncio fijo de la muerte; cuidado si es martes 13 y no me adviertes, porque ese día es absolutamente necesario ahuyentar El Armagedón quemando incienso y que el humo llene toda la casa y hay que regar agua bendita por todas partes, y se echa la bendición. A pesar de todo, yo quiero mucho a mi abuelita y ella también me quiere, yo sé que soy la luz de sus ojos. Yo acabo de abrir los ojos en mi habitación y escucho mucha bulla en la calle: hay voces de gente que pasa, hay ladrido de perros, bramido de vacas, cacareo de gallinas. Me asomo a la ventana y observo un gentío que avanza con colchones, mesas, hamacas, jaulas, ollas, platos, y todo lo que pueden cargar entre brazos, sobre hombros y espaldas. El gentío anda en medio de carretas de mano y carros de caballo que van llenos de escaparates, ventanas y otros objetos de madera. “Hoy es martes”, me digo, y después tengo que reconocer

que no sólo es martes, sino martes 13. No obstante, no encuentro ninguna relación entre el número 13 y lo que ocurre en el pueblo. Miro el reloj y me doy cuenta de que estoy retrasado para encontrarme con Augusto en la obra. Es mi última semana de vacaciones y hasta hoy tenemos plazo para terminar en la parte más extrema de la pendiente, la última recámara de depósito del alcantarillado. Por fin el pueblo tendrá alcantarillado y ya no habrá malos olores en las calles. Me apuro a vestirme y desciendo la escalerita de madera. Mi abuelita está esperándome vestida con su trajecito café de rayitas blancas, bajo su batolita gris que siempre usa para cocinar y sus ojos azules que me miran con gesto de amiga y de madre perpetua. Ella sostiene en sus manos las galletitas de siempre y el pocillo con café con leche humeante. Ella es el único apoyo que tengo en la vida después de la muerte de mis padres y de mi hermanita Geraldine en un accidente en la chiva del pueblo. Era un paseo colectivo a las playas del río Cauca, y yo no había podido ir porque estaba castigado: se me había regado el plato de sopa sobre la mesa el día anterior, y mi abuelita tampoco fue porque se le había caído al piso un puñado de sal, cuando preparaba el almuerzo, y le daba miedo salir de casa, pues creía que ese día todo iba a salir mal, y en efecto todo salió mal y yo me quedé solo con mi abuelita en este mundo, gracias a que los agüeros a veces salen. “Hoy, hijo, no debes quedarte en la calle después de que termines el trabajo. Recuerda que es martes 13, y el terror de El Armagedón puede estar rondando”. “¿Qué es El Armagedón, abuela?”, pregunto. “El Armagedón es el fin del mundo, hijo”, responde ella y se echa mil bendiciones. Entonces me advierte que el gentío que ha llegado al pueblo no trae buenos augurios y que, al regresar, de paso compre en el parque incienso y que recoja en esta botella agua bendita de la pila de la iglesia (y la abuela me entrega la botella).

Yo me despido y salgo corriendo con la botella en la mano y unas monedas en el bolsillo del pantalón, rumbo a la obra.

Al pasar por la tienda tengo ganas de ir a la plaza a ver a los recién llegados, pero el afán me puede. Entonces tomo la pendiente hacia la cañada y de lejos veo los cerros de arena y los bultos de cemento de la obra. Don José, el viejo maestro de construcción, me saluda y me repite que hoy debemos terminar las redes del alcantarillado. Saludo a Augusto y me dice que está contento porque, al medio día ha de llegar el Míster a pagarnos el trabajo. Don José es buena gente, pero se pone de mal genio cuando la mezcla a Augusto y a mí nos queda muy aguada. El Míster es un señor muy acuerpado y mono hasta las uñas y de ojos azules, habla muy enredado y dicen que es representante de las Naciones Unidas y que las Naciones Unidas son un organismo internacional. Pero al Míster sólo lo he visto una vez en toda mi vida.

Cojo mi pala y mi balde de cemento, y junto con Augusto me voy a trabajar. Yo me quito la camisa para no ensuciarla. El sol está radiante. Antes del medio día ya me quema mi desprotegida espalda y me deja un profundo ardor, pero ignorando esto sigo trabajando. Augusto, al ver mi espalda enrojecida, se preocupa. Yo le pido que me ayude a terminar la caja de la recámara número 13 del alcantarillado, y lo hace, pero después de que se enoja conmigo y me pega una vaciada terrible que porque hoy es martes 13 y eso de que él se meta a la recámara 13 le hace poner los pelos de punta, y mientras empezamos a repellar el muro de concreto, Augusto no se calla ni un minuto con su estúpido pereque de los agüeros: que hoy es un mal día, que hoy se me regó el chocolate en la mesa del comedor, que en el huevo del desayuno me salió un pelo de mi hermanita Sonia, y como no deja de hablar en todo el tiempo, a mí me da por cantar y por acelerar mi trabajo y por reforzar al triple

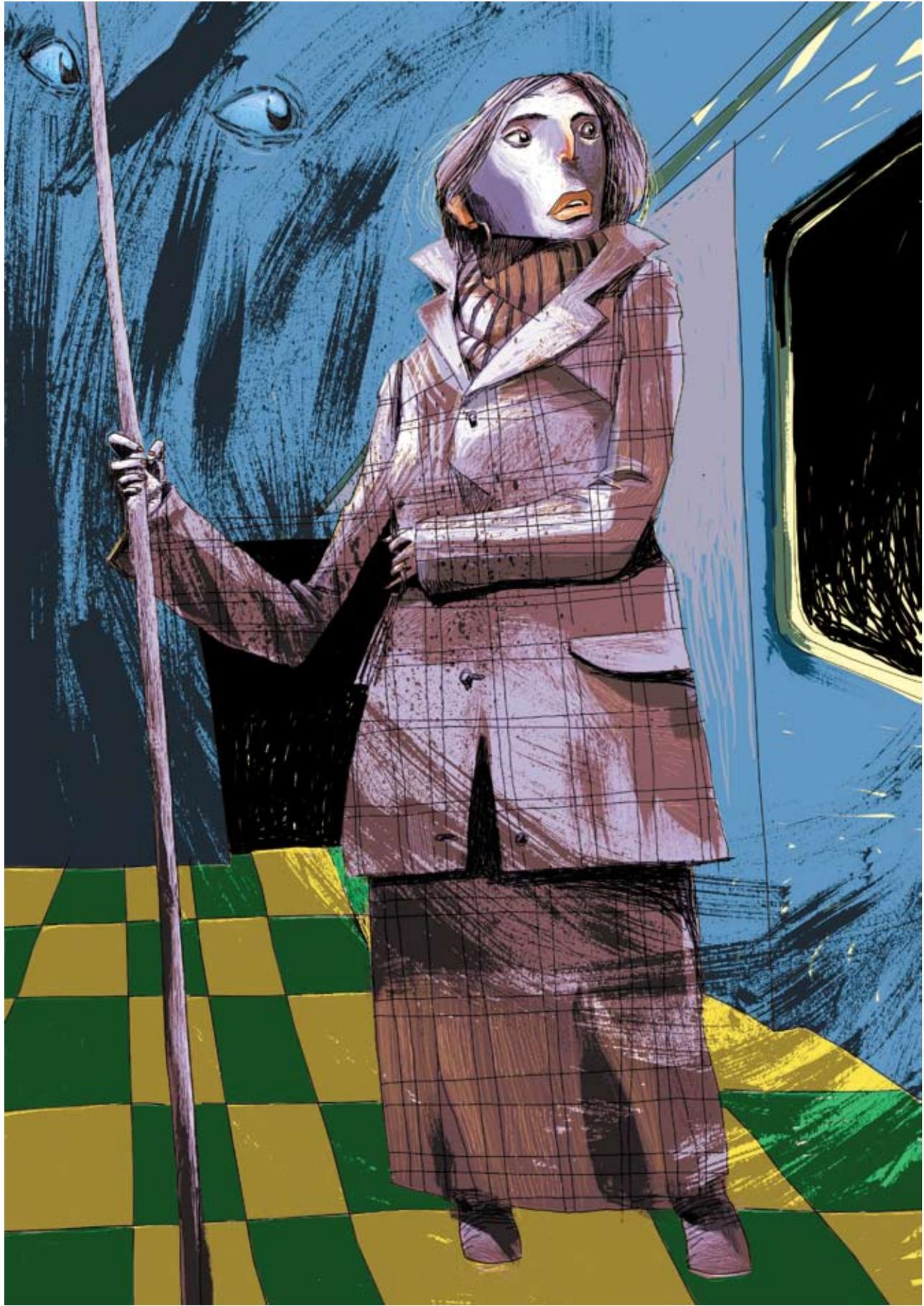
de lo normal el repello de la recámara número 13. Después del almuerzo, y como a Augusto le da por echarse un sueño, yo me entretengo atendiendo a un pequeño grupo de niños que preguntan cómo se prepara la mezcla, y en respuesta les doy una verdadera clase sobre su preparación, con tanto esmero que creo que todos van a salir graduados como unos verdaderos ingenieros civiles.

Cuando hemos terminado el trabajo dentro de la recámara, recogemos los materiales, nos aseamos y Augusto y yo nos sentamos a esperar al Míster, pero al rato, don José, el maestro de construcción, se nos acerca y nos dice que no sabe por qué razón el gringo no ha llegado todavía. “Quizás eso del agüero del martes 13 salga hoy, amigos míos”, dice riéndose, y nos despide hasta la mañana del día siguiente, y que ojalá amanezcamos vivos, dice. Augusto y yo no le prestamos atención a sus palabras y echamos a correr rumbo a la plaza a ver qué ocurre con el gentío que ha llegado por la mañana. Sin embargo, nos encontramos con las calles vacías. No hay gente ni caballos, perros ni gallinas. Todas las puertas y las ventanas de las casas están herméticamente cerradas. El pueblo está en silencio. ¿Qué ocurre ahora?, nos preguntamos, y sólo escuchamos el monótono farfulto de los búhos que han empezado ya su cantaleta vespertina instalados en los árboles de los patios de las casas. Algunos gallinazos trepados en techos son mudos testigos del espectáculo.

No hemos avanzado cuatro cuadras cuando, de repente, de la mitad de los árboles del monte que queda detrás de la iglesia, una inesperada y potente explosión estremece los contornos. Los disparos no se hacen esperar. Hay gente que sale de los patios de las casas y empieza a huir despavorida. Augusto y yo nos miramos y echamos a correr hacia la obra en medio de los disparos de fusil que atraviesan las paredes de bareque de las casas. Con el corazón

a mil, y sudando, nos escondemos detrás de un árbol gigantesco de mango, desde donde empezamos a ver las llamas que salen de la plaza y tras las llamas el vuelo de pipetas de gas que provoca al atardecer un juego desconocido de centellas pirotécnicas jamás imaginadas por nosotros. “¡Es increíble!”, exclama Augusto con un gesto congelado, por fortuna, protegido por el follaje espeso del viejo y robusto palo de mango. “Mira las casas de la plaza”, señalo al frente, justo cuando los techos han empezado a arder como chicharrones en el caldo del fuego. De inmediato, la idea de la amenaza del Armagedón de mi abuela, se viene a mi cabeza. “Es el fin del mundo”, digo, y tomo a Augusto del cuello de la camisa y lo arrastro conmigo y como puedo hasta la obra, seguro de que sólo así podemos escapar del acabose. Remuevo la tapa de la recámara número 13 con el repello aún fresco y nos acomodamos dentro. Es el único sitio seguro que existe a kilómetros a la redonda, me digo conteniendo la respiración, pues el aire es escaso. Nuestros cuerpos están pegados uno al otro. Sudamos a cántaros. Nos miramos frente a frente. En mi mente están las imágenes de los papás de Augusto y de su hermanita Sofía. En las pupilas de Augusto está la silueta de mi abuela que me mira con sus ojos de mar desde la distancia. Lloramos. En silencio empezamos a rezar. Pero una nueva explosión sacude las paredes de la recámara. “Estamos atrapados”, digo cuando me doy cuenta de que el repello de las paredes se ha derrumbado y ha aprisionado nuestros pies bajo el piso de cemento. Pienso que el estallido ha ocurrido en el centro del pueblo, probablemente en la iglesia. Entonces deduzco que se ha destrozado por completo el alcantarillado que tanto esfuerzo nos ha costado a todos los habitantes. Me da mucha rabia cuando hago la segunda deducción, porque pienso en los muertos: la gente, el peluquero, la maestra, los com-

pañeros de escuela; y no entiendo cómo es que todos los grupos armados legales e ilegales en vez de matarse entre ellos bien lejos, les da por meterse dentro de los pueblos a destruirlo todo y a matar a la gente inocente, atormentado, humillando y aniquilando la vida y lo poco que construimos con nuestras manos pobres y humildes que no amasan capitales, ni armas ni políticas ni corrupciones ni nada de esas cosas que tienen jodida a la gente de todas partes, y mientras pienso en todo esto y se acumula la rabia en mi pecho, siento caer sobre mi cabeza una gota, sí, esta gota de sangre que acaba de salir del vertedero del alcantarillado de la recámara, y después otra gota y otra, y tras otra, otra y después otras y tras otras, otras, hasta formar un hilillo y el hilillo se va engrosando y va creciendo hasta convertirse en chorro y el chorro de sangre cae sobre nuestras cabezas y nosotros no sabemos qué hacer. Es la sangre de toda la gente del pueblo y de los recién llegados que han muerto en el parque. Es la sangre que mezclada con agua se ha filtrado por las grietas del alcantarillado y se está empozando y ha empezado a subir por las paredes, a pesar de que yo tengo en mi bolsillo las monedas para comprar el incienso y la botella de plástico para recoger el agua bendita que me ha encargado mi abuela. Augusto y yo hemos intentado salir de todas las maneras posibles, pero sin resultado alguno. ¿Será que lo de la mala suerte del martes 13 sí es cierto? Pero lo que sí es cierto es que el cemento de la cámara que está fresco ha bloqueado la salida de la recámara número 13 y ya la sangre la tenemos hasta el cuello. ■



Sociedad paranoica



JHONATHAN BALVÍN RESTREPO
MEDELLÍN

1984, Medellín, Antioquia.
Antes era estudiante de Historia
de la Universidad de Antioquia,
ahora soy miembro del Honorable
Grupo de Desempleados de
Colombia. Antes escribía por...

ahora escribo por... sigo sin saber
por qué escribo. En cuanto al
cuento, usted dirá.

**Historia. Universidad de
Antioquia.**

Sociedad paranoica

JHONATHAN BALVÍN RESTREPO

Me persiguen, me siguen dos hombres y una mujer. Los he visto de reojo por encima del hombro derecho o del izquierdo, cómo sus cuerpos reflejados en las vitrinas de los almacenes se alejan cada vez menos, cómo intercambian puestos para que no los descubra. Para mi desgracia, el semáforo está en rojo. Ángel de la Guarda, protégeme de todo mal y peligro. Allí, dos pasos a mi izquierda, está el tipo de camisa de cuadros rojos. Cuatro pasos a su derecha está la mujer, y el tipo con la gorra de los Yankees se encuentra justo detrás de mí. Ya me hicieron el triángulo del robo. Acá fue, acá me robaron, acá por fortuna no me robaron. Verde. Por distraerme con el cambio de luz perdí de vista a la mujer. “Cuidado, allá lo están esperando”, me modula repentinamente el Ángel de la Guarda en el oído de la conciencia al ver a la mujer parada en la esquina dialogar con dos hombres diferentes a mis perseguidores. Acá fue, acá me robaron, acá tampoco me robaron. La mujer y su compañía ni me determinaron. Claro, cómo iban a actuar si cuando crucé a su lado pasaron dos patrulleros. Gracias Ángel de la Guarda por salvarme otra vez.

Rojo. El semáforo está en rojo. Lo mejor será tomar un taxi para perder a estos hijueputicas que me persiguen desde tres cuadras

abajo, no sea yo tan de malas y me roben los paquetes. Son cuatro: tres hombres y una mujer. ¡Taxi!

Rojo. La luz del semáforo está en rojo. Allí está el hombre de camisa de rayas que me persigue desde que salí del centro comercial. He visto cómo se acerca siempre por el lado donde cargo el bolso. Su compinche debe ser este de camisa de cuadros rojos que está detrás de mí, sólo se separan cuando volteo para ver cómo están de cerca. La creen a una pendeja. Verde. Allí van, allí cruzaron. Son tres, no había visto al hombre con la gorra de los Yankees que le susurró algo en el oído derecho al hombre de la camisa de cuadros rojos.

Rojo. Otra vez el semáforo está en rojo. Dos almacenes atrás se quedó la mujer que piensa que le voy a robar el bolso. Pobrecita, la entiendo porque yo siento lo mismo con estos idiotas que me persiguen hace seis cuadras. Ahora son dos, a la mujer no la veo desde dos cuadras atrás. Verde. ¿En dónde está el tipo con camisa de cuadros rojos? Ahí está, me ha rebasado. Acá fue, acá si me robaron, me hicieron el conocido sánduche; pero, acá tampoco me robaron. Me he salvado. Los dos tipos han cogido una ruta de bus diferente a la mía, y no tengo porque preocuparme, todo fue simple paranoia de que me robaran el primer sueldo. Desafortunadamente no puedo decir lo mismo de la mujer que piensa que le voy a robar el bolso, quien se subió en el mismo bus donde va su atracador: yo. ■



Soy un profesional



CÉSAR ROBERTO ALMANZA VARGAS
BOGOTÁ

Nací en Bogotá, 1.987 años después de un tal Jesucristo (sí, sí... ese), ese que vino a acabar con las injusticias, el hambre y otro montón de cosas que no hizo jamás. Y como siguió habiendo hambre, injusticias y víctimas paradójicas, al escribir mi cuento quise llevar esta paradoja al máximo, pero a un máximo real o al menos

verosímil. "Soy un profesional" no es más que la duplicidad humana llevada a las letras de forma cruda, creativa, pero por sobre todo lo demás, muy sensible.

Medios Audiovisuales,
Politécnico Grancolombiano,
Bogotá.

Soy un profesional

CÉSAR ROBERTO ALMANZA VARGAS

Un día tuvo nombre. Seguramente hoy a nadie le importa cual fue, simplemente le llamarán Carramplas o alguno de esos ocurrenciosos sobrenombres. Míralo ahí tirado con arañas, cucarachas, ratas, viviendo en la calle entre cartones y papel, tiene los zapatos rotos y seguramente hace años que no se baña, le prosperan hongos en los brazos, es todo un parásito urbano, accidentalmente inmune a esta humanidad.

Sin amigos, sin vecinos, su único conocido es el bazuco o el pegante. Vago, necio, pero a pesar de todo sigue siendo más entero que muchos de los mal llamados “nosotros”. Tiene barba, pelo largo y unos piojos y liendres como él mismo. Pero... ¿es feliz? ¿Sólo quiere que le dejen en paz?

Mirándolo bien a veces creo que es feliz, sin trabajar, con su botella y su perro llevado por la existencia sin estrés ni impaciencia. Todo un bicho de ciudad que se revuelve por los suelos y entre miradas nos repudia.

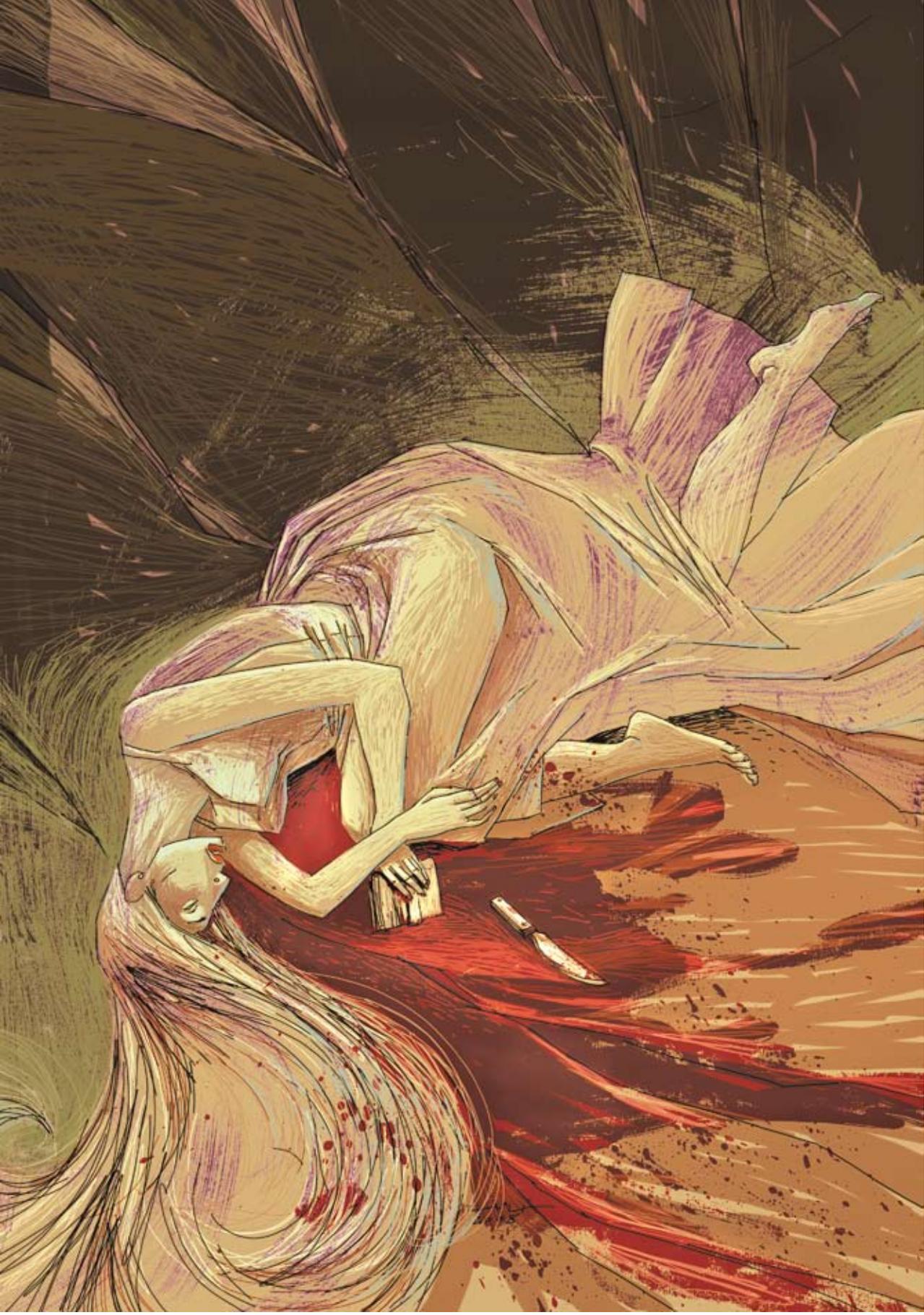
Está lloviendo, hace frío pero parece no tocarle. No tiene hogar, no tiene paradero y no almuerza decentemente desde la adolescencia. Tan sólo permanece dormido sin importarle mi presencia.

Lo miro fijamente. Tal vez ya sean diez o quince los minutos que llevo apuntándole con mi arma. Es la primera vez que me pasa, jamás había estado dubitativo en una noche de trabajo. Desde la camioneta me gritan: “Se mariquió o qué hijueputas. Apúrele a ver”. Miro por última vez y me consuelo diciéndome antes de disparar: “Soy un profesional”.

Sin decir palabra alguna en el resto de la jornada me repito mentalmente una y otra vez que ya no había nada que hacer, hasta regresar a casa. Sorprendido veo a mi esposa remendando mi pantalón de paño azabache. Me mira a la cara, no dice nada. Pero en esos ojos brillantes por las lágrimas, advierto que ella me está exigiendo conversación.

Deja la brillante aguja y exclama por fin: “Augusto, te felicito, eres todo un profesional, sé que acabas de matar a nuestro hijo”. ■





Rosas en el funeral



JOSÉ DARÍO BENÍTEZ BECERRA
DUITAMA

Nací en 1985, en una ciudad llamada Duitama. Crecí mirando un cielo puro y sintiendo el vaivén de las olas del lago de Tota. Siempre me ha gustado tocar una guitarra y leer buena literatura, escuchar música y compartir con mi novia y mis amigos. Soy poeta de la vida y admiro a Jesús, Mozart y Nietzsche. También he querido ser maestro, por eso honro a mi Alma Máter. A Dios, a la vida y

a mis amados padres debo lo que soy, así que me enorgullece dedicarles mis triunfos porque también a ellos pertenecen. Y a usted, querido lector, le ofrezco las letras de mis escritos que para mí son el derecho de pensar y de ser libre.

Licenciatura en idiomas modernos, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja.

Rosas en el funeral

JOSÉ DARÍO BENÍTEZ BECERRA

El arma homicida que había acabado con la vida de aquella mujer aún reposaba en mi mano criminal. Aquel cuarto semejaba un cuento de Poe o un fragmento retorcido de Hamlet. El ambiente tenía un olor a funeral y la sangre estaba tan fresca que reflejaba la túnica negra del verdugo. Me invadió el horror cuando mi mente se llenó de recuerdos, que le daban la resurrección al cadáver que yacía tirado sobre la cama de mi habitación.

Mi remordimiento no era en vano. Verán: yo la conocía desde que tenía tal vez quince años, es decir, siete años atrás. Era bonita, tenía la piel suave, las mejillas rosaditas y unos ojos negros y grandotes. Vivía con sus padres, ellos no provenían de noble estirpe pero creían llevar sangre azul por sus venas y hacer parte de la mediocre burguesía del país. Por mi parte, yo tenía tanta riqueza y abolengo como ella, mi belleza nunca hubiera sido digna de una pasarela en Milán, me gustaban las cosas simples, como tomar café y fumarme un cigarro mientras veía cómo se aplastaban las gotas contra el piso en medio de un aguacero, y además, guardaba mis temores y secretos dentro de un diario, en forma de relatos o poemas fúnebres que hablaban de sepulcros gritando

nombres, o de flores buscando lápidas o de veneno y sed o lo que es peor... de mí.

Verán: jamás llegué a odiarla o intentar hacerle daño, por el contrario, durante los últimos dos años nuestra relación había tomado más vida y los lazos que nos unían se hacían tan fuertes que yo había conocido todo de ella y ella todo de mí. Bueno... no todo. Y era este el punto clave, aquí estaba el misterio, la conspiración, el concierto para delinquir y ella no lo sabía. No se lo hubiera contado, no hubiera podido. Ustedes más que nadie saben que todos tenemos secretos, cosas que no contaremos aunque nos decapiten o nos condenen a la silla eléctrica o, en el más lamentable de los casos, que la religión nos excomulgue y perdamos el celestial derecho de comprar la salvación por cómodas cuotas de estupidez.

Mi secreto había sido mi pan de cada día durante años desde que tengo uso de razón, si es que tengo razón. Jamás se lo conté a alguien. Únicamente el pequeño diario era quien guardaba las intimidades sobre mi secreto, pero por lo demás siempre guardé discreción y aplomo. De haberlo revelado, mi padre, un militar chapado a la antigua y de tradiciones conservadoras, me hubiera enviado a un campo de concentración o a pagar los impuestos o a algo peor. La cuestión es que hubiera sido el tema principal en muchas conversaciones de señoras chismosas y burlonas, la desdicha de mis padres, ese algo que ridiculiza como no saber bailar o como un zapato roto.

Tal misterio o secreto o parte de mi ser, fue lo que desencadenó la sinfonía trágica que comenzó una noche cualquiera, de esas que ven caer las máscaras y resplandecer los rostros pútridos y verdaderos que se encuentran refugiados tras una falsa sonrisa que te saluda en la mañana, pero en fin, son los verdaderos.

Esa noche yo había decidido practicar los antiquísimos artes de la bebida y la fornicación, por lo que tomé un taxi y a eso de las diez estaba poniendo los pies dentro del bar que frecuentaba muy a menudo y donde me liberaba de la pesada máscara para reencarnarme en mí. “Yo”, sin que nadie me observara con ojos de buitres porque allí todos tenían el mismo propósito: dejar de “ser” y dedicarse a vivir aunque sólo fuera en la levedad de un instante. Adentro, la música sonaba suavemente, las lámparas brillaban a media luz y pude ubicar rápidamente a quien me había puesto la cita de costumbre. Allí estaba él, la persona que yo más había amado en mi anónima y nocturna existencia, el hombre que le daba sentido a mi vida insípida, esa vida que escondía por miedo a la jauría que busca morderte los muslos, esa que habla de una sociedad libre y llena de justicia, esa compuesta por nobles damas y caballeros que creen tener la fórmula hipócrita para la homogeneidad y la paz del mundo, pero que no valen un momento del dolor de un perro.

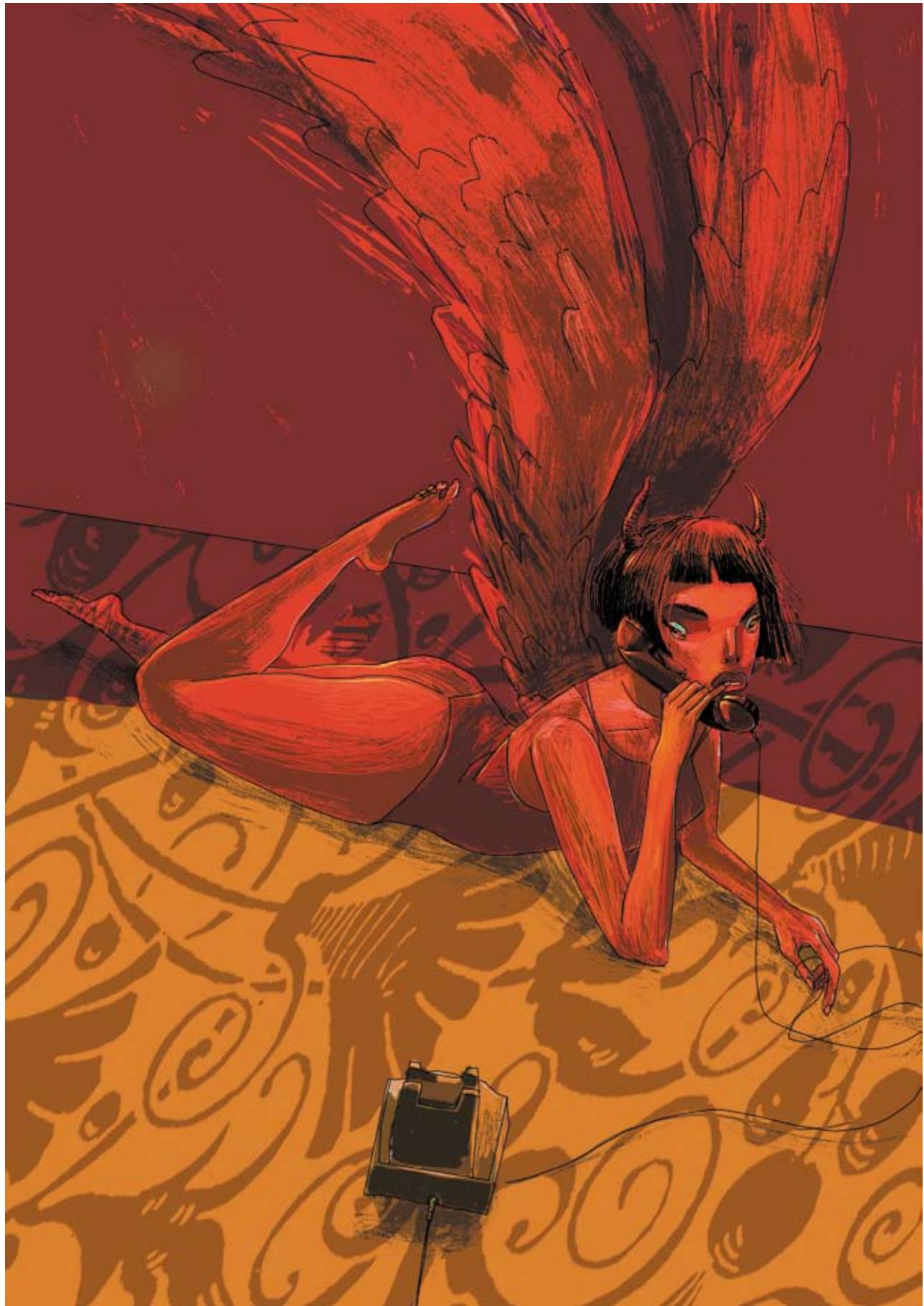
Ustedes se preguntarán: ¿Dónde está lo triste, horrible o fúnebre? Miren: después de haber encontrado mi mirada con la de él, me dirigí hacia la mesa donde me esperaba. Nos abrazamos tan fuerte, como el náufrago a su tabla. Me regaló una rosa blanca como símbolo de nuestro eterno amor y nos besamos como si nuestras bocas fueran panales de la miel más dulce y mortal. Después pedimos unos tragos, aspiramos el cáncer de la otredad, escuchamos un bolero. Luego salimos y a eso de las doce, fundidos como uno solo, en una cama de motel hacíamos el amor hasta casi rompernos las carnes. Luego de unos diez minutos, después de haber consumado nuestro pecaminoso ritual de amor (ya era la una y media de la madrugada), recibí una llamada telefónica. Era mi madre diciendo: “Algo horrible ha ocurrido”, y un llanto póstumo se apoderó de su voz.

“En seguida voy”, respondí, siendo presa de cientos de presentimientos y pulsaciones en medio de mi pecho y de mi alma. No me despedí de aquel hombre que reposaba tirado y desnudo sobre la cama, ya que los fuertes quehaceres del amor lo sumieron en profundos ronquidos.

Llegué a mi casa tan pronto como pude. Mi madre lloraba sentada en la escalera mientras mi padre me miraba atónito y como buscando una explicación a todo. “Sube a tu cuarto”, musitó mi madre, mientras una lágrima se posaba en el huequecillo de su mejilla izquierda. Corrí hacia el cuarto, la puerta estaba abierta y al atravesarla sentí un frío que recorría mis piernas y un calor infernal que se posaba en mi cabeza. Allí, sobre mi cama, se encontraba ella, o el cadáver de ella. Al lado de su mano derecha se encontraba tirado un cuchillo puntiagudo y en su mano izquierda sostenía apretado y ensangrentado mi pequeño diario.

Yo... horrorizado y atónito, observaba a mi futura esposa y sostenía el arma homicida en mi mano criminal... una rosa blanca. ■





Quién llama a esta hora



RODOLFO VILLA VALENCIA CALI

Nací en Santiago de Cali, el 18 de agosto de 1978. Fui publicado en la *Segunda antología del cuento corto colombiano*, hecha por la Universidad Pedagógica de Bogotá. Tengo tres libros inéditos de cuento: *Oriana*; *Cielo de agosto* y *La misa del domingo*. "Quién llama a esta hora" es un relato construido como un diálogo constante,

donde el tema del amor es abordado con ingenuidad y frialdad por una muchacha romántica y un joven universitario. Allí, los afectos existentes entre un hombre y una mujer saltan a la vista de forma íntima e inesperada.

Literatura,
Universidad del Valle,
Cali.

Quién llama a esta hora

RODOLFO VILLA VALENCIA

- D**ecime, ¿para vos qué es el amor?
- No sé.
- La pregunta es seria.
- Mi respuesta también.
- ¿No me vas a decir?
- ¿Qué?
- ¿Para vos qué es el amor?
- No me jodás.
- No te estoy jodiendo. Es simplemente que llevamos seis meses saliendo y ni siquiera sé qué es lo que sentís por mí.
- Ya te pusiste trascendental.
- No es eso.
- Entonces, ¿qué es?
- Te hice una pregunta...
- Ya lo sé.
- Y no me has respondido.
- También lo sé.
- Vos como que sabés muchas cosas, ¿no?
- Algunas.

–Sobre todo las que te convienen.
–Ajá.
–Por favor, no prendás ese cigarrillo.
–¿Por qué?
–Porque me molesta el humo.
–¿Me podés traer café?
–Ahora no.
–¿Entonces cuándo?
–Cuando me respondás.
–¿Qué?
–Lo que te pregunté.
–¡Ah!
–Y entonces.
–No me jodás.
–Yo no te dije “no me jodás” cuando te animaste a hablarme.
–Lo hubieras podido hacer.
–Me hablaste bonito. Por eso no lo hice.
–Todos los hombres saben hablar bonito cuando quieren acostarse con una mujer.
–Está sonando el teléfono.
–Dejalo que suene.
–¿Por qué?
–Porque sí.
–¿Quién te llama a las dos de la mañana?
–No hagás preguntas necias. Esa parece ser la especialidad de las mujeres. Hacer preguntas tontas.
–¿Y aparte de tonta qué más soy?
–Vos no. Las mujeres.
–Yo soy mujer.
–Bueno sí, pero... no me confundás.

–Entonces no generalicés.
–Estaba hablando de las preguntas. Son tontas.
–No tanto.
–¿Cómo así?
–Sí. No son tan tontas porque todavía no me respondés la que te hice.
–No sé quién llama a esta hora.
–Esa no.
–¿Entonces cuál?
–La otra.
–¿Cuál?
–¿Para vos qué es el amor?
–Y dale.
–Respondeme.
–Sólo si me dejás encender el cigarro y me traés el café.
–Esperá.
–No te demorés.
–Ahora sí, respondeme.
–Nada.
–Nada qué.
–El amor es nada.
–No entiendo.
–Como siempre.
–No me hablés así.
–¿Qué no entendés?
–Eso de que el amor es nada.
–Es sencillo: ¿qué había en el principio de todo?
–Pues nada.
–Bueno. Pero para que hubiera un principio algo muy fuerte, o mejor, alguna fuerza tuvo que haber ocasionado ese inicio, ¿cierto?

–Sí.
–¿Y vos qué creés que fue?
–El amor.
–Ah, bueno. Entonces el amor es nada.
–No digás bobadas.
–No son bobadas.
–Otra vez el teléfono. Voy a contestar.
–No. Desconectalo.
–Como querás.
–El amor es como la muerte.
–Explicame.
–Poneme cuidado porque ya me dio sueño. ¿Puedo encender otro cigarrillo?
–Hacé lo que querás pero habla rápido.
–Dejá la ansiedad.
–Continuá.
–Te decía que el amor es como la muerte. ¿Cierto?
–Sí.
–A partir del momento en el cual uno nace puede decirse que está empezando a morir. ¿Estamos?
–Sí.
–Igual sucede con el amor. A partir del momento en que se nace uno está empezando a amar.
–¿Cómo así?
–A la mamá, por ejemplo.
–Es cierto.
–Además la muerte vos no la podés tocar, ni ver. Como el amor, simplemente llega como un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio, como dice en *Rayuela*.
–¿Qué es eso?

–¿Qué?
–Pues, *Rayuela*.
–Ah. Un libro. Pero olvidate de eso.
–¿Querés más café?
–Bueno. Pero calentalo un poco.
–Seguí. Me encanta como hablás. Es bonito.
–Para vos todo es bonito.
–¿Y qué tiene de malo?
–Que sos muy ingenua.
–Y entonces, ¿cómo hay que ser?
–Pues realista.
–Bah.
–En serio. La vida no es un mar de felicidad.
–Vos sos un amargado.
–Amargado no. Realista, que es diferente.
–Bueno. Vos sos un realista diferente. Dejame ser ingenua. Así vivo feliz.
–No te estoy diciendo que no lo hagás.
–Ya sé. Pero no me cambiés la conversación. Seguime diciendo para vos qué es el amor.
–Cobijate. ¿No tenés frío?
–No.
–Vos verás.
–Seguí.
–El amor también es como Dios.
–¿Cómo así?
–Sí. Nunca nadie lo ha visto pero muchos dicen haberlo sentido. ¡Qué bobada!
–Bobada por qué.
–Porque no existe.

–¿Quién?
–Pues Dios.
–Existen las cosas que uno quiere que existan.
–Y yo quiero que Dios no exista.
–Listo. Eso sos vos. Yo sí creo que existe. Tampoco quiero ha-
certe cambiar de idea. Más bien seguí hablando.
–Ya son las tres.
–¿Y qué? Nadie ha prohibido hablar del amor a las tres de la
mañana.
–Todas las mujeres son iguales.
–¿Qué querés decir?
–Pues que quieren que las cosas se hagan cuando a ustedes se
les da la gana.
–Es la naturaleza femenina.
–Hmmm... Como si tuvieran.
–¿Qué?
–Nada. Que en *El banquete* hay muchas teorías sobre el amor.
–¿El qué?
–Es un libro.
–Ah.
–Deberías de leer un poco. Así aprendés muchas cosas.
–A ser como vos, por ejemplo. Mejor ser como soy.
–En fin. Te decía que en ese libro hay algunas teorías. Por ejem-
plo dice que Eros...
–¿Eros, el angelito con alas y flechas?
–El mismo.
–Tan bonito.
–¿Me vas a dejar hablar o no?
–Seguí.
–Eros es un inspirador de valor y sacrificio personal, el único

por el que están dispuestos los amantes a morir. También dice que no hay un Eros sino dos. Que hay uno popular que prefiere el cuerpo; y otro celeste que prefiere el alma. Dejá de mirarte en el espejo. Parece que no me prestaras atención.

–Sí te presto atención. Además te estoy mirando a vos.

–¿Y por qué me mirás a través del espejo?

–No sé. Pero seguí.

–También dice que en el principio los seres humanos tenían dos cuerpos.

–¿Cómo así?

–Eran dos cuerpos en uno y también había tres géneros: masculino-masculino, femenino-femenino y masculino-femenino. Entonces fueron divididos y que cuando dos mitades de estas se encuentran surge la alegría del amor. Y Eros sería la búsqueda de la otra mitad. También dice que Eros es deseo de algo que no se tiene. Deseo de lo bueno y lo bello. De poseer siempre lo bueno. Todo eso y otras cosas más. ¿Entendiste?

–No mucho.

–Después te sigo explicando. Correte.

–Mario.

–¿Uhhmm?

–¿Tenés sueño?

–Sí.

–Ahhh... Te amo.

–No digás bobadas. Dejame dormir.

–No son bobadas, es en serio. Te amo.

–Ajá. ¿Y para vos qué es el amor?

–Mariposas en el estómago. ■





A la espera



ALEXANDER CASTILLO MORALES BOGOTÁ

Según datos de inteligencia, a las 6:40 a.m. del día jueves, 12 de diciembre de 1974, la luz se regocijó con Alexander Castillo Morales. Hijo pródigo de la Universidad Nacional, natural de la Universidad Distrital y legítimo del Instituto Caro y Cuervo, beca seminario Andrés Bello. Algunas llamadas y conversaciones han permitido determinar que escribe porque le gusta burlarse de cuanto puede, le fascina hablar de

los demás y vive inconforme e insatisfecho. Por último, tiene la extraña cualidad de comunicarse con el más acá, es promotor de lectura: lee cuentos y poemas con niños y estudiantes universitarios. Todo ello determina su peligrosidad. En suma, se recomienda seguirlo con cautela y espiar cuanto hace. ¡Cambio y juera!

**Instituto Caro y Cuervo,
beca Andrés Bello. Bogotá.**

A la espera

ALEXANDER CASTILLO MORALES

Con el tiempo fui aprendiendo a acercarme a los hombres de verde. No sé por qué se pelean si son todos del mismo color: gritan, golpean y siempre le piden comida a mi tía. No me gusta cuando llegan porque siempre la hacen llorar; pero luego cuando ya están comiendo se tranquilizan; y a escondidas de ella me acerco y les pregunto sobre sus armas. Ellos me explican y me dejaban tocarlas. Les digo que cuando grande quiero llevar una y ser tan valiente como ellos. Entonces me dicen que un día vendrán por mí, porque saben que tengo alma de héroe. Luego me hacen prometerles no decírselo a nadie. Yo creo que mi prima hizo lo mismo. Ahora que ella ya no está he tenido que ocupar su puesto. Ya no puedo hablar tanto con ellos como cuando ella estaba. De vez en cuando, alguno se acerca y me dice que pronto vendrán por mí. Sonrío. Si mi tía escucha se pone pálida, luego me dice cosas sobre ellos, que los unos, que los otros. Yo le digo que se tranquilice, que yo no quiero lavar más loza, ni hacer más oficios. Y ella que no, y lllore y lllore. Luego habla de mis papás, que un día se los llevaron. Cuando me dice eso me pongo contento, sé que volveré con ellos el día que a mí también me lleven. No siempre tendré siete años.

En casa se decía que mi prima, seguramente, se había fugado con alguno de los hombres que venían a comer. Siempre que llegaban, disparaban y luego decían que tenían hambre. Mi tía y mi prima corrían sudorosas a atenderlos. Siempre vi hombres de verde con sus voces recias y armas hermosas. Mi tía, sin embargo, la buscó enloquecida. Nunca la había visto más angustiada, pero no la encontró. Casi muere de tristeza. Yo también estaba triste, desde hacía unos días había dicho que ya no quería ser mi novia, supongo que ya estaba pensando en irse. Sin embargo, no le pedí el anillo porque aún la quería.

Un día supe que ya tenía que irme. Ese día hurgábamos el piso para hacer huecos para jugar cuando encontramos una mano. Pedro, que es bastante valiente, hizo que la destapáramos. José y Juan corrieron a buscar ayuda. Nosotros la desenterramos. Estaba roída por el tiempo. Eran unos huesos apenas forrados con trozos de piel, del tamaño de alguna de las nuestras. No había cuerpo, sólo la mano. Pese al olor la examinamos y encontramos que tenía un anillo, como el que una vez le di a mi prima cuando quedamos de novios. Quise llorar. No pude. Por aquí los hombres no lloramos y, según sea, hablamos poco. ■





Cuaderno de un duende



ALBERTO MARIO AMADOR REYES
BARRANQUILLA

Nací hace 21 años en la ciudad de Barranquilla. Fui educado primero en un colegio salesiano, luego en una institución técnica y ahora en una universidad pública. Allí me cogió la noticia del Concurso y cuando llegué a mi casa escribí el cuento en media hora con la urgencia tonta del que quiere llegar temprano a la fiesta. Después andaba aterrado porque no lo revisé ni le hice los cambios de

rigor. No podría decir que me inspiré en algo para escribir “Cuaderno de un duende”. Pero los embustes fantásticos que me contaba mi madre cuando era niño fueron fundamentales para alimentar mis historias. A ella, por toda su complicidad, le dedico este cuento.

Licenciatura en idiomas extranjeros. Universidad del Atlántico, Barranquilla.

Cuaderno de un duende

ALBERTO MARIO AMADOR REYES

Un día oculté mi tesoro y maté a una señora. Ella caminaba por un puente y le dije: ¡Hola, señora, buenos días! Y, ¡pum!, la empujé y cayó, rodó y se murió. Entonces salí corriendo en dirección a alguna parte y encontré a una joven muchacha rosada que vendía zanahorias y le di un golpe en la costilla y le dije que además iba a patearla, y dicho esto la pateé, le di en el rostro y en las piernas y oriné encima de ella y murió. Un hombre canoso miraba la escena y también murió, pero nadie se percató de ello.

Como había promociones en el mercado de la muchacha rosada, compré un salchichón y salí a buscar viejitas para darles en la cabeza con él. Caminé con el salchichón a cuestas hasta que vi una viejita cruzando la calle y le pegué un salchichonzazo y no quería morirse, me llamaba hijo de perra y pedía auxilio. Yo la golpeaba con el salchichón y la escupí hasta que murió y como no tenía ganas de orinar la dejé guardando en un parqueadero para más tarde.

Tiempo después el salchichón empezó a corromperse y a he-der a muerto. Le mostré el salchichón a un padre y lo encontró nauseabundo. Pronto dejó el salchichón de servirme para matar

viejitas porque se desmoronaba al primer golpe, así que me hice religioso para amar a mi prójimo. Todos los que antes me tenían miedo ahora me golpeaban, pero yo no devolvía el golpe sino que ponía la otra mejilla como decían mis hermanos que Cristo tenía por costumbre con aquellos que le daban puñetazos. Las personas decían “Esto sí que es bueno”, y me volvían a golpear y a veces me tiraban un salivazo en la cara.

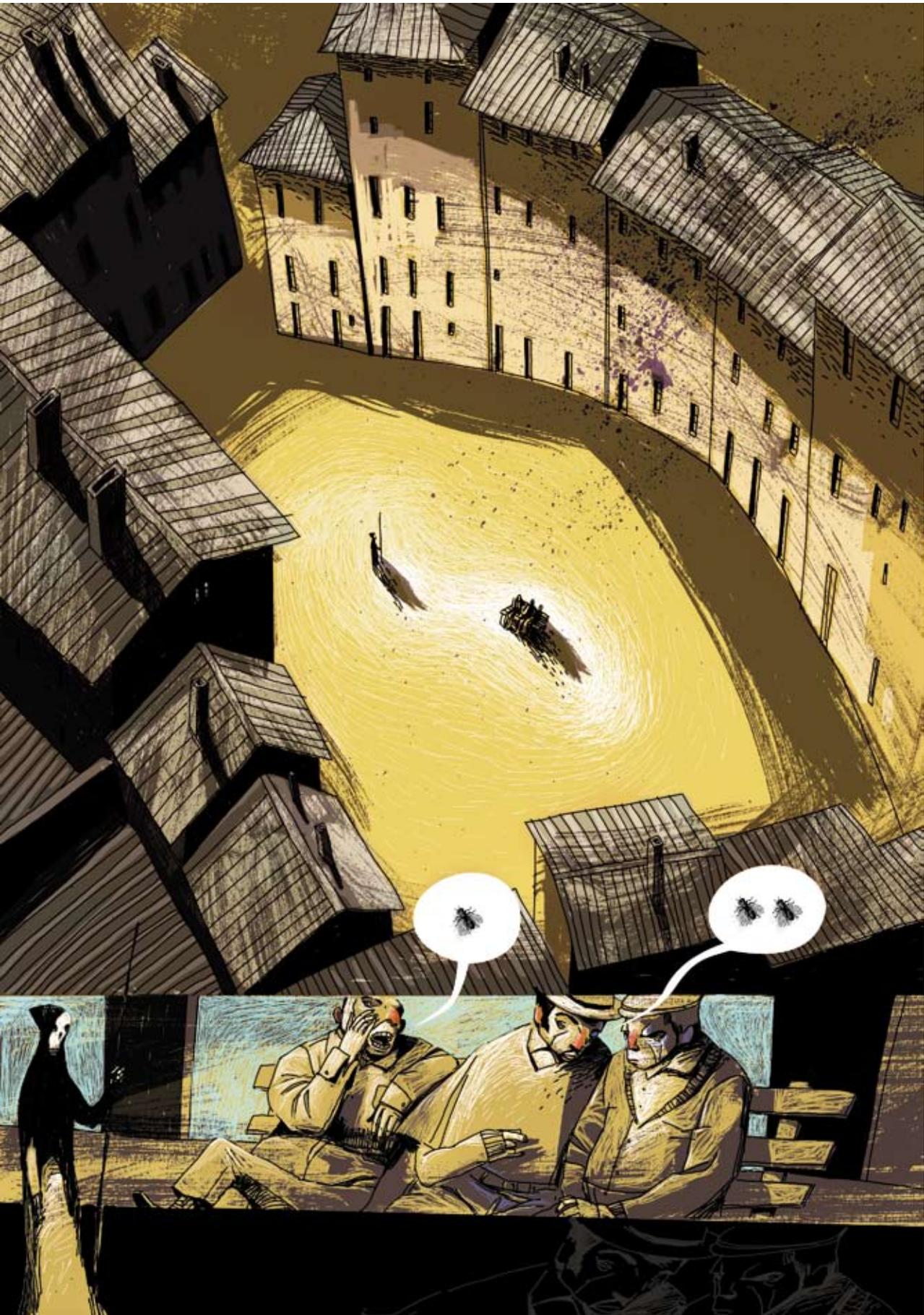
Mas pronto me aburrí de recibir golpes y de darle dinero a nuestro oh!! Pastor para que construyera una casa de tres pisos, entonces dije blasfemias y azoté a nuestro oh!! Pastor con látigos acerados como hacían los antiguos romanos con su Cristo, y los romanos eran muy buenos en esto, pero yo no me quedaba a la saga y le azoté hasta que murió. Después quise ponerme bien con Dios y tal como dice en la Biblia que hacían los judíos para agraderle, le ofrecí un holocausto de doscientas vacas que hacían muuu... y corrían por todas partes envueltas en el fuego. Como Dios es un tipo muy grande supuse que doscientas vaquitas no alcanzarían ni para llenarle una de sus caries así que me di por vencido.

Convencido de que viejitas, niños y señoras querían robar mi tesoro, cometí el peor error de mi vida. Me compré un lobo feroz, era de pelo gris y tenía ojos brillantes y tenebrosos para ahuyentar a los curiosos. Todos los días les arrojaba mi lobo a las personas y a veces nos íbamos a cazar ovejas y a perseguir niños por las calles.

Con el tiempo nos hicimos muy amigos, y cuando me hube cansado de mi maldad y el se cansó de morder niños y destripar ovejas, nos quedamos sin mucho que hacer, y como no había ninguna prisa por volver a ser malo le enseñé a jugar ajedrez. Le presté dinero para hacer apuestas, y el hijo de puta aprendió a jugar como un ruso, tanto que pronto me pagó el dinero, me arruinó y me dejó sin un céntimo.

Cuando no tuve otra cosa que jugar aparte de mi ropa, me propuso con odiosa malicia que apostara mi maldad, y soy tan refractario a los escarmientos que la jugué y ese miserable del lobo feroz me la ganó y me quedé sin nada en el mundo. Desde entonces las viejitas volvieron a salir a la calle y las muchachas se aventuraron otra vez a vender zanahorias, y a los niños se les para el ombligo de tanto repetir a sus padres (sin que éstos lo crean jamás) que más allá de la ciudad un lobo pendejo y un hombrecito arrugado se lo pasan todo el tiempo jugando una cosa de lo más aburrida, pero que al final del día ocurre el milagro, y el hombrecito maldice y se levanta de la mesa mientras el lobo sonrío y saca un saco repleto de dulces comprados con el tesoro y los reparte a todos los niños tripudos que quieran comer. ■





Mi inminente muerte



MIGUEL ÁNGEL ROMERO CHACÓN
PACHO

Nací en Pacho, Cundinamarca, realidad fantástica y razón suficiente para desear escribir. Fue el 13 de enero de 1980. La pluma que me dio mi padre, quien también fue mi profesor de español y literatura, la utilicé apasionadamente para escribir las cartas a mi madre, a mi familia, o para las cosas que se escriben en la vida, pero poco para la literatura misma, porque aunque actualmente terminé el programa de Licenciatura en literatura y lengua castellana, la incredulidad de poder escribir historias originales no me había dejado utilizar en forma la pluma para escribir

ficciones. Cuando contemplé la posibilidad de no contar una historia sobre cosas que pasan o pasaron, sino sobre cosas que pasarán, escribo el cuento; pero luego me di cuenta de que todo el mundo se la pasa contando historias sobre cosas que pasarán, o mejor dicho, que no pasarán, y que no se puede ser escritor de ficciones originales sino recopilador de realidades fantásticas.

Licenciatura en literatura y lengua castellana, Universidad Santo Tomás de Aquino, Bogotá.

Mi inminente muerte

MIGUEL ÁNGEL ROMERO CHACÓN

No es justo que esto me vaya a suceder a mí. Yo ayudo al prójimo, asisto semanalmente a la iglesia, hago obras de misericordia, rezo todos los días el Santo Rosario... No es justo que mañana a las ocho y quince de la mañana, don Gregorio Suárez me mate abaleándome con los diez y seis tiros de sus dos revólveres Smith. Las personas se van a sorprender cuando lleguen los policías a hacer mi levantamiento, porque no van a entender cómo es posible que suceda lo que va a suceder. Y como desde mañana todo el mundo le va a tener miedo a don Gregorio Suárez, pasado mañana serán muy pocos los que irán a mi entierro y los pocos que se atrevan a hacerlo será solamente para ir a chismorrear. Cuando me levante mañana a las seis y quince, y se me haga tarde, me pondré mi sombrero de ala, mi saco de pana azul oscuro y mis zapatos de charol que utilizo para ir a misa. Cuando vaya caminando frente a la tienda de don Pepe va a empezar a llover y a mí se me va a olvidar llevar el paraguas. Cuando llegue a la iglesia empapado me va a tocar sentarme en la última silla porque, como voy a llegar un poco tarde, las demás van a estar ocupadas. Florencia Suárez va a llegar en el momento que comience la eucaristía porque cuando vaya a salir

de su casa para ir a misa, va a esperar que escampe, ya que no va a querer que su vestido de lino blanco se moje. Como don Jacinto, que también va a llegar tarde porque tiene que ir primero a comprar la carne del almuerzo ya que mañana se va a encaprichar que tienen que almorzar en la casa porque el día estará lluvioso y no va a salir a almorzar con su esposa a donde doña Carmela como siempre, se va a sentar en el único asiento vacío que va a ser a mi lado y cuando las beatas del coro comiencen a cantar en el momento que vaya a comenzar la eucaristía, don Jacinto se va a levantar del puesto para tomar la eucaristía porque mañana va a sentir el deseo de ser el primero en comulgar para que desde mañana en adelante la gente se dé cuenta que él es un hombre devoto. Florencia Suárez, cuando llegue en plena eucaristía levantándose el vestido con las manos para que no se le empuerque, va a sentarse en el puesto que va a quedar vacío a mi lado. Cuando termine la misa, el padre Nepomuceno, que va a querer continuar con sus tradiciones, nos va a repartir a todos un fragmento del libro del Apocalipsis para que lo leamos y lo estudiemos después de misa ya que en la próxima eucaristía nos va a hacer preguntas. Florencia Suárez, la hermosa hija de don Gregorio Suárez, va a sentir cierta vergüenza conmigo ya que no somos de confianza, pero finalmente me va a pedir el favor de que le ayude a llevar las hojas con el fragmento del libro del Apocalipsis, que el diácono nos repartirá, porque va a tener sus dos manos ocupadas para evitar que su vestido se le empuerque en los charcos. Como voy a acompañarla de regreso a su casa, que es lo que hace un buen caballero, porque mañana sus hermanos van a tener que ir a la hacienda ya que un novillo se les va a caer en el barranco por la creciente de la quebrada y no van a poder acompañarla de regreso, y su padre va a seguir tomando en la tienda de Ceferino por nostalgia en el aniversario de la muerte

de su esposa, la gente va a empezar a decir cosas que no son y a inventar más de la cuenta. Según lo que doña Gabriela le va a decir a doña Martha, mañana yo voy a ir acompañado con la hija de don Gregorio Suárez, eso está sospechoso; según lo que doña Martha le va a decir a doña Carmina, mañana yo voy a ir de gancho con la hija de don Gregorio Suárez, ¿quién lo creyera?; según lo que doña Carmina le va a decir a la esposa de don Ceferino, mañana yo voy a ir de mucho pipí cogido con la hija de don Gregorio Suárez, ¡eso ya es el colmo! Y como a Florencia Suárez se le va a quedar la ventana de su cuarto abierta cuando mañana vaya a mirar por ella a ver si ya escampó para poder ir a misa, cuando vayamos de regreso me va a pedir el favor de que cuando lleguemos a su casa le ayude a correr la cama y el armario porque preciso cuando vayamos frente a la tienda de don Roque va a empezar a llover nuevamente, y esta vez con borrasca, y su cuarto se le va a convertir en un pantano. Cuando estemos en su habitación ella me va a decir, con toda cultura como debe hacerlo una dama, que si quiero me quite el saco de pana y el sombrero de ala para que los ponga a secar y que por favor le ayude a correr la cama y el armario, pero que primero le ayude a quitar las cobijas de la cama para ponerlas a secar en el patio mientras ella va al baño a cambiarse su vestido que por más que mañana va a intentar no empuercarlo se le llenará de barro hasta la cintura. Y es entonces cuando don Gregorio Suárez va a entrar a la casa, como si fuera un toro de casta de su hacienda, abriendo a patadas las puertas porque don Ceferino mañana le va a decir lo que su esposa le habrá dicho que dizque doña Carmina le dijo que doña Martha le dijo que doña Gabriela le dijo que mañana nos habrá de ver a mí y a la hija de don Gregorio Suárez como muy junticos. Don Gregorio Suárez va a entrar al cuarto y va a pensar mal porque cuando derribe la puerta de la calle con una patada

y los cristales se rompan, Florencia Suárez va a salir del cuarto de baño con una toalla puesta para saber qué es lo que mañana en ese momento va a estar sucediendo. No es justo que cuando don Gregorio Suárez vaya a derribar la puerta del cuarto con otra patada, Florencia Suárez del susto se deje caer la toalla y yo me lance a la cama destendida porque voy a creer que la tormenta está destruyendo la casa, don Gregorio saque sus dos revólveres y me mate. No es justo que esto me vaya a pasar a mí que soy tan buen católico, tan misericordioso, tan devoto, tan creyente y tan buena persona con todo mundo. Yo no quiero morir, que la gente por miedo termine dándole la razón a don Gregorio Suárez, que a mí me vean como el malo de la película, y que a mi entierro asista menos gente de la que va a la casa de la cultura; por eso, para que mañana no vaya a pasar nada de esto, no me levantaré a las seis y quince sino a las siete y en vez de ir a misa me voy a la tienda de don Roque a ver el partido. ■





Un besito de niña



JENNIFFER NATALIA RANGEL AGUIRRE CÚCUTA

Nací el 17 de mayo de 1984 en San José de Cúcuta, en un hogar formado por un cucuteño y una paisa. Soy la segunda de cinco hijos. Mis primeros años de vida los pasé en Salazar de las Palmas, un pueblo del occidente de Norte de Santander. Mi vida escolar la pasé en el colegio La Presentación de mi ciudad. El cuento “Un besito de niña”, al igual que la vida misma, no

tiene un punto de inspiración preciso, ya que su fin es buscarlo. Si a alguien quiero dedicar este cuento es a Yurgen y a mis padres, quienes me han apoyado desde siempre. Los quiero.

Licenciatura en biología y química. Universidad Francisco de Paula Santander, Cúcuta.

Un besito de niña

JENNIFFER NATALIA RANGEL AGUIRRE

Soy Andrea, tengo veinte años y hace diez minutos perdí mi virginidad. En este momento siento el raro impulso de contar muchas cosas de mi vida. Nací de milagro un 13 de agosto, a la mitad de una borrachera ni la “hijuepepa” de mi mamá. Digo que nací de milagro porque ese día, primero, mi papá no estaba en la casa, ni en el barrio, ni en el país, pues andaba pasando “dos kilitos” pa’ España; segundo, eran las doce de la noche y no había luz, ni agua, ni mucho menos teléfono, lo habían cortado todo por no haber pagado a tiempo; tercero, mi abuela fue la que atendió el parto, y la pobre vieja era ciega, sorda y muda, y encima de todo, ese día tenía gripe y diarrea; cuarto, se me ocurrió venir al mundo con los pies por delante, y casi me quedo con los brazos dentro de mi mamá; quinto, cuando mi abuela me había sacado por completo, y me tenía ya envuelta en una toalla sobre una mesa, llegó el perro de la vecina y me sacó cual hueso en su jeta y me tiró a la calle, por suerte para todo macho el sexo está por encima de cualquier cosa, y en ese preciso instante pasó una perra en celo que lo excitó y se lo llevó. Al día siguiente el lechero me encontró con un color azul claro en mi cuerpecito y me llevó al hospital. Allá fue donde recibí

mi primer sorbo de leche, me lo dio una enfermera después de “ordeñar” a una paciente. Cuando cumplí cinco años experimenté por primera vez el dolor, pues mi papá y mi abuela murieron en un accidente de tránsito: mi papá conducía ebrio la bicicleta y se le ocurrió tirársela por encima a su suegra, precisamente cuando pasaba sobre un puente, con tan mala suerte que el vestido de la vieja se enredó en una de las ruedas y juntos fueron a caer sobre unas enormes rocas que estaban en el río. Desde entonces viví con mi mamá. A los siete años recién cumplidos entré a la escuela, y a los siete años y cinco meses salí de ella: me echaron porque le rayé la cara a una niñita mona con un bisturí oxidado. Aprendí a leer y a escribir gracias a Pipe, un niño que vivía cerca de mi casa. Bajo un árbol de mamoncillo nos sentábamos cada tarde. Entre ires y venires, risas y sonrisas, Pipe me enseñó a escribir oraciones simples y compuestas, a leer con comas y puntos, y me enseñó a dar piquitos y picotes. Sí, con Pipe supe lo que era tener novio. Cuando tenía nueve años empecé a utilizar mis labios, y cuando tenía nueve y medio ya sabía para que usar la lengua. Cuando cumplí los once la naturaleza me volvió mujer. Ya para ese entonces sabía leer y escribir muy bien, así que Pipe no me servía más. También sabía sumar, restar, multiplicar y dividir, así que Germán, Álvaro, Eliécer y Jesús tampoco me servían.

Para el pueblo yo era la niña más linda de todas. Los muchachos me decían “mamita”, “algodoncito”, “reinita”, por eso las demás mujeres me tenían envidia, y eso me gustaba. Cuando tenía catorce ya había sido novia de todos los muchachos menores de diecisiete y mayores de diez años que vivían en el pueblo, por eso quería algo nuevo y diferente para mí. Y así sucedió. El último domingo de junio llegó al pueblo una familia nueva, y uno de sus integrantes era un joven de veinte años con unos ojos azules, un

cabello rubio y crespo, y una piel blanca y tersa, tal como lo había soñado. Me di a la tarea de echarle el guante. Cada vez que le veía cerca caminaba como muñequita de cuerda, acariciaba mi cabello y le sonreía de forma coqueta, pero a él parecía no importarle. Una noche, como a eso de las ocho, le caí de sorpresa en una esquina, estábamos solos, le tiré mis cartas: le dije que me parecía un “papacito rico, bueno pa’ chuparlo despacito” y que quería con él. Le abracé fuerte del cuello e intenté besarlo, pero se me escabulló, y luego de darme un señor regaño, se marchó. Dos semanas después llegué hasta su casa con la excusa de preguntarle no sé que tontería, él de inmediato se alertó y me sacó de allí. En el parque hablamos durante un buen rato. Me dijo que yo era muy chiquita para él –le contesté que crecería–, me dijo que yo era aún muy inocente –le dije que sabía besar con lengua y que conocía los condones–, me dijo que tenía novia –le dije que no era celosa–. Lo único que recibí de aquel chico rubio fue una pitica amarilla que me amarró en la muñeca izquierda para la buena suerte y un beso en la frente el día que se marchó del pueblo. Con él comprendí que hay cosas en la vida que se escapan de nuestro alcance y que por más que insistamos siempre estarán lejos. Cuando tenía quince años me pegué mi primera borrachera. El pueblo estaba de fiesta, y mi mamá, por estar enferma, no pudo salir a disfrutarla como lo hacía todos los años, así que decidí llevársela a la casa. Compré dos canastas de cerveza (las pagué barriendo el parque central), puse de esa música de carrilera que tanto le gustaba, y durante toda la noche hablamos de la vida, de nuestros amores y odios, de lo que vale la pena querer y de lo que definitivamente jamás se puede amar. Con cada botella que desocupábamos eran diez las lágrimas que dejábamos salir. Cuando terminamos la primera canasta había en el ambiente una rara mezcla de llanto, nostalgia y alegría. Nos

abrazamos, bailamos, reímos, lloramos, todo lo hicimos juntas. El sol nos sorprendió en plena rasca. Aquel fue el momento madre e hija más espectacular que tengo en mi memoria, es más, hasta el sabor a vómito viene a mi boca cuando lo recuerdo. Meses después ella murió, la mató la brujería que le puso una hijueputa vieja celosa que creía que mi mamá le andaba quitando el marido. Desde entonces trabajé en lo que mejor me saliera para mantenerme con los pies en este planeta.

Fui panadera, hasta que al marido de la patrona se le ocurrió tocarme el bizcocho; también estuve de cocinera en un desayunoero a la entrada del pueblo, pero me echaron el día en que por error agregué un laxante para caballos al caldo y les dio una curse-
ra a todos los camioneros que comían allí. Finalmente, y luego de tantos despidos justificados llegué a la iglesia como secretaria del sacerdote. Allí me sentí muy bien. El padre se convirtió en mi amigo, pues siempre tenía la palabra exacta para levantarme el ánimo. Él se convirtió en mi confidente, por ello sufrí mucho el día en que lo secuestraron, y me quería morir cuando me enteré de que los malditos desgraciados que se lo llevaron lo habían descuartizado en la selva por negarse a pagar una extorsión. Mis diecinueve años los cumplí en una clínica mental, fui a parar allá después de cortar mis venas, pues no estaba soportando los castigos que la vida me daba. Durante mi proceso de recuperación en la clínica conocí a Tito, era un muchacho de mi edad que estaba allí por circunstancias parecidas a las mías. La violencia se notaba en su cuerpo, pues un machetazo había volado cuatro de los cinco dedos de su mano izquierda, sólo le quedó el pulgar, y aunque parezca descabellado y un poco loco, eso le da un toque de no sé qué que me gusta. Tito y yo nos hicimos novios porque los dos lo quisimos así. Nos pasamos el día entero tomados de la mano, bueno, de la única que

él tenía completa. Cuando cumplí mis veinte años un loco que se creía sacerdote nos casó, nuestros padrinos fueron dos locos más, un tipo que se hacía llamar el Arcángel San Gabriel y una mujer que se creía la Princesa Diana. Cuando llegó la noche, y la hora de consumir nuestro extraño matrimonio era inminente, Tito se sentó junto a mí, tomó mis manos como pudo y las apretó, me miró a los ojos y sonrió. Yo temblaba. Tito me dio un suave beso en los labios, dijo que me amaba y salió de la habitación. Fue el acto más caballeroso que había recibido en mi vida, y me sentí feliz de haberlo conocido. Esta mañana me levanté, fui por Tito, y amenazando a un sacerdote de verdad con un escándalo, nos casamos con todas las de la ley. Volvimos a la clínica, y tuve mi primera vez.

Durante toda mi vida sentí miedo de que la muerte me sorprendiera en un rincón cualquiera de este mundo de mierda, pero hoy, feliz, puedo decir: Soy Andrea, tengo veinte años, perdí mi virginidad con el hombre al que amo, y seguiré viviendo exclusivamente por el amor que le tengo a la vida. Amén. ■





Acta del jurado

PRIMER CONCURSO NACIONAL DE CUENTO
RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL,
HOMENAJE A GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Leídos los noventa cuentos finalistas que nos fueron entregados como jurados, en la última fase del premio, nos declaramos muy complacidos por la alta calidad de los cuentos participantes en los que se destacan el uso maduro y preciso del lenguaje, y la riqueza del vocabulario, sobre todo, en un mundo que se caracteriza por la pobreza de léxico entre los más jóvenes. Sobresale el buen manejo literario de la fantasía, en algunos casos traída como defensa ante los aspectos más duros de la realidad. El humor y la ironía están presentes con mucho acierto, y sorprenden también el ingenio y los argumentos originales de las narraciones. Con dolor, leímos muchas historias conmovedoras inspiradas por la violencia, ya fuera de índole social o familiar, pero asimismo estamos convencidos de la acción cicatrizante que puede llegar a tener la escritura en medios tan convulsionados como el nuestro. Finalmente, no quisimos ser restrictivos al momento de definir el fallo y en vista de que una de las categorías, la segunda, contó con una participación más alta, decidimos variar el número de ganadores por categoría y elegimos, entonces, ocho en la primera, trece en la segunda y nueve en la tercera categoría. Con mucha dificultad tuvimos que elegir, entre todos, a estos treinta jóvenes a quienes nos honramos en premiar hoy, y de quienes esperamos su permanencia en el oficio de la escritura, con la esperanza de ver sus nombres encabezando las futuras obras de la literatura colombiana.

FIRMADO EN CARTAGENA DE INDIAS, EL 25 DE ENERO DE 2008, POR LOS JURADOS
GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, JUAN GOSSAIN, WENDY GUERRA, ANA MARÍA MOIX Y JORGE FRANCO.

PRIMER CONCURSO NACIONAL DE CUENTO
RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL,
HOMENAJE A GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ



CUENTOS
GANADORES
2007